

UN CEO CON MALAS PULGAS *y un café para llevar*



UN CEO CON
MALAS PULGAS
y un café para llevar

OLGA
ANDREU

Copyright © 2024 OLGA ANDREU

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, diciembre 2024.

Título Original: Un Ceo con malas pulgas y un café para llevar.

Emily Carter, una organizadora de eventos con más talento para meterse en líos que para decorar árboles de Navidad, acaba de recibir el encargo más complicado de su vida: organizar la fiesta navideña del CEO más frío y perfeccionista de Londres, **Daniel Prescott**, alias *El hombre de hielo*. Pero, por si eso no fuera suficiente desafío, Daniel le hace una petición aún más rara (y no, no tiene nada que ver con las luces de la gala): quiere que le enseñe a ser más... humano. ¿Qué podría salir mal?

Armada con su sarcasmo, su adicción al café moca y una manta ridícula de unicornios, Emily está dispuesta a deshelar el corazón de Daniel. Sin embargo, justo cuando parece que el Sr. Hielo empieza a derretirse, su ex, el cucaracho Marlon, decide reaparecer para complicar las cosas. Entre malentendidos, mensajes de WhatsApp a deshoras y sesiones maratónicas de series de crímenes, Emily se da cuenta de que está metiendo las narices en un terreno más pantanoso que el Támesis.

¿Podrá Emily enseñar a Daniel el verdadero espíritu navideño sin perder la cabeza (ni su corazón) en el proceso? Y, sobre todo, ¿logrará sobrevivir a las fiestas sin atragantarse con otra patata frita?

Bajo las luces titilantes del árbol y el suave murmullo de la nieve cayendo, descubrí que el mejor regalo no está envuelto bajo el árbol, sino latiendo en el abrazo de tu amor.

Un encargo a mala leche

Estoy a tres emails de tirarme de cabeza en una tina de chocolate caliente. O, mejor aún, en una copa de vino gigante. No sé cuál me va a calmar más los nervios, pero cualquiera de las dos me parece una gran idea en este momento.

La oficina parece un mal chiste navideño.

Desde fuera, Opulence Creations podría engañar a cualquiera. El edificio tiene una fachada de ladrillo que aún conserva su encanto victoriano, en Clerkenwell, un barrio londinense lleno de estudios de diseño, agencias de publicidad y todo tipo de oficinas creativas que parecen sacadas de revistas de arquitectura moderna, pero en cuanto entras, te das de bruces con una realidad que poco tiene de elegante. El barrio es el hogar de lo vanguardista y lo *cool*, con cafeterías que te sirven café con arte de espuma y tiendas de antigüedades donde te venden lo *retro* por el triple de su valor original. Y luego está nuestra oficina... que parece la excepción de la regla.

Organizo eventos. Bueno, más que eso: creo experiencias inolvidables (o al menos, eso es lo que dice el sitio web de la empresa). Bodas, galas, lanzamientos de productos... cualquier cosa que necesite *glamour*, buen gusto y un toque de sofisticación, ahí estoy yo, con mi *laptop*, organizando hasta el último detalle. Mi trabajo es hacer que la gente crea que la vida puede ser tan perfecta como un catálogo de decoración... aunque mi oficina grite lo contrario.

El lugar, donde se supone que el buen gusto es nuestro producto estrella, está decorado con guirnaldas navideñas que han sobrevivido, sospecho, a al menos dos guerras mundiales. Las luces de colores parpadean de manera errática, como si estuvieran intentando comunicarse en código morse, y el árbol de Navidad en la esquina parece haber sido víctima de una avalancha de espumillón. La palabra *opulence* no estaría ni remotamente cerca de describir el caos que tenemos.

Y aquí es donde trabajo yo, Emily Carter, la supuesta reina del estilo.

—¡Emily! —grita Brian desde su oficina.

Suspiro profundamente y me obligo a levantarme. Lo último que me apetece ahora mismo es escuchar lo que mi jefe tiene preparado para mí. Seguro que es algo que me va a poner de mal

humor. Ajusto mi jersey granate (es lo único remotamente navideño que llevo encima) y me dirijo a su despacho, pasando por delante del árbol de Navidad que parece haber perdido la voluntad de existir.

—¿Sí, Brian? —inquiero, asomándome con mi mejor intento de sonrisa.

Él me mira desde su escritorio, el cual está sepultado bajo una montaña de papeles y tazas de café olvidadas. Se ve tan agotado como yo, pero eso no impide que siempre tenga algún trabajo de última hora que asignar.

—Tengo un trabajo para ti —anuncia, con un tono que ya me hace sospechar que lo que viene no es precisamente lo que necesito.

—¿Otro evento navideño? —trato de no sonar derrotada antes de tiempo.

—Prescott & Co. —indica, como si eso explicara todo.

Mi mente se queda en blanco un segundo, antes de procesar el nombre de la empresa que acaba de mencionar.

Prescott & Co., la gran empresa que domina el mundo de los negocios en Londres, con un CEO famoso por ser tan accesible como un secreto bien guardado. Daniel Prescott. El mismísimo hombre que, según las historias que corren por la ciudad, podría congelar un charco con solo mirarlo.

—Ah... Prescott & Co. —repito, haciéndole creer que no estoy asustada, aunque, sinceramente, un poco de pánico se me empieza a colar en la voz.

—Exactamente —explica Brian, con una sonrisa satisfecha—. Necesitan a alguien con tu toque especial para organizar su gala benéfica de Navidad.

Toque especial.

Traducción: nadie más quiere hacerlo, y tú no tienes escapatoria. Ya me veo metida hasta el cuello en planificaciones de último minuto, lidiando con el Grinch de los negocios de Londres.

—Y tiene que estar todo listo antes del viernes dieciocho —añade despreocupado, como si estuviera pidiéndome algo tan simple como hacerle un té—. Tres semanas. Tiempo de sobra.

Tres semanas. Tres semanas para organizar la gala más importante del año... para alguien que probablemente odia la Navidad. Noto cómo mi sonrisa forzada empieza a desmoronarse.

Resiste, tú puedes.

—¡Claro! Tres semanas es perfecto —miento, sintiendo que la ansiedad ya está subiendo por mi espalda como una serpiente enroscándose en mi cuello.

Brian me despacha con un gesto y yo me arrastro de vuelta a mi escritorio, preguntándome

qué habré hecho mal en mi vida para merecer esto.

Esto va a ser épico

Salgo de la oficina cuando el reloj marca las seis y el frío de Londres me recibe de inmediato. La brisa helada acaricia mi cara y me recuerda que el invierno está oficialmente aquí, aunque lo que más necesito en este momento es algo que me descongele el alma, no el cuerpo. El trabajo, la decoración espantosa de la oficina, y ahora la gala de Prescott & Co., es demasiado para un solo día.

Decido centrarme en lo positivo: un café fuerte en The Velvet Bean y la charla con Clara que siempre consigue que el mundo sea un poco menos terrible.

The Velvet Bean es nuestro refugio habitual en Clerkenwell, un pequeño rincón acogedor que parece haber sido arrancado de un cuento mágico. Mientras camino por las calles adoquinadas, con las luces festivas titilando sobre las tiendas y restaurantes que se alinean en el distrito, la sensación de Navidad, esa que en algún punto de mi vida amé, me envuelve sin que yo quiera admitirlo.

Al llegar a la puerta de la cafetería y abrirla, la campanilla suena anunciando mi entrada. Un aroma cálido y especiado me rodea de inmediato: café recién hecho, canela, y ese toque inconfundible de vainilla. La luz suave del lugar siempre me hace sentir que el estrés de la ciudad queda afuera, aunque sea por un rato.

Clara ya está en nuestra mesa habitual, junto a la ventana, con dos cafés esperándome. La veo sonreír mientras me acerco y, por fin, voy a poder soltar lo que llevo acumulando todo el día.

Me dejo caer en la silla frente a ella, agotada, como si hubiera corrido una maratón mental.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta con preocupación.

Clara es todo lo que yo no soy en estos momentos: relajada, optimista, y siempre tiene esa sonrisa lista para recordarte que no todo en la vida es tan terrible. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y un suéter de lana gruesa que parece sacado de un catálogo de navideño de Liberty London, lo que me recuerda que ni siquiera he empezado a pensar en qué demonios voy a hacer con las fiestas.

Me quito el abrigo, dejándolo caer sobre el respaldo de la silla, y me froto las manos como si el café que aún no he tocado ya me estuviera calentando.

—No te lo vas a creer —expongo, preparándome mentalmente para lo que viene—. Me han asignado la gala benéfica de Navidad de Prescott & Co.

Los ojos de Clara se abren de par en par, y su expresión cambia de curiosidad a asombro. No puedo evitar sonreír al ver su reacción.

—¡Daniel Prescott! —exclama, asombrada—. ¿El hombre que probablemente hace que la gente firme contratos de confidencialidad solo para poder mirarlo a los ojos? ¡No me jodas!

Clara siempre ha sido la más dramática de las dos, pero esta vez no está tan lejos de la verdad. He oído tantas historias de ese hombre que no sé qué esperar. Algunas dicen que ni siquiera le importa si su personal sonríe en la oficina, mientras otros lo ven como una especie de genio empresarial, pero con una personalidad tan cálida como la de un iceberg.

—El mismo —suelto un suspiro que podría derretir la nieve—. Tres semanas para montar la fiesta más importante de su empresa... para un hombre que debe preferir una junta de accionistas a cualquier cosa remotamente festiva.

Clara intenta contener la risa, pero no lo consigue. Casi se atraganta con su café mientras me mira, ¿divertida?

Claro, porque no es ella la que tiene este marrón encima.

—Esto va a ser épico —logra decir entre risas—. ¿Y cómo te sientes?

—¿Que cómo me siento? —resoplo, inclinándome hacia adelante y apoyando la cabeza en las manos—. Tengo la misma sensación que se debe tener cuando estás a punto de lanzarte por un precipicio. Ese hombre tiene la reputación de congelar el ambiente cada vez que entra a una sala. Y yo tengo que hacerle una fiesta. Una fiesta de Navidad. ¿Te imaginas?

—Bueno —Clara se encoge de hombros—, al menos no será aburrido. Además, siempre puede sorprenderte. Quizá Prescott tenga un lado más humano de lo que la gente dice.

—¿Sorprenderme? —La miro levantando una ceja—. Con mi suerte, me sorprenderá si no me despide por no tener el ponche a la temperatura exacta que exige su personalidad de hielo.

Nos reímos juntas, pero, en serio, esto no va a ser nada fácil. Sé que Clara intenta animarme, y lo aprecio, pero hay algo en esta misión que me tiene en modo pánico. La oficina está llena de rumores sobre Prescott. Dicen que ha despedido a gente por cosas mínimas, que su atención al detalle es casi obsesiva y que no soporta nada que no salga perfecto. Básicamente, la peor pesadilla para alguien que tiene que organizarle una fiesta navideña en solo tres semanas.

—Bueno, piensa en esto —señala Clara, levantando su taza—: si sobrevives a esto, podrás hacer cualquier cosa. Organizar una gala para el nuevo Scrooge de Londres debería ir directo a tu currículum.

—Sí, solo me falta agregar una cláusula de *riesgo de salud mental* al contrato —respondo mientras levanto mi taza y la choco con la suya—. En fin, supongo que no me queda otra que tirarme de cabeza y esperar no ahogarme en el intento.

Miro por la ventana, la gente camina apresurada, algunos cargados de bolsas de regalos, otros simplemente disfrutando de la atmósfera festiva. Los escaparates están decorados con renos, muñecos de nieve y árboles que parecen salidos de un sueño. Es bonito, lo admito. Siempre me ha gustado esta época del año, aunque este diciembre esté siendo más difícil de lo que esperaba.

3

Bajo el hielo

El reloj marca las nueve y media, y estoy frente a las oficinas de Prescott & Co. intentando recordar cómo se respira. El aire me arde en los pulmones, o tal vez es el pánico, a saber, qué. Lo que sí sé es que estoy a punto de enfrentar a Daniel Prescott, el Frozen masculino.

Solo es una reunión, me digo a mí misma por enésima vez. No es una intervención divina.

Respiro hondo y cruzo las puertas automáticas y entro en el lobby. Si mi oficina es un desastre, la de Prescott & Co. es el polo opuesto: fría, minimalista y sin una sola guirnalda a la vista. Ni una mísera lucecita navideña. Aquí no hay Navidad, ni cariño, ni calor. Todo es cristal, acero y líneas rectas que parecen gritar: *somos muy importantes para perder el tiempo en cosas como la alegría*. Perfecto. Justo lo que me temía.

Me acerco al mostrador de recepción, donde una mujer impecablemente vestida me lanza una mirada que me hace sentir como si mis botas fueran inadecuadas, y no me ayuda el hecho de que estén cubiertas de nieve que ha decidido quedarse pegada.

—Hola, soy Emily Carter. —Sonrió como si eso fuera a hacer el ambiente menos tenso—. Tengo una reunión con el señor Prescott.

—El señor Prescott la recibirá en cinco minutos —señala la recepcionista sin levantar la vista de su pantalla.

Cinco minutos. Me gustaría no tener tiempo para ponerme más nerviosa, pero acabo sentándome en una de las sillas de diseño que hay a mi disposición y que son más incómodas que las de un dentista, e intento ensayar mentalmente lo que le voy a decir.

No te asustes, solo sonrío, mantente profesional.

Y por amor de Dios, no hables demasiado de o te despide al segundo.

Unos minutos después, la recepcionista me indica que puedo pasar. Me levanto y camino hacia la sala de reuniones con las piernas hechas gelatina. Cuando abro la puerta, ahí está él: Daniel Prescott en persona. Sentado en la cabecera de una mesa enorme de cristal, revisando

unos documentos. No levanta la vista inmediatamente, lo que me da unos segundos para intentar averiguar si este hombre es humano o un androide.

Cuando al fin levanta la cabeza, me doy cuenta de dos cosas. Uno: es sorprendentemente atractivo, lo que me molesta más de lo que debería. Y dos: tiene una mirada que podría hacer retroceder una tormenta de nieve. Genial. Esto va a salir de maravilla.

—Señor Prescott, soy Emily Carter, de Opulence Creations —expongo, sonriendo nerviosa mientras me acerco.

—Carter —dice con voz grave, sin ningún indicio de emoción. Carter, sin un hola, sin un *buenos días*. Esto promete—. Siéntate.

Lo hago. En silencio. Porque parece ser que cualquier palabra innecesaria es un crimen aquí.

—Vamos al grano. —Deja los papeles a un lado y me mira directamente—. Este evento tiene que ser eficiente, elegante, y, sobre todo, rápido. No quiero adornos extravagantes, ni perder tiempo en tonterías. Solo es una gala benéfica de Navidad. Algo simple.

Solo es una gala benéfica de Navidad, repito en mi mente, sintiendo que mi entusiasmo se evapora tan rápido como un cuenco de sopa en un incendio.

Vale, este tipo realmente odia la Navidad.

—Claro, claro, algo sencillo —respondo, con mi voz más profesional—. Sin embargo, creo que sería una buena idea darle un poco de calidez al evento, ya sabe, algo que conecte con las personas, que las haga sentir... acogidas y receptivas a hacer buenos donativos.

Lo miro mientras digo esto, esperando que entienda que una gala de Navidad sin espíritu navideño es como una fiesta de cumpleaños sin pastel. Pero parece que la palabra *acogedor* le produce el mismo entusiasmo que el papel higiénico.

—Lo que necesitamos es eficiencia, no acogimiento —indica, mirándome con sus ojos fríos y calculadores—. ¿Qué tienes en mente? Y, por favor, no me hables de guirnaldas.

Bueno, esto va bien. ¡No le gustan las guirnaldas! ¿Qué clase de persona no aprecia una buena guirnalda?

—Bueno, he estado pensando en algunos elementos minimalistas —improviso, porque ya veo que la palabra espumillón y *brilli-brilli* va a estar prohibida en esta reunión—. Algo que combine elegancia moderna con... pequeños toques de Navidad. No mucho, pero lo suficiente para darle un ambiente... adecuado.

Daniel me mira como si acabara de proponerle decorar la oficina con plátanos colgantes.

—No quiero toques de Navidad. —Cruza los brazos—. Solo necesito que este evento sea un éxito, no un circo de villancicos.

Me muerdo el labio y trato de no perder la compostura. Este hombre es un caso perdido. Estoy aquí para hacer que su empresa parezca el epítome del lujo y me está diciendo que no quiere que la Navidad parezca... bueno, Navidad.

—Entiendo lo que dice —intento sonar diplomática mientras mi cerebro corre a toda velocidad—. Pero la Navidad también es una oportunidad de fortalecer las relaciones con los empleados, los clientes... darles una experiencia que los haga sentir parte de algo. A veces un poco de calor navideño puede ser lo que haga que todo el evento brille.

Me doy cuenta de que hablo con más emoción de la que debería, pero ¿qué demonios? Si voy a estrellarme en esta reunión, al menos lo haré intentando salvar la Navidad. Pero él solo me observa, en silencio. Su mirada es dura, calculadora, seguro que está decidiendo cómo despacharme o tan solo ignorar todo lo que acabo de decir.

—Bien —es la primera palabra que sale de su boca que no suena a muerte inminente—. Haz lo que creas necesario. Pero no quiero que esto se convierta en un mercadillo. Mantén las cosas bajo control, Carter.

¿Carter otra vez?

Calla boba, no te ha despedido. Al menos no hoy.

Me levanto, esbozando una sonrisa que no llega a los ojos.

—Gracias, señor Prescott. Será un evento elegante y... eficiente —suelto, enfatizando su palabra favorita.

Él asiente, sin decir una palabra más, y yo salgo de la sala antes de que decida cambiar de opinión y lanzarme al Támesis por sugerir que su fiesta sea agradable.

Camino hacia la salida de las oficinas, sintiendo que acabo de sobrevivir a una especie de duelo psicológico. Está claro que Daniel Prescott no es un fan de la Navidad. Tampoco del entusiasmo. Ni de las emociones en general.

Ahora solo queda lo más difícil: demostrarle que una fiesta navideña con un poco de espíritu puede ser algo increíble. Claro que con este hombre... podría necesitar un milagro. O un muy buen plan B.

4

Bloques de mármol

Unos días después...

Mi estómago parece estar haciendo gimnasia olímpica mientras me acerco, una vez más, a las impecables oficinas de Prescott & Co. Estoy segura que no importará cuántas veces entre en este edificio, siempre tendré la sensación de que voy a una especie de juicio donde las emociones están prohibidas. Hoy, sin embargo, estoy decidida a que no me afecte. O al menos, a intentarlo. Daniel Prescott no va a intimidarme... más de lo normal.

Mientras camino, mi teléfono vibra en el bolsillo de mi abrigo. Es Clara.

—¿Cómo vas, campeona? ¿Nerviosa por volver a ver al hombre de las nieves? —empieza con ese tono divertido que tiene cada vez que me habla de Daniel Prescott. No lo conoce en persona, pero debe hacerse una idea clara de cómo es por la manera en la que se lo describí.

—¡Ugh! No me lo recuerdes, por favor —suspiro mientras me acerco a la puerta—. Hoy es la gran reunión de seguimiento. Tengo que presentarle los detalles finales y, con suerte, no los hará añicos con su rayo láser visual.

—Tienes que admitirlo, Em, esta situación es de película. —Clara ríe al otro lado de la línea—. La organizadora de eventos con pasión navideña y el CEO que probablemente despide a sus empleados si decoran demasiado sus mesas. Esto puede acabar muy bien o muy mal. Yo voto por un final lleno de fuegos artificiales.

—O por lo menos de luces navideñas. —Bromeo, aunque mi nerviosismo sigue en aumento.

Menos mal que tengo a mi amiga para apoyarme en esto.

Clara y yo trabajamos en el mismo barrio, ella en Market Vision, una pequeña, pero agitada agencia de publicidad. Nos conocimos una mañana de otoño, ambas haciendo cola en The Velvet Bean. Yo estaba desesperada por un café para llevar, había dormido fatal y necesitaba mi dosis de cafeína antes de enfrentar una larga jornada. Clara estaba justo detrás de mí, y cuando pedí mi café y me di cuenta de que no tenía suficiente dinero en efectivo, fue ella quien, sin pensarlo, se ofreció a cubrirme.

—*Anda, ya me invitarás tú otro día* —expresó con una sonrisa, como si nos conociéramos de toda la vida.

Desde ese momento, nos volvimos inseparables. Café tras café, fuimos descubriendo que teníamos muchas más cosas en común de lo que podríamos haber imaginado en esa primera mañana. Las dos trabajábamos en empleos estresantes, en oficinas que nos hacían reír por lo incoherentes que eran, pero, sobre todo, compartíamos una especie de humor ácido que nos salvaba de la locura diaria.

—En serio, ¿cómo te sientes? No lo parece, pero tienes al CEO de Londres a punto de rendirse a tu toque especial. Y no me refiero solo a la fiesta.

—Clara, no empieces con tus ideas románticas, por favor. —Sonrío, a pesar de que la idea de Daniel Prescott rindiéndose a cualquier cosa que no sean gráficos de ventas me parece surrealista.

—¡Vamos! Admitir que es guapo no te mataría. —Puedo imaginarme a Clara levantando las cejas de forma exagerada desde el otro lado del teléfono.

—Sí, bueno, tal vez es guapo, pero también tiene la personalidad de un bloque de mármol. —Ruedo los ojos, aunque no puedo evitar recordar esa ligera sonrisa que se le escapó en nuestra última reunión. Apenas duró un segundo, pero me dejó pensando más de lo que debería.

—¿Y qué? A los bloques de mármol se les puede dar forma. —Clara se ríe y yo no puedo evitar unirle a ella—. Anda, ve y deslúmbrales. Y luego me llamas para contarme todos los detalles, ¿vale?

—Claro. Si sobrevivo, te lo cuento. —Cuelgo justo cuando llego a la puerta de su despacho personal. Hoy ha decidido que nos reunamos aquí.

Vaya, la conversación con mi amiga me ha teletransportado, o me ha distraído lo suficiente para no enterarme que he recorrido todo el camino sin que me palpitara el corazón como una mini bomba a punto de estallar.

Respiro hondo y me preparo mentalmente para lo que viene. Es la segunda vez que me reúno con Daniel y es como ir a un campo de batalla. Él está revisando documentos. No sé cómo lo hace, pero parece haber estado esperando toda la vida cuando entro. Tomo asiento rápidamente, mostrando mi cara más competitiva.

—Señor Prescott. —Sonrío brevemente.

—Carter —canta, sin sonrisas ni bromas. Aunque esta vez, me parece percibir un ligero asentimiento de aprobación cuando dejo mis papeles sobre la mesa.

Con qué poco te conformas cuando el tío te pone.

Cállate.

No, cállate tú y empieza a hablar al malas pulgas.

Empiezo a explicar los avances en los preparativos de la gala: detalles sobre el lugar, la música, el menú... y todo lo que he preparado para asegurarme de que la velada sea elegante. Mientras hablo, él sigue cada palabra, aunque su expresión es impenetrable.

—Parece que todo está en orden —confirma después de lo que parecen siglos—. Aunque...

Sabía que venía un: aunque. Siempre hay uno con clientes de este tipo, y Prescott no iba a ser menos.

—No estoy seguro de que los pequeños detalles navideños sean necesarios —añade, señalando una de mis sugerencias. Algo sutil: luces cálidas alrededor de los pilares del salón. Nada exagerado, pero lo suficiente para darle ese toque.

—Bueno, creo que... —Me detengo un segundo, armándome de valor—. Creo que a veces los detalles pueden marcar la diferencia. Sé que no es el foco principal, pero puede ayudar a que haya mejor ambiente, uno más cálido. Eso puede dejar una buena impresión en sus invitados. — Lo miro directamente, esperando que no rechace la idea de inmediato. Para mi sorpresa, no lo hace. En lugar de eso, frunce el ceño levemente, como si estuviera considerando mis palabras.

—¿Cálido? —repite lentamente, como si la palabra le resultara extraña.

Y tanto que le resulta extraña...

—Sí, cálido —respondo con más seguridad de la que ahora tengo—. Algo que haga que la gente se sienta cómoda, relajada. Que recuerden la gala no solo por ser un evento ineludible, sino porque también la disfrutaron.

Daniel se queda en silencio durante un momento que me parece eterno. Finalmente, asiente ligeramente.

—Está bien. Haz lo que creas necesario —su tono sigue siendo impasible.

No es un *me encanta la idea*, pero tampoco es un *no quiero luces por ningún lado*. Lo tomaré como una pequeña victoria.

—No se arrepentirá. Me retiro, seguro que tiene asuntos más importantes que atender hoy. — Me preparo para levantarme, pero entonces él me sorprende.

—Has hecho un buen trabajo —comenta, sin levantar la vista de los papeles.

Me quedo quieta, parpadeando, porque esto es lo más cercano a un cumplido que he escuchado de Daniel Prescott desde que lo conocí hace un par de días.

—Gracias —confieso, sin querer sonar demasiado sorprendida.

Salgo de la sala un poco aturdida. No por la reunión en sí, sino porque por primera vez

estoy... ¿aliviada? ¿Como si hubiera avanzado un paso, aunque fuera pequeño? Y no puedo evitar pensar en la liviana sonrisa que se dejó escapar en nuestra primera reunión.

¿Tal vez haya algo más bajo la capa de hielo de Daniel Prescott de lo que pensaba?

Sí, peces muertos.

Mientras bajo las escaleras, saco el móvil y llamo a Clara.

—¿Cómo ha ido? —pregunta en cuanto responde.

—Digamos que el hombre de las nieves acaba de derretirse un poquito.

Y tú bonita, y tú también.

El ficus resiliente

Estoy frente a la fotocopidora de la oficina, viendo cómo escupe lentamente los carteles de la fiesta navideña anual de mi empresa y, me pregunto, en qué momento de mi vida cometí el error que me ha traído hasta aquí. Cada año, lo mismo: hacer copias de un cartel mediocre para una fiesta que es, básicamente, una tortura disfrazada. Lo peor no es que me pongan a hacer las copias como si fuera una becaria —aunque eso ya duele— lo peor es saber lo que me espera.

El cartel es tan poco inspirador que podría dormirme mirándolo. Tiene un mensaje genérico: *¡Ven a celebrar la Navidad con nosotros!* Acompañado de un *clipart* de un gorro de Papá Noel que parece sacado de WordArt del año 2000. ¡Claro que sí! Porque nada grita: celebración navideña, como un gorrito pixelado y el mismo menú barato que nos sirven año tras año.

Ya me lo imagino: jamón ahumado del malo, de ese que sabe más a cartón mojado que a cerdo, y el legendario pudding desabrido que parece haber sido fabricado con las mismas ganas que el cartel. Ni hablar de la misma guirnalda descolorida que Brian cuelga, como si fuera una reliquia de guerra con el nombre de la empresa medio borrado.

Aquí, la opulencia y el lujo están reservados exclusivamente para nuestros clientes. Para nosotros, los empleados, nos toca la versión *low-cost*. Es como si la empresa tuviera un compromiso de ahorrar todo lo posible cuando se trata de nuestra propia celebración.

Jamás me olvidaré de la planta artificial del vestíbulo. Debería ser verde, pero en realidad es más amarillenta que otra cosa. ¿Por qué? Ah, claro. Porque cada año Brian, nuestro querido jefe, se emborracha y termina vaciando su vejiga en ella. El pobre ficus ya ha perdido toda la dignidad. No sé cómo todavía aguanta de pie. Esa planta ha visto más orina que un baño de pub después de medianoche.

La fotocopidora sigue su marcha. Click-clack, click-clack. Cada copia es un recordatorio de que la mediocridad nos espera a la vuelta de la esquina. Intento no pensar en el pudding seco y me doy cuenta de que ya llevo cinco minutos repasando mentalmente todo lo que odio de esta fiesta.

El móvil vibra en mi bolsillo.

Saco el teléfono y veo un nombre en la pantalla que me hace fruncir el ceño. ¿Prescott? ¿Por qué me está llamando él directamente?! Normalmente todo lo gestiona su asistente, como buen emperador que es... Aunque, claro, me pidió que guardara su número personal. Supongo que debe de ser una especie de premio por mi buen hacer, aunque no estoy del todo segura de si es un privilegio o una carga.

Dudo un poco antes de contestar.

¿Me he me he dejado algo crucial sin hacer?

—¿Sí? —canto.

—Carter —su voz fría y directa como siempre—. Necesito saber si has confirmado el servicio de catering para la gala.

Por un momento, me quedo en blanco.

Catering.

El catering de la gala. Claro. Ese catering que, en contraste con nuestra triste fiesta, será espectacular y lleno de lujos. Un menú de cinco estrellas, chefs con gorros altos y canapés con nombres que ni siquiera sé pronunciar. Pero claro, eso es para Prescott & Co., no para nosotros los plebeyos.

—Sí, está todo confirmado —respondo rápidamente, aunque aún me sorprende que me esté llamando él en persona—. Van a llevarlo un día antes para que podamos revisar la presentación y asegurarnos de que todo esté perfecto.

Daniel guarda silencio unos segundos y me imagino su mente calculando cada detalle, buscando cualquier posible error. Pero entonces, para mi sorpresa, su tono cambia. Solo un poco, pero lo suficiente para que me dé cuenta.

—Bien. Confío en que todo saldrá según lo planeado —dice, y, ¿es posible que haya sonado... más relajado? —Y... —hace una pausa larga para que yo empiece a sudar mentalmente—, pensé que tal vez podríamos... almorzar. Discutir algunos detalles en persona.

Me rasco la cabeza, absolutamente confundida. ¿Daniel Prescott invitándome a almorzar a mí? Esto es nuevo.

Y raro.

—¿Almorzar? —repito como una idiota, porque mi cerebro no sabe cómo procesar esta información.

—Sí —confirma, con su tono usual—. Iré a recogerte a tu oficina.

¿Mi oficina? Oh no. No. No. No.

Visualizo a Daniel Prescott caminando por los pasillos de Opulence Creations, viendo las guirnaldas deshilachadas, el árbol de Navidad del año de la pera, y las pobres plantas que han sufrido a manos de Brian y su vejiga rebelde. Sube a la oficina y le da un infarto por mal gusto. No puedo dejar que vea esto.

—No hace falta que... —intento reaccionar rápido—. Quiero decir, no te preocupes por recogerme, puedo ir yo.

—No es problema. Puedo pasar por allí —insiste él, y yo solo puedo imaginarlo mirando cada rincón de nuestra oficina como si fuera una escena postapocalíptica.

—Sí, pero... —trato de salvar la situación antes de que sea demasiado tarde—. Es que... estamos bastante liados hoy. Mucho trabajo y eso. ¿Qué te parece si nos encontramos directamente en el restaurante?

Un pequeño silencio al otro lado, como si estuviera considerando mi extraño entusiasmo por no querer que se acerque.

—De acuerdo. Te mando el nombre del restaurante y nos vemos allí.

—Perfecto. —Cuelgo antes de que pueda decir algo raro.

Me quedo mirando el teléfono unos segundos, tratando de entender qué acaba de pasar. Porque si lo que acabo de escuchar es cierto, mi vida es una mezcla de pudding desabrido y galas espectaculares. De jamón seco y catering de lujo. Y justo ahora, no estoy segura de cuál de las dos es más difícil de manejar.

Suspiro.

Malas Pulgas12:43 PM: Restaurante The Ivy. En una hora.

6

Cagadas y reuniones de alto nivel

Estoy en mi escritorio, con la mente a mil por hora mientras intento planear mi salida discreta de la oficina para el almuerzo con Daniel Prescott.

Meto mi portátil en el bolso y me acerco al despacho de Brian. Sostiene su distintiva taza de café en la mano, una reliquia tan sucia como las plantas que ha regado accidentalmente tantas veces.

—Brian, voy a salir un rato para reunirme con el señor Prescott. —Me mira por encima de su taza, y puedo ver cómo sus cejas se elevan lentamente, imaginando el peor de los escenarios.

—Espero que no sea por alguna cagada tuya, Emily —dice con esa mezcla de sarcasmo y preocupación que tan bien maneja el malnacido.

Cagada mía, claro.

Me muerdo el labio, reprimiendo lo que me gustaría decirle: El único que ha cagado algo literalmente en esta oficina eres tú, Brian, y esa pobre planta sigue pagando el precio por tus borracheras en las fiestas. Pero, como soy una mandada, simplemente sonrío y mantengo la boca cerrada. La planta amarillenta del vestíbulo me lo agradece.

—No, todo está bajo control —respondo con una sonrisa que apenas disfraza mi molestia—. Solo es una reunión de seguimiento, nada más.

Lo que me molesta, más que su falta de confianza, es que esta actitud viene desde aquel pequeño incidente en la fiesta de cumpleaños de Lady Ashford. Esa mujer de la alta sociedad, conocida por ser más estirada que un corsé victoriano, quería una fiesta de té perfecta en su mansión. Todo iba bien hasta que me pidieron que presentara la tarta principal, una obra maestra de tres pisos, con un jardín comestible de flores y mariposas de azúcar. El problema empezó cuando uno de los invitados decidió que sería una buena idea llevar a su loro, Sir Percival, a la fiesta.

El pájaro, aparentemente estresado por la cantidad de señoras perfumadas a su alrededor, decidió aterrizar directamente sobre la tarta, arruinando las delicadas mariposas de azúcar y

lanzando migajas de bizcocho por todo el salón. Por si fuera poco, Sir Percival comenzó a gritar: ¡Desastre! ¡Desastre!, lo que hizo que todo el mundo pensara que algo mucho peor estaba por ocurrir.

Brian, por supuesto, decidió que era mi culpa por no prever *riesgos de loros*. Desde entonces, cada vez que algo se tuerce, para él es *otra cagada de Emily*.

—No habrá loros esta vez, ¿verdad? —consulta Brian con una sonrisa burlona.

Respiro hondo.

Loros, Brian. ¿En serio?

—No, Brian. No habrá loros —respondo, haciendo un esfuerzo monumental por no rodar los ojos—. Todo está bien. Prescott solo quiere discutir algunos detalles de la gala.

—Genial, no quiero enterarme de que has arruinado algo con Prescott. Ya sabes cómo son los clientes importantes —dice, volviendo a su café.

Lo miro fijamente, intentando no perder la paciencia. Me encojo de hombros y salgo de su despacho antes de que me dé más consejos inútiles. Es frustrante. No importa cuánto me esfuerce, Brian siempre espera lo peor de mí.

Suspiro mientras me ajusto el abrigo y salgo cagando leches de la oficina, porque si me quedo un segundo más, seguro que Brian me pedirá que le justifique hasta el aire que respiro.

Mientras camino, saco el móvil y busco la dirección del restaurante en Google.

The Ivy, claro, porque Prescott no va a almorzar en cualquier sitio de mala muerte.

Veo los resultados aparecer en la pantalla, e intento calmarme.

Relájate, Emily. Es solo un almuerzo. Con tu cliente más importante.

Confirmo la dirección y, con el corazón latiendo un poco más rápido de lo que debería, pido un taxi que me lleve hasta allí.

Al menos no tengo que preocuparme por ningún loro esta vez.

Una proposición indecente

El ambiente en The Ivy es elegante, por supuesto, porque todo lo que rodea a este hombre lleva por premisa esta dinámica. Estoy sentada frente a él, tratando de entender qué demonios está pasando. No es que no aprecie una comida decente, después de todo, he sobrevivido a suficientes comidas mediocres en el trabajo, pero esto... esto es extraño.

Prescott ha estado más inquieto de lo habitual desde que llegamos. El hombre que normalmente parece hecho de mármol, no para de mover la servilleta entre las manos. No es que esté temblando o algo parecido, pero definitivamente hay algo insólito en él.

—Entonces... —empiezo, rompiendo el silencio porque la situación se está volviendo incómoda—, ¿qué es lo que querías discutir sobre la gala? —Por primera vez me atrevo a tutearlo.

Él me mira, como si acabara de recordar que estoy aquí, frente a él. Frunce el ceño, pero no en plan: *estoy molesto*, más bien como intentando resolver un enigma en su cabeza. Luego, de repente, suelta algo que me deja descolocada:

—¿Tú crees que debería sonreír más?

Parpadeo. ¿Qué? ¿Daniel Prescott alias *Malas Pulgas*, preguntando si debería sonreír más?

—Eh... —trato de procesar la pregunta mientras él sigue jugueteando con la servilleta—. Bueno, no lo sé... Supongo que una sonrisa nunca está de más en ciertas situaciones.

Él asiente, pero parece distraído.

—¿Y qué piensas de las pequeñas charlas?

—¿Te refieres a hablar con niños pequeños? —cuestiono sin entender por dónde va.

—No, no, no —suelta una leve carcajada que se queda en conato para mi desgracia y vuelve a su rictus— Ya sabes, cosas como: *¿qué tal el día?* o *¿cómo estás?*

¿Qué está pasando?

—Depende del contexto —respondo lentamente—. Supongo que a veces es útil... para romper el hielo.

Error de expresión. Romper el hielo. ¡Qué ironía!

Prescott me mira, pero sigue sin decir nada coherente. Está agitado, muy nervioso, lo que no es normal para alguien como él. Suspira, como si estuviera armándose de valor para decir algo más.

—Emily... —su tono un poco más suave que de costumbre—, ¿te puedo llamar Emily?

Me quedo en silencio por un momento. No es que me moleste que me llame por mi nombre, pero me había acostumbrado al profesional *Carter*, que este cambio me pilla desprevenida.

Y qué bonito queda tu nombre pronunciado de esos labios...

—Claro... aunque ya me había acostumbrado a que me llamaras Carter —sonríó un poco—, pero sí, Emily está bien.

¡Sí quiero, sí quiero!

Asiente, como si esa fuera la confirmación que necesitaba, pero sigue sin estar del todo relajado. De repente, se inclina un poco hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, y me mira con una intensidad que me hace sentir como si algo importante estuviera a punto de pasar en mis bajos.

Contrólate, loca.

—Emily, yo... —Hace una pausa, se frota las manos y respira hondo—. Necesito que me enseñes algo.

No puedo evitar levantar las cejas.

—¿Enseñarte algo? —inquiero un poco desconcertada.

—Sí —responde, y se toma un segundo antes de soltarlo—. Necesito que me enseñes a ser... más cálido.

Me quedo mirándolo, sin palabras.

¿Más cálido? ¿Daniel Prescott? Debo de haber oído mal. Pero no. Su expresión es completamente seria, aunque puedo ver ese brillo de incomodidad en sus ojos, como si odiara estar pidiendo esto.

—¿Cálido? —repito, tratando de ganar tiempo para digerirlo.

—Sí, ya sabes... —Se pasa una mano por el pelo, incómodo—. No soy muy bueno en eso. En ser cercano, en conectar con la gente... Y creo que, para lo que estamos haciendo con la gala y todo lo demás... me vendría bien un poco de eso.

Estoy tan sorprendida que no sé por dónde empezar.

Y tú que creías que quería que le enseñaras tu dormitorio.

Qué ilusa.

—¿Quieres que te enseñe... a ser cálido? —repito otra vez, más por desconfianza que por necesidad.

Daniel asiente, con una expresión que roza la vergüenza, lo cual es casi cómico en él.

—Sí. Creo que... tú podrías ayudarme con eso. Eres buena con la gente. Lo veo cuando hablas, cuando organizas las cosas. Tienes ese... toque que a mí me falta. Y... no sé, pensé que tal vez podrías enseñarme a... ya sabes, mejorar en ese aspecto.

Me quedo en silencio, sin saber qué decir. Esto es lo último que esperaba de él, pero hay algo la forma en que lo dice, que me hace pensar que realmente lo está pidiendo en serio. Está tan lejos de su fachada de CEO inquebrantable, que no sé si reírme o ponerme nerviosa yo también y quemar el mantel.

—Bueno... —empiezo, aún un poco aturdida—, supongo que podría intentar ayudarte con eso... aunque no estoy segura de cómo...

—No te preocupes, Emily. —Me corta con una leve sonrisa que me resulta un fenómeno natural poco común de lo bien que le sienta—. Solo... enséñame lo básico. Cómo no parecer tan... distante.

Vuelvo a reír, pero esta vez de manera más relajada.

Esto podría ser más interesante de lo que pensaba.

Comida basura y el Sr. Hielo deshaciéndose

Es viernes por la noche, y mi piso parece una zona de guerra. entre las cajas de pizza, los restos de comida china y las latas de refresco, la situación no es precisamente refinada. Estoy tumbada en el sofá con Clara, mientras una serie británica de crímenes suena de fondo. La trama va de un asesinato en un pequeño pueblo que parece tener más homicidios por metro cuadrado que todo Londres, pero ni Clara ni yo le estamos prestando demasiada atención.

Mi amiga está embutida en mis cojines, una caja de palomitas en el regazo y el pelo recogido en un moño descompuesto. Yo estoy en una posición poco digna, con los pies en alto y una camiseta que debería haber lavado hace días. Este es el verdadero lujo después de una semana interminable: no tener que aparentar nada, ni en mi ropa, ni en mis decisiones alimenticias.

—Vale, entonces, ¿quieres decirme ya por qué tienes esa mirada de *mi vida es una comedia romántica y no lo soporto*? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla, llevándose un puñado de palomitas a la boca.

Suelto un largo suspiro y agarro mi bote de helado. Necesito helado para esto.

—No te lo vas a creer —empiezo, sin saber muy bien cómo plantearle lo que ha pasado.

—Oh, lo dudo. Mi nivel de incredulidad ha subido desde que empezaste a trabajar con el CEO de hielo. —Clara se incorpora un poco, interesada—. ¿Qué ha hecho ahora? ¿Te ha pedido que le organices su boda con un robot?

Me río.

—Peor. —Meto la cuchara en el helado—. Prescott me ha pedido que le enseñe a ser... humano.

Clara se queda quieta, con una palomita a medio camino de su boca. La deja caer en la caja lentamente y me mira como si hubiera escuchado mal.

—Perdona, ¿qué? —indica, con la mandíbula abierta.

—Sí. —Asiento lentamente, como si el propio acto de decirlo en voz alta hiciera que sonara aún más ridículo—. El CEO con más frialdad que una nevada en el Polo Norte, me ha pedido que le enseñe a ser más... cercano, amable, lo que sea.

Clara suelta una carcajada tan fuerte que casi tira las palomitas al suelo.

—¿Qué?! —indica entre risas—. ¿Prescott? ¿El mismo que probablemente sería capaz de firmar un contrato de *no sonrisas*?

—El mismo. —Me dejo caer hacia atrás en el sofá, todavía procesando la conversación en The Ivy. Sigo sin entender qué fue lo que lo llevó a pedirme eso. Aún puedo recordar la forma en que me miró, como si la mera idea de ser menos tieso fuera más complicada que cerrar un trato de millones de libras.

—Pero, espera... ¿por qué? —consulta Clara, todavía riéndose—. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo? ¿Se ha dado cuenta de que parecer un arbusto no es tan efectivo en la vida real?

Me rio también, aunque la verdad es que yo tampoco sé bien por qué me lo pidió.

—No lo sé. —Me llevo una cucharada de helado a la boca—. Pero parecía realmente... incómodo. Nervioso, incluso. Me dijo que, con la gala y los eventos, necesita conectar más con la gente. Como si yo pudiera ser su entrenadora de humanidad o algo así.

Mi amiga me mira con ojos entrecerrados.

—¿Y qué le dijiste?

—Bueno, después de contenerme para no soltar alguna tontería, le dije que sí. Que lo ayudaría. ¿Qué iba a decirle? —Levanto las manos—. ¿Qué habrías hecho en mi lugar?

En los ojos de Clara hay un brillo que me dice que está pensando en algo más.

—Bueno, bueno, bueno. —Se cruza de brazos con una sonrisa pícara—. Prescott pidiéndote que le enseñes a ser amable, cariñoso, un amorcito de persona. Creo que alguien está empezando a sentir algo por la reina de los eventos ostentosos.

—Oh, por favor. No. Prescott no siente nada por mí. Lo único que siente es una obligación profesional de no parecer una estatua romana en la gala de Navidad.

—Sí, claro. —Clara da un sorbo a su refresco, disfrutando del giro de los acontecimientos—. ¿Y cuánto tiempo va a durar este entrenamiento? ¿Le vas a dar clases de sonreír y preguntar por el clima?

—Y yo qué sé. —Me encojo de hombros—. Tan solo sé que de repente, me he convertido en la persona encargada de enseñarle a ser menos... él.

Clara se me queda mirando en silencio durante un rato, antes de estallar de nuevo en risas.

—Esto es demasiado. Prescott y tú... ¿te imaginas lo que diría la gente si lo supiera? ¡El hombre de las nieves y su instructora personal de amabilidad! —se ríe tan fuerte que casi escupe las palomitas.

Yo, en cambio, no puedo evitar pensar que, bajo todo ese desapego, hay algo más en Daniel Prescott. Algo que tal vez ni él mismo entiende. Y por alguna razón que no alcanzo a comprender, me ha elegido a mí para ayudarlo a descubrirlo.

—No sé en qué lío me he metido, Clara —comento, más para mí que para ella—. Pero esto podría ser un desastre.

Clara me da un suave codazo en las costillas.

—O podría ser lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo.

Miro la televisión, pero mi mente está en otra parte. Porque, aunque no quiera admitirlo, hay una pequeña parte de mí que está... emocionada.

Navidades pasadas y fiestas robadas

Las navidades en Guildford siempre fueron mi época favorita del año. Un pequeño pueblo cerca de Londres, con calles adoquinadas, casas de ladrillo cubiertas de luces, y esa vibra navideña que parece haber salido de una película. Los inviernos en casa con mis padres eran como vivir dentro de una postal: decoraciones perfectamente colocadas en cada ventana, un árbol enorme en la sala, y la famosa tradición familiar de hornear galletas que terminaban decoradas hasta el exceso con azúcar y canela.

Básicamente, la Navidad en mi pueblo es lo más parecido a un refugio seguro, incluso para los cínicos de la época.

Aún puedo recordar las noches en las que nos acurrucábamos en el sofá, viendo esas películas navideñas tan cursis y predecibles que mi padre fingía detestar, pero que veía con la misma atención que mi madre. Para mí, aquellas navidades eran todo. Mi familia, el calor de hogar, la mezcla perfecta de luces resplandecientes y risas sinceras. Pero, en algún momento, dejé de ir. Todo por Marlon.

Tenía una presencia imponente, carismático a más no poder. A primera vista, parecía el hombre perfecto. Pero también era el tipo de persona que huía de la Navidad como si fuera una plaga medieval. ¿Por qué? Bueno, él y su *herida de madre*, como él mismo llamaba a ese sentimiento de desapego que lo hacía sentirse como un Grinch cada vez que veía una guirnalda o escuchaba un villancico. En pocas palabras, Marlon odiaba la Navidad tanto como yo amaba cada segundo de ella.

Al principio pensé que podría suavizarlo, como en esas películas que he mencionado donde el personaje amargado aprende a amar la Navidad. Pero Marlon no solo odiaba la Navidad; además, tenía la brillante idea de que lo mejor en esas fechas era ir de fiesta en fiesta con conocidos y amigos, y arrastrarme con él. Para él, el espíritu navideño era básicamente una excusa para beber champán en copas finas y moverse de una fiesta a otra como si fuera parte de una gira social. Todo esto mientras yo miraba mi móvil pensando en la chimenea de mis padres y el pastel de frutas casero que nunca llegaría a probar.

Dejé de ir a Guildford y comencé a pasar las navidades en fiestas absurdas de Londres donde nadie tenía ni idea de lo que realmente significaba la Navidad. Me encontraba atrapada entre

canapés insípidos, personas que intentaban recordar mi nombre y brindis por la temporada que eran, en realidad, excusas para el quinto cóctel de la noche. Todo por Marlon, el hombre que no solo tenía serios problemas con el compromiso, sino que también tenía una relación más sólida con su terapeuta que conmigo.

Pasé tres navidades así, sacrificando la magia de Guildford por ese hombre con alergia a los villancicos. Hasta que, finalmente, descubrí que Marlon tenía un *hobby* bastante cuestionable: la infidelidad. Y no una infidelidad cualquiera, no. Marlon tenía un talento especial para lo cruel. Cuando lo descubrí, estaba en medio de una fiesta que, sorpresa, yo misma había organizado. Ahí me enteré de que Marlon no solo compartía cama conmigo, sino que también lo hacía con una tal Mary, que, según me enteré después, también lo acompañaba en sus horas de reflexión. Valiente fea era la pobre. Marlon pasó de ser el posible amor de mi vida a convertirse en alguien que se regalaba a cualquiera con pulso para subir su dosis de endorfinas y sentirse el centro del universo... aunque solo fuera por cinco minutos.

La noticia me dejó destrozada, como es de imaginar. Al principio, pasé días intentando procesarlo y entender cómo alguien puede traicionar de esa forma a alguien que ama, y el dolor de la traición me hizo cuestionarme hasta mi reflejo en el espejo. Aquellos días que siguieron fueron una especie de bloqueo emocional, meses en los que no podía ni ver una foto juntos sin sentir un nudo en el estómago. La autoestima se me fue al suelo y la vida se convirtió en un recordatorio constante de que había dejado todo lo que amaba por alguien que nunca lo mereció.

Así que aquí estoy, intentando reconstruir algo parecido a la felicidad, aunque todavía me cueste dejar atrás ese capítulo. Y, para mi sorpresa, ahora resulta que alguien con aún menos espíritu navideño que Marlon —Prescott, el hombre con más mala vibra del cosmos— quiere aprender a ser más compasivo y cálido. La ironía no podría ser más fuerte.

Petra me intercepta justo cuando estoy saliendo de la sala de descanso, con su típica sonrisa de superioridad grabada en la cara. Es el tipo de compañera que es como un grano en el culo: incómoda, imposible de ignorar y, cuando menos te lo esperas, ahí está, apareciendo en el peor momento. Es una de esas personas que siempre tiene que meter su cucharadita de veneno en cada conversación, especialmente si es para hacerte notar que, por supuesto, ella lo haría todo mejor.

Es como si le hubieran dado el título de Miss Superioridad 2021, y estuviera empeñada en demostrar que lo lleva con orgullo. Y, claro, hoy no iba a ser la excepción.

—Ya me he enterado de que te han dado la fiesta de Prescott. —me suelta, estirando cada palabra como si le costara pronunciarlas—. No sé si felicitarte... o darte el pésame.

Le devuelvo una sonrisa igual de forzada.

—Bueno, gracias por el entusiasmo, Petra. ¿Crees que me vendrían mejor flores o unas velas?

Ella arquea una ceja, obviamente no captando la ironía. Los ególatras son así de ignorantes.

—Yo solo digo que Prescott tiene fama de ser... exigente. Pero claro, algunos trabajamos mejor bajo presión —dice, acomodándose la chaqueta como si estuviera a punto de subir al

escenario de los Óscar.

—¿Bajo presión? ¿Es así como llamas a tus *pequeños roces* con los clientes?

Resopla, como si la cosa no fuera con ella.

—Lo llamo tener estándares, Emily. Los clientes importantes los aprecian. —Hace una pausa, evaluando si sus palabras me afectan. Yo sigo mirándola con cara de póker—. Veremos cómo te va cuando Prescott vea lo que haces con su fiesta. La última vez que lo vi, parecía más un inspector de Hacienda que alguien que quisiera una Navidad alegre.

—Sí, Prescott es todo alegría navideña —respondo, sin poder evitar una sonrisilla—. Pero bueno, alguien tiene que intentarlo, ¿no? Yo me encargaré de la fiesta; tú puedes seguir encargándote de... ¿qué era? ¿El presupuesto de oficina?

Petra pone los ojos en blanco con desgana.

—Suerte, Emily. No olvides que a los clientes poderosos no se les puede impresionar con cualquier cosa. Y si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme... cuando estés desesperada.

—Gracias, Petra, lo tendré en cuenta. Aunque si llego a ese punto, tal vez prefiera los consejos de una máquina expendedora... tienen algo más de empatía.

Me giro y me alejo, dejando que sus pasos resonantes se pierdan tras de mí cuando recibo un mensaje de WhatsApp.

Malas Pulgas 17:32 PM: Emily, ¿podemos vernos esta noche? Quiero empezar con el trabajito lo antes posible.

Leo el mensaje una, dos, tres veces. ¿Trabajito? ¿Ha escrito trabajito? ¿Quién demonios llama a un encargo profesional trabajito?

De repente, se me ponen los pelos de punta y no porque haya bajado la calefacción en la oficina. Mi mente, que tiene la capacidad de dramatizarlo todo en cuestión de segundos, ya está imaginando a Daniel Prescott con un sombrero fedora y un fajo de billetes esperando en una esquina oscura a que yo llegue para hacerle un favor sexual tarificado.

Sacudo la cabeza, tratando de borrar de mi mente la idea de Prescott involucrado en actividades de índole... dudosa. No, no, no. Esto es un mal uso del lenguaje. Un hombre como él, frío y calculador, probablemente usa la palabra *trabajito* para cosas como negociar la compra de una multinacional o despedir a un equipo completo antes del desayuno. Y, además, jamás se fijaría en una chica como yo. Vamos, ni aunque me envolviera en papel de regalo con un lazo rojo.

Respiro hondo y, con la compostura un poco recuperada, estoy a punto de guardar el móvil en el bolsillo de mi chaqueta de sastre cuando la pantalla se ilumina y suena ese tono que todavía no he tenido tiempo de cambiar. Miro el nombre que aparece en la pantalla y mi corazón da un pequeño vuelco: Marlon.

Sí, Marlon, el Grinch con complejo de Casanova, el *cucaracho* que me dejó destrozada después de traicionarme con una pelirroja que parecía haber salido directamente de la versión orca de *El Señor de los Anillos*.

¿*Qué quiere ahora?*, pienso, medio paralizada. Un año de contacto cero, y justo hoy, cuando estoy lidiando con el hombre más frío de Londres y sus mensajes ambiguos, decide aparecer.

Por un segundo, mis dedos titubean sobre el botón de contestar, pero enseguida me detengo.

No, no voy a caer en esa trampa. Cuelgo la llamada y bloqueo la pantalla. Marlon puede quedarse en Mordor con su orca, que yo ya tengo bastante con un CEO que me pide trabajitos a deshoras.

Insuflo aire a mis pulmones, otra vez, para enfocarme en la noche que me espera.

Con suerte, el trabajito solo incluirá consejos sobre cómo sonreír sin parecer que estás planeando una OPA hostil.

El CEO y el bosque de los abetos

Estoy en el baño de la oficina, frente al espejo, intentando darle un poco de vida a mi rostro. No es que haya mucho que hacer a estas alturas de la semana. Las ojeras son más profundas que el Támesis, y el cabello tiene ese estilo: *salí corriendo de la cama*. Pero bueno, con un poco de rímel y un toque de rubor, puedo fingir que no estoy al borde del colapso.

—Vamos, Emily, solo es un *trabajito* con un cliente desesperado, —me susurro a mí misma—. Nada de qué preocuparse.

Me echo un poco de perfume detrás de las orejas, como si el aroma a jazmín fuera a hacer milagros en mi vida. Luego, me abrocho la chaqueta de sastre antes de ponerme el abrigo, me sacudo el cabello y decido que, sí, estoy lista para enfrentar lo que sea que Prescott tenga planeado para esta noche.

De camino a la dirección que me envió *Malas Pulgas* por WhatsApp, me detengo en The Velvet Bean. Un café moca con extra de chocolate siempre me calma los nervios.

¿No sería descortés aparecer con uno solo para mí? Si algo he aprendido en el mundo de los eventos es que llevar café siempre desarma, incluso si es el CEO más insensible de Londres.

—Dos cafés moca, por favor, con extra de chocolate —le pido al barista, quien me mira con aprobación. Al parecer, hoy no soy la única que necesita una sobredosis de azúcar para sobrevivir.

Agarro los cafés y salgo corriendo. No quiero llegar tarde a esta reunión, o sea lo que sea que Prescott haya planeado.

Cuando llego a la dirección que me ha enviado, me paro en seco.

«¿Qué demonios...?»

Esperaba encontrarme con un restaurante elegante o una sala de reuniones privada, pero lo que tengo frente a mí es... un puesto de abetos navideños. Sí, abetos por todas partes, iluminados con luces de colores y decorados con guirnaldas rojas y doradas. El tío más frío que un témpano

en el desierto me ha citado... aquí.

No entiendo nada.

Miro a mi alrededor, intentando buscar algún tipo de cámara oculta, pero ahí está él, de pie frente a un abeto frondoso, con la mirada perdida como si estuviera a punto de tomar una decisión de vida o muerte. Lleva un abrigo negro impecable y una bufanda gris, y por un momento parece tan fuera de lugar rodeado de árboles navideños como un pingüino en las Vegas.

Me acerco.

—Prescott... —le llamo, intentando que mi voz suene más segura de lo que realmente estoy—. Espero que te gusten los mocas con extra de chocolate, porque he traído uno para ti.

Él se gira lentamente, como si hubiera estado en otro mundo, y me mira con esos ojos grises que podrían congelar un lago enorme en un segundo. Pero esta vez, hay algo diferente en su expresión, algo que nunca había visto antes. ¿Duda? ¿Confusión? ¿Nostalgia? No estoy segura.

—Gracias, Carter... digo, Emily. —Coge el café que le ofrezco, y algo se revuelve en mi estómago. Tal vez fue el moca o tal vez es solo el efecto de escucharlo pronunciar Emily con dulzura.

—Así que... ¿este es el trabajito? —pregunto, levantando una ceja mientras señalo el puesto de abetos—. ¿Ayudarte a elegir un árbol de Navidad?

Él asiente lentamente, como si aún estuviera evaluando mi presencia allí.

—Nunca he comprado uno —confiesa, mirando los árboles como si fueran criaturas alienígenas—. Siempre he considerado las decoraciones navideñas una pérdida de tiempo. Pero este año... —Se detiene, buscando las palabras adecuadas—. Este año quiero intentarlo.

No sé si reírme o darle una palmada en la espalda. El hombre que apenas puede esbozar una sonrisa, ahora está parado en un puesto de abetos intentando comprar uno. ¿Es el inicio de un episodio navideño de *The Twilight Zone*?

—Bueno, supongo que puedo ayudarte a elegir uno —expreso, queriendo sonar entusiasta—. Pero necesitas saber un par de cosas sobre los abetos. ¿Buscas uno frondoso, que huela a Navidad y deje agujas por todas partes, o uno más discreto que puedas tirar en cuanto acaben las fiestas? Lo primero que necesitas saber es que elegir un árbol de Navidad es un arte. Hay que encontrar el que te haga sentir algo. Ya sabes, una especie de conexión.

Daniel frunce el ceño, como si estuviera enfrentando una negociación multimillonaria.

—¿Conexión? No tengo ni idea. Solo... quiero uno que se vea... —se pasa la mano por el pelo—, hogareño. ¿Eso tiene sentido?

Lo miro, y por un momento, casi tengo lástima por él. Está completamente perdido. Un

hombre que puede manejar una sala llena de tiburones corporativos, pero que se queda paralizado frente a la idea de elegir un árbol.

—Sí, tiene sentido —suavizo mi tono—. Vamos a buscar uno que te haga sentir... bien, ¿vale?

Pasamos unos minutos recorriendo el puesto, y aunque él sigue pareciendo un pez fuera del agua, noto que se va relajando un poco. Incluso esboza una sonrisa torcida cuando le muestro un abeto pequeño y retorcido que parece haber tenido una vida difícil.

—Este me recuerda a mi jefe, Brian —bromeo—. No es el más bonito, pero tiene carácter. Como tú.

Prescott suelta una risa inesperada, un sonido bajo y breve, pero genuino. Y por un segundo, el hombre de hielo se derrite un poco y por un instante, me pregunto si este trabajito podría ser más interesante de lo que pensaba.

Daniel Prescott

La mayoría de la gente que me conoce —o cree conocerme— me describe con palabras que van desde *exigente* hasta *tirano*. No puedo culparlos. A lo largo de los años, he aprendido que ser un perfeccionista implacable es la única forma de mantenerse en la cima, especialmente en un mundo donde las emociones y los errores son vistos como debilidades. Y yo, por encima de todo, he dejado de permitir esas debilidades en mi vida.

Años atrás, las cosas no siempre fueron así. Hubo un tiempo en el que la vida tenía algo de color, pero todo eso quedó enterrado cuando me rompieron el corazón. Charlotte, el nombre todavía se siente como una espina clavada en la garganta. Fue la primera persona por la que bajé la guardia. Y también la última. Nuestra relación fue como un fuego intenso que quemó todo a su paso. Ella era brillante, encantadora, y yo estaba dispuesto a ofrecerle el mundo. Pero al final, resultó que lo que yo ofrecía no era suficiente.

Charlotte decidió que podía encontrar algo mejor, más emocionante, más vivo —sus palabras, no las mías— y me dejó justo cuando creía que estábamos construyendo un futuro juntos. El día que se fue, sentí como si alguien hubiera apagado todas las luces en mi vida.

—Eres impasible, Daniel —me dijo una noche, después de una cena en la que yo, como siempre, estaba más pendiente de mi móvil que de ella. —Me haces sentir sola, incluso cuando estamos juntos.

Y con esas palabras, se fue, llevándose consigo todo rastro de calor que yo alguna vez pude haber tenido. Desde entonces, me prometí que no volvería a permitir que nadie me hiciera sentir vulnerable. Nunca más.

Desde entonces, todo ha sido una lucha por mantener el control, por demostrar que no necesito a nadie, y que las emociones solo te hacen vulnerable. Así que, sí, me convertí en Daniel Prescott, el hombre de hielo. Y hasta ahora, ha funcionado.

Al menos, eso creía.

Pero entonces apareció Emily Carter. Una mujer que, para ser honesto, al principio no me pareció nada del otro mundo. Otra organizadora de eventos más, con su sonrisa fácil y su

entusiasmo que me resultaba... agotador. Pero algo cambió, casi sin darme cuenta.

La primera vez que la vi, había algo en ella que me pareció irritante. Esa forma suya de hablar con los demás, de hacer que cualquier espacio —incluso la sala de reuniones más aséptica— pareciera un lugar agradable. Al principio pensé que era simple fachada. Después de todo, la gente en este negocio es experta en fingir. Pero no, Emily no era como los demás. Su luz no era una estrategia. Ella brillaba, de verdad. Una maldita persona vitamina, como dicen algunos.

Y, por alguna razón que todavía no entiendo, sentí una punzada en el pecho cada vez que la veía sonreír. Una pequeña molesta punzada de... esperanza. Y lo odié. Me di cuenta de que había algo en ella que me hacía sentir cosas que había enterrado, después de Charlotte. Esa manera suya de iluminar una habitación, como si llevara una estela de brillo allá donde iba. Como si estuviera hecha de algo que yo había perdido hace mucho tiempo.

Quizás por eso, cuando me di cuenta de que necesitaba reaprender a ser más... normal (sí, todavía me cuesta pronunciar esa palabra), pensé en ella. Porque si había alguien que podía ayudarme a entender cómo conectar con los demás, cómo hacer que esa maldita gala navideña no fuera simplemente un desfile de apariencias, esa persona era Emily.

—Emily... —murmuro su nombre, casi sin darme cuenta en mi mente, mientras estoy de pie frente al puesto de abetos, rodeado por una docena de árboles de diferentes tamaños, cada uno con su propio aroma fresco y penetrante. El aire está impregnado del olor a pino y tierra húmeda, y el frío de la noche se cuela por el cuello de mi abrigo.

No sé qué demonios estoy haciendo aquí. Nunca en mi vida he comprado un árbol de Navidad, y mucho menos he considerado la posibilidad de decorar uno.

Respiro hondo, intentando ordenar mis pensamientos. La verdad es que llevo ya unos minutos parado frente al mismo abeto. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Esto no tiene nada que ver con contratos, balances o estrategias empresariales. Y, sin embargo, aquí estoy, sintiéndome como un niño perdido en un bosque.

Entonces la veo llegar.

Emily avanza con pasos rápidos, las mejillas enrojecidas por el frío y un par de vasos de cartón en las manos. Lleva una bufanda enredada al cuello y un abrigo que parece una talla demasiado grande para su cuerpo, pero de alguna manera, en ella todo se ve... perfectamente imperfecto. Hay algo en su forma de caminar, en su energía, que ilumina la noche más que todas las luces parpadeantes que decoran la calle.

La veo buscarme entre los abetos, y por un momento, me quedo inmóvil, simplemente observándola. No sé por qué, pero noto una punzada en el estómago. Una mezcla extraña de nerviosismo. Como si fuera a pasar algo importante, aunque no sé exactamente qué.

Sus ojos me encuentran y sonrío. Esa sonrisa amplia y genuina que me desarma. Se acerca, y mientras lo hace, noto que lleva dos cafés para llevar.

—Prescott... —dice, con tono desenfadado, como si no fuera el CEO que todos temen—.

Espero que te gusten los mocas con extra de chocolate, porque he traído uno para ti.

Por un segundo, no sé qué decir. Me tiende el café, y el calor del vaso en mis manos contrasta con el frío que me rodea. La miro a los ojos, esos ojos que siempre parecen reírse de algo que yo no entiendo.

—Gracias, Carter... digo, Emily —respondo, eligiendo las palabras con cuidado, porque llamarla por su nombre todavía se siente... raro. Pero también correcto.

—Así que... ¿este es el trabajito del que hablabas? —pregunta, levantando una ceja con una sonrisa burlona mientras mira en derredor—. ¿Ayudarte a elegir un árbol de Navidad?

Me rasco la nuca, sintiéndome más incómodo de lo que quisiera. No estoy acostumbrado a ser tan... ¿espontáneo?

—Nunca he comprado uno —admito, mi mirada desviándose hacia los abetos—. Siempre he considerado las decoraciones navideñas una pérdida de tiempo. Pero este año... —Hago una pausa— Este año quiero intentarlo.

Ella me estudia un momento, como si intentara descifrar si estoy bromeando o no. Pero no lo estoy. Estoy completamente fuera de mi elemento aquí, y es algo que odio. Pero si quiero volver a sentir alguna emoción, como le pedí, tengo que empezar por algún lado.

—Bueno, supongo que puedo ayudarte a elegir uno —menciono, intentando sonar entusiasta—. Pero necesitas saber un par de cosas sobre los abetos. ¿Buscas uno frondoso, que huela a Navidad y deje agujas por todas partes, o uno más discreto que puedas tirar en cuanto acaben las fiestas? Lo primero que necesitas saber es que elegir un árbol de Navidad es un arte. Hay que encontrar el que te haga sentir algo. Ya sabes, una especie de conexión.

—¿Conexión? —repito, arqueando una ceja— No tengo ni idea. Solo... quiero uno que se vea... hogareño. ¿Eso tiene sentido?

Ella se ríe, y el sonido es ligero, casi musical. Se acerca a uno de los abetos más pequeños y lo acaricia como si fuera un cachorro

—Sí, tiene sentido. Vamos a buscar uno que te haga sentir... bien, ¿vale?

La forma en que me mira, con esa chispa en los ojos, hace que mi corazón dé un pequeño vuelco.

Pasamos unos minutos recorriendo el puesto, y aunque yo sigo pareciendo un pez fuera del agua, noto que me voy relajando un poco. Incluso esbozo una sonrisa torcida cuando me muestra un abeto pequeño y retorcido que parece haber tenido una vida difícil.

—Este me recuerda a mi jefe, Brian. No es el más bonito, pero tiene carácter. Como tú.

—¿Estás diciendo que yo me parezco a este árbol? —indago, fingiendo ofenderme.

Ella se encoge de hombros con una sonrisa traviesa.

—Solo digo que, a veces, lo que parece imperfecto por fuera tiene más encanto de lo que uno espera.

No puedo evitar reírme. Una risa corta, casi incómoda, pero genuina. Algo que no recuerdo haber hecho en mucho tiempo. Esta mujer tiene una forma de hacer que lo complicado parezca fácil y lo aburrido... interesante.

¿Será por eso que no puedo dejar de pensar en ella?

—Vamos, Prescott. —Emily se gira, mirando los abetos que aún no hemos revisado—. Vamos a encontrar uno que encaje contigo. Aunque te advierto que, si el árbol empieza a congelarse solo porque te acercas, puede que tengamos un problema.

Y ahí está otra vez, esa sonrisa del demonio que me hace burbujas en el estómago.

—De acuerdo, Emily. —Veo iluminarse su rostro al escuchar su nombre—. Vamos a intentarlo. Y... gracias por venir. No sé por qué te pedí ayuda, pero... creo que necesitaba a alguien que entendiera de... estas cosas.

Mentiroso. La necesitas a ella.

—Bueno, si necesitas más lecciones, solo necesitas comprarme otro café —bromea, levantando el vaso—. A este ritmo, te convertirás en un experto antes de que acabe la Navidad.

El árbol perfecto

Es raro, pero a medida que avanzamos entre los abetos, empiezo a darme cuenta de que estoy cómoda con Daniel Prescott.

¿Cuándo ha sucedido esto? No lo sé, pero su habitual rictus y esa expresión como si le doliera sonreír, ya no me intimida tanto. Es como si, de repente, el CEO que parece haberse tragado un palo se hubiera relajado... un poco. No es que vaya a empezar a soltar carcajadas ni nada, pero por lo menos ya no parece que me esté evaluando para un despido inminente cada vez que me mira.

Nos movemos entre los árboles y Daniel me sigue como si estuviera tratando de resolver una complicada ecuación matemática, aunque todo lo que estamos haciendo es elegir un abeto. ¡Por el amor de Dios! No estamos cerrando un trato de mil millones de libras aquí, solo eligiendo un árbol para decorar su apartamento, probablemente, más estéril que un quirófano.

—Creo que este tiene potencial —expreso, señalando un abeto de tamaño mediano que está un poco torcido hacia un lado.

Prescott se detiene y lo evalúa con la misma intensidad con la que probablemente estudia un informe financiero. Me muerdo el labio para no reírme. ¿De verdad está aplicando su estrategia de análisis a un árbol de Navidad?

—¿Por qué este? —interroga, con esa seriedad de cirujano a punto de hacer una operación a corazón abierto.

Me inclino hacia el árbol y acaricio una de sus ramas, que son suaves y tienen ese aroma a Navidad que te hace sentir como si estuvieras en un anuncio de perfume caro.

—Bueno, no es el más grande ni el más perfecto —admito, encogiéndome de hombros—, pero tiene carácter. Las ramas son frondosas, aunque está un poco torcido. Pero eso es lo que lo hace especial. Como... un perro feo pero entrañable.

Daniel me mira fijamente, como si intentara descifrar si realmente estoy comparando su futuro árbol de Navidad con un chihuahua con mala actitud.

—¿Imperfección entrañable? —repite, con una ceja levantada. Me pregunto si esa ceja hace ejercicio para mantenerse tan en forma.

—Exacto —reconozco, mirándolo con cara de *confía en mí* aunque ni yo misma sé por qué estoy defendiendo a este abeto—. A veces, lo que no es perfecto tiene más encanto. ¿No te lo han dicho nunca?

Me lanza una mirada que podría interpretarse como: *Carter, por favor, soy un hombre de negocios, no un poeta bohemio*, pero noto un brillo en sus ojos. Es sutil, pero está ahí. ¿Será que le estoy contagiando algo de mi entusiasmo navideño? Eso, o se está preguntando por qué me dejó a cargo de esta misión.

Finalmente, asiente.

—Está bien, me fío de tu criterio. Nos llevamos este.

No puedo evitar sonreír como una tonta. He convencido a Daniel Prescott de que compre un árbol que parece haber pasado una mala racha. Estoy como si hubiera ganado la lotería.

Prescott se acerca al hombre del puesto, un señor que lleva un gorro de lana con pompones que parecen tener vida propia, y le entrega su tarjeta con un gesto que podría hacer parecer a cualquiera un simple mortal.

—Quiero que lo envíen a esta dirección, mañana a primera hora —dice, mientras el hombre toma nota apresuradamente. Y yo, porque no puedo evitarlo, intento imaginar cómo demonios encajará este abeto torcido en su lujoso apartamento.

Porque sí, puedo visualizarlo: un piso que debe parecer más una cámara frigorífica que un hogar, con muebles de líneas tan rectas que podrías cortarte si te apoyas en ellos. Seguro que todo es blanco, negro y gris, con cojines perfectamente alineados y ni una sola decoración personal. Si me dejaran entrar, apostararía a que hasta los cubiertos están ordenados por tamaño, color y peso.

Mientras el vendedor termina de tomar nota, Daniel se gira hacia mí.

—¿En qué piensas? —cuestiona, con ese tono de voz bajo que parece diseñado para intimidar pero que, esta noche, suena casi... curioso.

Lo miro, un poco sorprendida de que realmente se haya dado cuenta de que me había perdido en mis pensamientos.

—Solo estaba imaginando cómo encajará este árbol en tu... espacio. —No me atrevo a decir *apartamento estéril*, aunque es lo que realmente quiero decir.

Él me observa, y por un momento creo que va a poner esa cara de: *cállate y sigue trabajando*, pero en lugar de eso, se limita a asentir.

—Tienes razón. Es minimalista —admite—. Quizá por eso necesito un árbol como este. Algo

que rompa un poco con... mi norma habitual.

La manera en la que lo dice, con ese tono que casi roza la melancolía, me hace preguntarme qué hay realmente detrás de esa fachada. ¿Es posible que debajo de todo ese perfeccionismo, Daniel Prescott solo sea un hombre que necesita un poco de desorden en su vida?

Antes de que pueda seguir con mis reflexiones, el vendedor se acerca y nos interrumpe.

—Todo listo, señor. El árbol le será entregado mañana a primera hora.

—Perfecto, gracias. —Daniel le dedica una breve inclinación de cabeza y luego se vuelve hacia mí—. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con el resto de tu noche?

La pregunta me pilla completamente por sorpresa. Prescott, el hombre que parece ser más máquina que humano, preguntándome por mis planes de viernes noche.

¿Estamos en un universo alternativo?

—Oh, ya sabes... lo típico. Volver a casa, comer comida basura y ponerme una serie de crímenes. Nada tan emocionante como lo tuyo, seguro. —Sonrío, intentando quitarle peso a la conversación, aunque hay una parte de mí que realmente quiere saber qué hace él para relajarse. Probablemente algo aburrido como leer informes fiscales antes de dormir.

—Parece una buena forma de pasar la noche, tal vez debería intentarlo algún día.

—Cuando quieras. Si necesitas un maratón de series y comida poco saludable, ya sabes dónde encontrarme —manifiesto, sin pensar demasiado, pero dándome cuenta un segundo después de lo que le acabo de ofrecer.

Me mira, y esta vez no hay frialdad en su mirada. Solo curiosidad, quizá incluso... ¿interés?

—Lo tendré en cuenta, Emily.

Y mientras me despido y me alejo, no puedo evitar reírme para mis adentros. Si Prescott termina en mi sofá comiendo pizza y viendo *Crímenes en la Campiña Inglesa*, definitivamente habré ganado el premio a la mejor influencia navideña del año.

Tertulias Navideñas y viejas heridas

Estoy tirada en mi sofá con una manta cubriéndome hasta el cuello, mientras en la tele un programa navideño de cocina promete recetas infalibles para la cena de Nochebuena. Claro, como si alguien tuviera tiempo para hacer un *soufflé* de pavo en medio de todo el ajetreo que suponen estas fiestas. Saco una cucharada generosa de crema de cacao del bote que tengo en el regazo y justo cuando el chef explica cómo hacer un glaseado perfecto, mi móvil empieza a vibrar.

Es Clara. Suspiro y respondo sin pensarlo dos veces, porque cuando Clara llama, normalmente significa que ha oído drama en el aire. Le he mandado un mensajito incendiario, de esos que generan intriga mientras venía de vuelta a casa con la intención de alimentar su mente inquieta.

—¡Em! —grita al otro lado antes de que siquiera pueda decir *hola*—. ¿Qué ha pasado con Daniel Prescott? ¡Quiero detalles, y los quiero ya!

Suelto una carcajada. Clara tiene esta capacidad de transformar hasta la cosa más anodina en una telenovela mexicana.

—No es nada, Clara —trato de sonar despreocupada, pero sé que no me va a dejar en paz tan fácilmente—. Solo que... —hago una pausa, jugando con el borde de la manta—, no sé cómo explicarlo. Debajo de toda esa fachada, creo que hay un hombre herido.

Clara se queda en silencio un segundo y luego suelta una risotada tan fuerte que casi me deja sorda.

—¿De verdad? ¿Ahora te has vuelto terapeuta? —bromea, con ese tono burlón que tiene para todo—. ¿Qué es lo siguiente? ¿Vas a abrir una consulta de sanación de corazones maltrechos? Porque si es así, espero que ofrezcas descuentos para amigos.

—No, en serio —insisto, apreciando cómo mi voz se vuelve más seria—. Creo que algo le ha debido de pasar. Hay momentos en los que casi puedo ver una grieta en su coraza. Es como si estuviera luchando por ser alguien más normal, pero no sabe cómo.

—Oh, qué tierno —Clara pone voz melosa, y puedo imaginármela poniendo los ojos en blanco en su diminuto apartamento de Camden—. Y dime, ¿acaso tú te consideras una experta en lidiar con equipaje emocional? Porque, si mal no recuerdo, tú también tienes tu propia maleta llena de traumas, cortesía de cierto idiota llamado Marlon.

Me atraganto con la pasta de cacao con solo oír su nombre.

—Bueno, sí —admito, un poco a regañadientes—. Pero yo ya he dejado ese capítulo atrás. O al menos, lo estoy intentando.

—Ajá, claro, seguro. —Clara no se deja convencer—. ¿Por eso aún no lo has bloqueado?

—¿¿Cómo demonios sabes que me ha llamado?! —me incorporo, sorprendida. ¿Acaso tiene un radar para detectar a Marlon?

—Porque te conozco, Em. Te conozco mejor que tú misma y puedo percibir el olor a azufre que deja el *cucaracho*. —Hace una pausa dramática antes de continuar—. ¿Y? ¿Qué quería ese imbécil?

Me dejo caer de nuevo en el sofá y paso una mano por mi cara, como si así pudiera borrar los recuerdos de lo que pasó con Marlon.

—No sé qué quiere, Clara —admito con un suspiro—. No respondí la llamada. Después de lo que hizo, no sé si quiero volver a escuchar su voz. Pero al mismo tiempo, me pregunto... ¿por qué ahora? ¿Qué puede querer después de un año de completo silencio?

—Emily, por favor, no me digas que estás considerando hablar con él —el tono de Clara cambia, se vuelve más serio y preocupado—. Ese hombre te dejó hecha polvo. No tienes que abrir esa puerta otra vez.

—No pienso hacerlo —respondo rápidamente, aunque en el fondo no estoy tan segura—. Es solo que... no sé. Me duele, ¿vale? Después de todo lo que pasó, de cómo me hizo sentir... no sé si puedo volver a pasar por eso.

Clara suspira al otro lado de la línea.

—Escucha, si Marlon te llama, no es porque te extrañe ni porque haya cambiado. Los *cucarachos* no evolucionan, solo buscan otra grieta por la que meterse. No caigas en sus juegos, ¿me oyes? Tienes cosas mucho más interesantes ahora, como ese CEO gélido que parece estar desheliéndose cada vez que queda contigo.

Suelto una carcajada, aunque sé que Clara tiene razón. Daniel Prescott, el hombre que me pidió que le enseñara a amar la Navidad o a sí mismo, ya está ocupando suficiente espacio en mi mente como para que Marlon también se meta ahí.

—Tienes razón. No necesito que Marlon vuelva a arrastrarme al pasado justo cuando estoy empezando a recuperar mi equilibrio.

—¡Exacto, nena! —Clara vuelve a su tono entusiasta habitual—. Así se habla. Y recuerda, si necesitas una intervención navideña con galletas y vino, aquí estoy yo.

—Gracias, Clara —le agradezco con una sonrisa, aunque no puede verme—. Eres la mejor amiga que una chica podría pedir.

Cuelgo y miro la pantalla de la tele. El chef ha terminado su *soufflé* y ahora está espolvoreando azúcar glas por encima. Ojalá la vida fuera así de sencilla: un toque de azúcar y todo arreglado.

Tomo otra cucharada de chocolate y decido que, al menos por esta noche, me voy a centrar en lo que realmente importa: relajarme, reírme un poco y disfrutar de las pequeñas cosas. Porque, al final del día, todos estamos cargando con nuestro propio equipaje. La diferencia es saber cuándo es hora de dejar de arrastrarlo por ahí.

Daniel Prescott

Estoy en mi grandioso piso, de pie en medio del salón, mirando a mi alrededor. Emily tenía razón. Esto no parece un hogar; parece más bien una sala de espera de alguna clínica de lujo. Todo aquí es impecable, perfectamente ordenado, pero también terriblemente... vacío.

Las paredes son de un blanco inmaculado y las mantas grises que compré —o, mejor dicho, que alguien eligió por mí basándose en lo que supuestamente serían mis gustos— están perfectamente dobladas sobre el respaldo del sofá. Y no logran aportar ni un ápice de calor. Todo en este lugar parece estar diciendo: *Por favor, no toques nada y no te sientas cómodo.*

Me dejo caer en el sofá y el silencio se vuelve ensordecedor. Ni siquiera el sonido de la ciudad entra aquí. Todo está insonorizado, controlado. Demasiado controlado, como si hubiera pasado los últimos años construyendo no un lugar para vivir, sino una fortaleza para mantenerme a salvo. A salvo de las personas, de las emociones, y, sobre todo, de los recuerdos.

Cierro los ojos y, sin querer, mi mente se desvía hacia Emily. No debería estar pensando en ella, pero no puedo evitarlo. Me pregunto cómo será su apartamento. Seguro que está decorado con mil cosas que ha ido recogiendo aquí y allá, nada a juego, pero todo lleno de personalidad.

Puedo imaginarla ahora mismo, acurrucada en su sofá, envuelta en una manta probablemente estampada con ositos, o peor aún, unicornios de colores. Seguramente está viendo alguna serie absurda mientras se ríe con la boca llena de *snaks* de marca blanca.

Mientras yo aquí, en este mausoleo de líneas rectas y colores neutros, intento encontrar algo de mí mismo en mantas grises que no logran abrigar ni mis pies.

¿Por qué, de repente, todo lo que me rodea parece tan insulso?

Cuando Emily estuvo conmigo en el puesto de abetos, hubo un momento en el que casi me hizo olvidar quién soy. Esa sonrisa suya, tan brillante, tan llena de vida... No pude evitar profesar un poco de envidia. ¿Cómo alguien puede ser tan auténtico, tan lleno de energía, en un mundo que se empeña en drenar cada gota de entusiasmo?

Abro los ojos y miro alrededor de nuevo. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí realmente

en casa? Mi apartamento está diseñado para impresionar a los demás, no para acogirme a mí. Nunca me di cuenta de cuán clínico es hasta que Emily hizo ese comentario sobre mi estilo.

Todo lo que tengo aquí fue elegido con un propósito: proyectar éxito, orden, control. Pero ahora, sentado en este sofá tan elegante como incómodo, me pregunto si lo que realmente necesito es algo de desorden. Un toque de vida. Algo más que muebles salidos de una revista de diseño nórdico.

Emily me ha hecho pensar, algo que no me gusta admitir. Porque si hay algo que sé con certeza, es que no soy bueno lidiando con las emociones. Me he pasado los últimos años evitándolas a toda costa. Después de lo que pasó con Charlotte, no me permití sentir nada más allá de la satisfacción profesional.

Pero ahora, aquí estoy, en un apartamento perfectamente ordenado, pensando en una mujer que se ríe con los ojos y que seguramente ahora mismo está disfrutando de su vida mucho más que yo.

Suspiro y me paso una mano por el cabello, despeinándolo un poco. Quizá sea hora de cambiar algo. Quizá sea hora de dejar de controlar tanto y aprender a vivir un poco.

Y, por primera vez en años, me pregunto cómo sería tener a alguien como Emily aquí, en este espacio frío y estéril desordenándolo todo. Alguien que, apareciendo con un simple café para llevar, podría iluminar incluso el rincón más oscuro de este apartamento.

¿Pero qué demonios estoy pensando? No tiene sentido. Yo soy quien soy, y ella es... ella, una persona que parece sacada de otro mundo. Un mundo donde la gente aún cree en las segundas oportunidades y en la posibilidad de ser feliz.

Miro el reloj. Es tarde. Y aunque sé que no puedo cambiar de la noche a la mañana, tal vez... solo tal vez, podría empezar con un pequeño cambio.

Suspiro profundamente antes de coger el móvil que está descansando sobre la mesa de cristal como si fuera un artefacto radioactivo. Lo miro un momento, sopesando si realmente quiero abrir el WhatsApp y lidiar con la avalancha de mensajes de trabajo que seguramente me están esperando. Pero en lugar de abrir los chats de mis colaboradores, mis dedos titubean y, casi sin querer, abro la conversación con Emily Carter.

¿Por qué demonios estoy haciendo esto? ¿Qué espero encontrar? ¿Un nuevo *trabajito* o quizá una invitación a sumarme a su viernes por la noche? No puedo evitar imaginar la escena: yo, Daniel Prescott, acurrucado bajo una manta de Mark & Spencer con algún estampado ridículo, viendo algún programa insulso mientras se atiborra de palomitas de microondas.

¡Qué imagen más patética! Pero a la vez... hay algo extrañamente tentador en esa idea. Porque la realidad es que, con todo mi orden y perfección, ella me da mil vueltas en eso de vivir la vida. Emily parece tener una especie de máster en disfrutar el presente, mientras yo sigo aquí, atrapado en mi torre de marfil y acero inoxidable.

La pantalla del móvil sigue iluminada, y mis dedos se posan sobre el teclado, dudando.

¿Qué cojones le vas a decir?

¿Hola, Emily? ¿Te apetece compartir conmigo tu noche y tu manta hortera? Porque, sinceramente, creo que necesito clases urgentes de cómo ser un ser humano funcional.

Niego con la cabeza, medio riéndome de mí mismo. No tengo ni idea de cómo se hace esto.

Escribo el mensaje sin pensar demasiado, algo que no he hecho desde... bueno, desde hace más tiempo del que me gustaría admitir. Siempre lo sobrepienso todo: cada palabra, cada coma, cada maldito detalle. Es parte de lo que me ha llevado hasta donde estoy, ¿no? Y esta vez, simplemente dejo que salga.

Lo releo una vez, y antes de que mi lado racional pueda intervenir y sugerirme que lo borre, pulso enviar. Ahí está, fuera de mis manos. Me recuesto en el sofá y dejo el móvil a un lado, como si tuviera miedo de que me explotara en la cara.

Soy como un adolescente nervioso esperando la respuesta de su primer amor. La diferencia es que, ahora, no estoy sentado en un pupitre del instituto; estoy en mi apartamento de lujo, rodeado de todo lo que alguna vez pensé que era importante... pero que, en este momento, parece una soberana mierda.

Los segundos pasan y parecen horas. El pequeño icono de *en línea* aparece y desaparece, como si ella estuviera debatiéndose entre abrir el mensaje o ignorarlo. Cinco minutos exactos y el teléfono vibra en mis manos, iluminando la pantalla con una notificación.

El corazón me da un vuelco, como si acabara de recibir la oferta del siglo. Pero esta vez, no se trata de un negocio millonario; se trata de algo mucho más simple, y, sin embargo, infinitamente más complicado para mí.

Patatas fritas y mensajes inesperados

Necesito agua. Urgentemente.

Tengo una patata frita atascada en la garganta y la maldita se niega a bajar. Estoy en ese punto crítico en el que no sé si debo toser, tragar con más fuerza o simplemente aceptar que mi vida va a acabar aquí, en mi diminuto apartamento, con una bolsa de patatas como único testigo.

Me lanzo hacia la cocina y agarro la botella de agua como si fuera un bote salvavidas en mitad del océano. Doy un trago largo, y noto cómo la patata finalmente se abre paso por el esófago con un alivio que casi me hace llorar. Nota mental: *nunca más te tragarás las patatas fritas como si fueras un pelícano en plena migración mientras lees mensajes de WhatsApp.*

Me dejo caer en el sofá, resoplando como si hubiera corrido una maratón. La serie que tengo de fondo sigue reproduciéndose sin mi atención, y el detective protagonista, con su acento británico exagerado, está desenmascarando a otro asesino en algún oscuro callejón londinense. Normalmente, me encanta sumergirme en estas tramas absurdas y complicadas, pero hoy... hoy no puedo concentrarme.

Es por culpa de Daniel Prescott.

Aún no puedo creer el mensaje que acabo de recibir. Cuando he visto su nombre en la pantalla, he pensado que era otro encargo extraño. Ya me estaba preparando mentalmente para que me pidiera algún detalle absurdo como el número exacto de guirnaldas o la temperatura del ponche. Pero en lugar de eso...

Malas Pulgas 21:30 PM: ¿Te apetecería compartir conmigo tu noche de viernes bajo una manta ridícula? Prometo no criticar tu gusto por los unicornios.

¿Manta ridícula? Pero si es preciosa.

Miro la manta, efectivamente de unicornios, y me pregunto cómo narices lo ha adivinado.

Suelto una risa nerviosa cada vez que releo el mensaje. ¿Prescott, el tipo más estirado y perfeccionista de Londres, queriendo compartir una noche bajo mi abrigo viendo series malas?

Es como si el mundo se hubiera vuelto loco de repente.

El problema es que, ahora mismo, no sé cómo reaccionar. Parte de mí se muere de ganas de responderle con un: Sí, pero la otra parte... la parte que recuerda lo que pasó con Marlon... me dice que me detenga, que no baje la guardia.

El *cucaracho* ha estado en mi mente desde que volvió a aparecer con esa llamada inesperada, queriéndome hacerme dudar de cada paso que doy hacia adelante.

Suspiro y vuelvo a mirar el mensaje, dándole vueltas en mi cabeza como si fuera una pista. ¿Qué demonios significa esto? Miro de nuevo el mensaje en mi móvil, el cursor parpadeando en la casilla de respuesta. Me trago el miedo, ese miedo que me ha mantenido encerrada en mi pequeño caparazón durante tanto tiempo.

Yo 21:35PM: Solo si prometes no juzgar mi elección de series ni la cantidad absurda de azúcar que me meto en el cuerpo. Ah y trae un café para llevar, con extra de chocolate, vivo en ...

(Omito mi dirección para que no vengáis los fans a buscarme)

Respiro hondo y presiono enviar antes de que pueda arrepentirme. La confirmación de lectura se abre paso... y no puedo evitar sentir que acabo de meter las narices en un terreno más pantanoso que el lago Windermere con la marea baja.

Daniel Prescott

Estoy al volante de mi Aston Martin DB11 negro, un coche que probablemente cuesta más que todo lo que hay en el barrio al que me dirijo. Southwark, un lugar que normalmente no estaría en mi radar, pero aquí estoy, con las manos firmes en el volante y la mirada fija en la carretera, como si eso fuera suficiente para controlar los pensamientos que me inundan.

La noche está fría, el tipo de frío que te cala los huesos, pero el interior del coche está perfectamente climatizado, como todo en mi vida: preciso, calculado, predecible. Demasiado predecible, si soy honesto.

Mis viernes solían ser... diferentes. Cuando estaba con Charlotte, eran casi una rutina: fiestas elegantes con gente *snob* en casas que parecían museos, donde todo el mundo bebía champán y hablaba en voz baja sobre inversiones y destinos de vacaciones exóticos. Después de unas horas de conversación superficial, volvíamos a casa, donde el sexo no era tanto un momento espontáneo como una tarea marcada en nuestra agenda implícita. *Viernes, 23:00: Sexo con Charlotte*. Porque, claro, era fin de semana y tocaba.

Era cómodo. Ordenado. Seguro.

Pero ahora, mientras dejo atrás los barrios más acomodados de Londres y entro en calles más humildes, no puedo evitar pensar en lo vacíos que eran esos días. Todo estaba perfectamente planeado, pero nunca fue auténtico. Nunca fue real. Ni siquiera Charlotte. Aunque ahora lo entiendo, o al menos creo que lo entiendo. Ella quería algo más, algo que yo no supe darle ni ella a mí. Quizá nunca supimos cómo.

Cuando me dejó, dijo algo que todavía me ronda la cabeza: —*Daniel, estás tan ocupado construyendo tu idea de perfección que te olvidas de vivir.*

En ese momento, lo interpreté como una excusa para marcharse, pero ahora... ahora no estoy tan seguro. Tal vez se fue porque, en el fondo, yo mismo no sabía cómo hacerlo. Tal vez no supe darle lo que necesitaba porque yo mismo nunca me permití necesitar nada.

Giro en una esquina de Southwark y algo se enciende en mí. Una especie de chispa que no puedo ignorar. El destino. Nunca he creído en esas cosas; siempre he sido un hombre de lógica y

datos. Pero ¿y si Charlotte tenía que irse para que yo pudiera llegar aquí? ¿Para que los planetas se alinearan y conociera a alguien como Emily Carter?

Ella no es como nadie que haya conocido. No calcula cada palabra que dice ni mide cada acción. No intenta impresionarme. Emily es genuina, cruda, real. Y tal vez eso es lo que me da tanto miedo como me atrae: *que no puedo encajarla en mi mundo ordenado*. Que no puedo controlarla, ni a ella ni a lo que me hace sentir.

Reduzco la velocidad mientras me acerco a su calle. La diferencia entre su mundo y el mío es evidente. Aquí, las casas están apretadas unas contra otras, con pequeñas ventanas iluminadas con florones que dejan entrever vidas de verdad, caóticas, llenas de ruido y movimiento. Nada como mi apartamento, que parece más una galería de arte que un hogar.

Mientras aparco el coche, me doy cuenta de lo arriesgado que es esto. No suelo hacer este tipo de cosas. Nunca me permito ser espontáneo, y mucho menos vulnerable. Pero aquí estoy, en un barrio obrero de Londres, con las manos temblando ligeramente en el volante.

Emily no es solo una coincidencia, sino una prueba. Una oportunidad para descubrir algo que siempre he evitado. Algo peligroso, atrevido, y completamente fuera de mi zona de confort.

Apago el motor y miro por el parabrisas hacia las ventanas de su edificio. Puedo imaginarla allí dentro y esa imagen me resulta más reconfortante que cualquiera de los días perfectos y vacíos que pasé con Charlotte.

Suspiro y apoyo la cabeza en el respaldo del asiento. Emily podría rechazarme, podría reírse de lo ridículo que suena todo esto. Pero también podría ser diferente. Podría ser el comienzo de algo que no entiendo del todo, pero que me hace sentir más vivo de lo que me he sentido en años.

Ajusto mi abrigo y me preparo para salir del coche. Es ahora o nunca. Porque si he aprendido algo en los últimos días, es que hay momentos en los que tienes que dejar de planear y simplemente lanzarte.

El jersey traicionero

Estoy asomada disimuladamente por la ventana, apartando apenas la cortina para no ser demasiado obvia. Pero, vamos, ¿cómo no mirar cuando un Aston Martin DB11 negro acaba de aparcar frente a mi edificio? ¿Y qué veo salir de él? A Daniel Prescott, con su abrigo impecable, su bufanda perfectamente colocada y esa aura de tipo duro que parece iluminar la noche.

Mis manos empiezan a sudar. Mi pijama navideño de Argos, regalo de mi madre hace tres Navidades, me recuerda con sus bolitas desgastadas que no estoy en condiciones de recibir a un hombre importante e imponente como él en mi apartamento.

Me lanzo hacia el baño como una loca, tropezando con la manta que está tirada en el suelo del salón. Cierro la puerta tras de mí, encendiendo la luz mientras y me miro en el espejo. El desastre que veo me da ganas de llorar. Tengo el pelo recogido en un moño que parece haber sido atacado por un gato, y el pijama... Dios, el pijama. Es rojo, con muñecos de nieve y copos, pero el tiempo lo ha tratado tan mal que los muñecos parecen más bien manchas amorfas, y los copos de nieve parecen... mejor ni decirlo.

Me quito el pijama a toda prisa. No sé cómo mi madre pensó que este pijama era buena idea, pero tampoco me detuve a cuestionarlo cuando me lo puse esta noche.

No esperaba visitas.

Encuentro unos vaqueros decentes y me los pongo rápidamente. Luego, agarro un jersey *oversize* gris que es lo suficientemente neutral como para no parecer demasiado desaliñada, pero tampoco como si hubiera hecho un esfuerzo excesivo. Perfecto. Casual, pero no desastroso.

Mientras me compruebo mi aspecto, me doy cuenta de un pequeño detalle. Mis lolas están completamente libres bajo la lana del jersey. Eso no sería un problema, si no fuera porque el material empieza a rozarme de una manera incómoda que solo puede terminar en desastre.

—¿Por qué ahora? —murmuro, intentando decidir si tengo tiempo para buscar algo que me proteja los pezones antes de que Daniel suba.

Como si el cosmos estuviera en mi contra, suena el timbre.

¡Mierda!

No puedo hacerlo esperar. Es Daniel Prescott, un hombre que probablemente no ha esperado más de tres minutos por nada en su vida. Así que abandono la misión de proteger mis lolas y salgo corriendo del baño, tratando de parecer tranquila y compuesta, aunque por dentro estoy al borde de un ataque de nervios.

Abro la puerta con una sonrisa que espero sea casual, pero probablemente parece más una mueca de terror. Y ahí está él, de pie en el umbral, con su aire impecable y esa mirada intensa que parece capaz de atravesar paredes.

—Hola, Emily —indica, su voz tan calmada y firme que casi me dan ganas de golpearlo solo por lo sereno que parece estar.

—¡Daniel! —respondo, intentando que mi tono suene normal. ¿Lo consigo? No. Probablemente sueno como una adolescente emocionada que acaba de conocer a su ídolo del pop—. Pasa, por favor.

Se quita el abrigo con movimientos medidos, y mientras lo cuelga en el perchero (que seguramente se está preguntando cómo no se ha desmoronado todavía), no puedo dejar de notar lo pequeño que parece mi apartamento en comparación con él. Todo es demasiado desordenado y... mío. Pero, para mi sorpresa, Daniel no parece incómodo. De hecho, se queda mirando la manta de unicornios y, ¿es eso una sonrisa?

Oh sí, nena.

—Bonita manta —comenta, con ese tono neutro que no revela si está siendo sarcástico o genuino.

—Gracias. Es vintage. —Me cruzo de brazos para disimular mi situación con el jersey traicionero, pero me doy cuenta de que probablemente ahora parezco una guardiana de pezones.

Daniel se sienta en el sofá, como si fuera algo que hace todos los días, y me quedo de pie un segundo, preguntándome qué demonios hago ahora. Pero entonces, me doy cuenta de algo: por muy nerviosa que esté, él no parece tan distante ni intimidante como de costumbre. Y mientras se inclina hacia atrás, relajándose un poco, me pregunto si, tal vez, esta noche sea menos aterradora de lo que pensaba.

O eso espero. Porque si la lana sigue rozándome como lo está haciendo ahora, probablemente acabaré llorando en el baño antes de que termine la noche.

Daniel Prescott

Estoy sentado en el sofá de Emily, y todo a mi alrededor es como lo imaginaba. Un desastre acogedor. El tipo de lugar que no aparece en las revistas de diseño, pero que tiene algo que las casas perfectamente organizadas nunca logran transmitir.

El sofá es cómodo, aunque ligeramente hundido en un lado, y está cubierto con una sábana de motitas violetas. Las paredes están decoradas con colores vivos y estanterías abarrotadas de libros. En la mesa de café hay velas de canela, pequeñas figuras de animales y lo que parece ser un jarrón lleno de flores de plástico de colores absurdos. Es como una casita de duende de cuento, el tipo de hogar donde todo cuenta una historia, aunque algunas historias parecen haberse perdido en el desorden.

Mientras mis ojos recorren el espacio, noto algo que falta. No hay ni un solo adorno navideño a la vista. Ni luces, ni guirnaldas, ni siquiera una mínima rama de muérdago. Nada.

—¿Cómo es posible que no hayas decorado para Navidad? —pregunto, rompiendo el silencio mientras la miro desde mi lugar en el sofá.

Emily, que está sentada en un sillón con un cojín de arcoíris en el respaldo, se ríe suavemente.

—¿Decoraciones navideñas? ¿Yo? —dice, con una sonrisa que podría interpretarse como culpable o divertida, dependiendo de cómo se mire—. No creo que seas consciente de con quién estás hablando, Prescott.

—Eres la persona encargada de organizar mi gala. —Arqueo una ceja—. Pensé que la Navidad estaría por todas partes en tu casa.

Resopla y se recuesta en el sillón, con los pies descalzos apoyados en el borde de la mesa.

—La Navidad no está aquí. —Hace un gesto amplio con las manos, como si incluyera todo su apartamento en esa declaración—. La Navidad está en Guildford, con mi familia, en la casa donde crecí. Allí es donde tiene sentido, no aquí.

—¿Guildford? —repito.

—Exacto. —Emily sonríe, y hay una chispa en sus ojos que no había visto antes—. Allí todo es luces, villancicos, galletas de jengibre, y mi madre insistiendo en que todo el mundo use un jersey navideño ridículo. Es... perfecto. Aquí, en Londres, no es lo mismo. La Navidad pierde su magia cuando la desconectas de casa.

—Interesante perspectiva —murmuro, cruzando las manos sobre mi regazo mientras observo el espacio una vez más—. Pero ¿no crees que podrías traer un poco de esa magia contigo? Quizá solo... algo pequeño. Un adorno, una vela con aroma a pino, un árbol torcido, incluso.

Emily se ríe, y su risa llena la habitación como si fuera un adorno en sí misma.

—¿Y tú qué sabes de magia navideña, Prescott? —me desafía, inclinándose hacia adelante y apoyando los codos en las rodillas—. ¿No eras tú el que pensaba que las decoraciones eran una pérdida de tiempo?

—Eso fue antes de pasar media hora contigo en un puesto de abetos, escuchando cómo un árbol torcido puede tener carácter. —Hay una sonrisa leve en mis labios.

Ella se queda en silencio, evaluando si hablo en serio o no. Luego, asiente lentamente.

—Quizá tienes razón. Tal vez debería intentar algo este año. Algo pequeño, no demasiado... brillante. —Hace una pausa y añade—. Pero no te emociones. No pienso poner un reno inflable en la ventana ni nada por el estilo.

—¿Ni siquiera un pequeño Papá Noel? —bromeo, disfrutando más de lo que debería de esta conversación.

—Ni soñarlo. —Emily se ríe de nuevo.

Tiene algo que yo he perdido hace mucho tiempo: un sentido de hogar que va más allá del lugar donde vive. Para ella, la Navidad no está en los adornos ni en las luces; está en las personas y en los recuerdos. No necesita decorar su casa porque es Navidad. Ella es la Navidad. Y por primera vez, no estoy seguro de si soy yo quien está enseñándole algo, o si es ella quien me está enseñando a mí.

De repente se endereza en su sillón, como si recordara algo importante.

—¡Dios, estoy siendo una maleducada! —Se lleva una mano a la frente en un gesto dramático—. ¿Quieres tomar algo? Tengo... eh, agua del grifo, té que probablemente lleva en mi armario desde el Brexit, y creo que un resto de zumo de naranja, aunque no garantizo que no sepa a detergente.

Me río, sorprendido por su mezcla de sinceridad y autocrítica.

—Estoy bien, de verdad. No necesitas preocuparte.

Ella frunce el ceño, y sus ojos se detienen un momento en mis manos vacías.

—Un momento... —Me hace un escrutinio como si acabara de descubrir algo escandaloso—. ¿No trajiste los cafés? ¿Dónde está mi moca con extra de chocolate?

—No los traje —admito, encogiéndome de hombros, algo avergonzado—. Nunca he pedido uno de esos.

—¿Nunca? —pregunta, con la boca abierta como si acabara de declarar que creo que el mundo es plano—. ¿Cómo es posible que no hayas ido a una cafetería a pedir un café para llevar? Es básicamente un deporte nacional.

—No lo sé. —Me cruzo de brazos a la defensiva—. Siempre he pensado que es... innecesario. Un café debería servirse en una taza, sentado en una mesa, no en un vaso de cartón que probablemente terminará en el suelo de un parque.

—Wow. —Emily se recuesta y me mira con una sonrisa burlona—. Prescott, el filósofo del café. ¿Sabes que hay un encanto especial en llevar un café de cartón por la calle en pleno invierno? Es casi como una declaración de intenciones. Dice: *Soy alguien ocupado, pero también sofisticado*. Bueno, si ignoras las manchas de café en la tapa.

—O quizá —respondo mirándola directamente—, es solo otra capa de superficialidad. Una forma de hacer que algo tan simple como un café parezca más importante de lo que realmente es.

Emily me observa durante un segundo, claramente disfrutando del debate.

—Vale, admito que hay algo de superficialidad en ello. —Levanta una ceja—. Pero ¿no somos todos un poco superficiales de vez en cuando? ¿Quién no quiere verse bien haciendo algo mundano? Como tú, por ejemplo, llegando en un Aston Martin negro a Southwark.

Me río, aceptando la indirecta.

—Tienes razón. Tal vez sea algo similar. Aunque te aseguro que no llegué aquí en ese coche para impresionar a nadie.

—Y creo que ese es el punto. No importa si es un café en un vaso de cartón o un coche de lujo, lo importante es el porqué. Si lo haces por ti mismo, porque lo disfrutas, entonces no es superficial. Pero si lo haces para que otros lo vean, entonces... bueno, quizá deberías replanteártelo.

Su respuesta me deja sin palabras. Es simple, pero directa, y tiene más sentido del que esperaba.

—Entonces —suelto—, ¿estás diciendo que debería seguir probando esos cafés de cartón?

—Definitivamente. —Emily asiente con una sonrisa traviesa—. Pero te advierto, no es solo café. Es una experiencia. ¿Qué tal si algún día te llevo al mundo del café superficial y te enseño cómo hacerlo bien?

La idea me hace reír.

—Está bien —acepto—. Tú eliges el café y el vaso de cartón. Pero yo elijo el lugar.

Vino barato y combustión espontánea

Estoy en la cocina, rebuscando en la despensa con desesperación algo decente que sacar a Prescott, cuando mis dedos tropiezan con algo que podría salvar la noche: una botella de vino tinto a medio beber. La etiqueta está un poco descolorida, pero eso no importa. Sé perfectamente que este vino es barato, tan barato que probablemente ni debería llamarse vino, pero no estoy en posición de ponerme exquisita.

—¡Encontré algo! —anuncio, volviendo al salón con la botella en una mano y dos copas de cristal (*mismatched*, por supuesto) en la otra. —Daniel levanta una ceja, intrigado por mi hallazgo—. Es vino. Bueno, técnicamente. No es uno de esos que se exhiben en las cenas elegantes con etiquetas francesas, pero al menos tiene alcohol.

Él me mira con una sonrisa que no esperaba. Es pequeña, sutil, pero está ahí.

—No es el vino lo que hace que algo sea perfecto —dice, mientras me ayuda a colocar las copas en la mesa de café—. Es la compañía.

¿Perdón? Un escalofrío me recorre desde los tobillos hasta el tronco, como una ola repentina que se agudiza en un lugar que definitivamente no debería. ¿Me está diciendo esto en serio? ¿Le gusto? Porque si lo hace, mi cuerpo no está listo para manejarlo. De hecho, mi cuerpo está *demasiado* listo.

Mientras sirvo el vino, trato de apartar esos pensamientos inapropiados que me atacan de la nada.

No, Emily. No puedes pensar en eso ahora. Por mil razones: porque esto no es una cita, porque probablemente te estás haciendo ilusiones... y porque estás sin depilar. ¡Sin depilar! ¿Qué clase de persona piensa en eso en una primera no-cita?

Me giro y lo veo allí sentado en mi sofá, relajado, como si este fuera el lugar más natural para él. Todo en Daniel Prescott grita perfección, desde su postura hasta ese aroma que me envuelve cuando me acerco a él. Huele a cosas prohibidas y a besos en el cuello bajo la luz tenue de una lámpara. Y eso no me está ayudando en absoluto.

Sin darme cuenta, mi cuerpo parece tener mente propia y, como un imán, me lleva directamente al sofá, justo al lado de él. Aprecio el calor de su presencia incluso antes de sentarme, y cuando lo hago, mis pezones, fieles a su costumbre, deciden que es el momento perfecto para ponerse firmes bajo la lana del jersey. Gracias, chicos. Siempre tan oportunos.

Cuidado, Emily, quemaduras de tercer grado por lana barata en camino, me digo a mí misma, intentando mantener la compostura mientras agarro mi copa de vino.

—¿Qué haces aquí, Daniel? —investigo, girándome hacia él. Mi voz suena tranquila, pero mi interior está más agitado que un cóctel en un bar.

Él me mira, sus ojos grises fijándose en los míos con una intensidad que me hace tragar saliva.

¿Siempre tiene esa mirada tan penetrante o me la dedica solo a mí?

—Es una especie de terapia de choque —confiesa con tranquilidad, como si eso lo explicara todo.

Frunzo el ceño, desconcertada, y doy un sorbo al vino, que, como sospechaba, sabe más a vinagre que a uvas. Pero no importa, porque mi atención está completamente en él.

—¿Terapia de choque? —repito, esperando que lo aclare.

Daniel asiente, apoyando la copa en la mesa con elegancia.

—Mi vida está... controlada. Cada minuto, cada decisión, todo está calculado. Pero aquí estoy, sentado en un sofá desconocido para mi culo, bebiendo vino, no te ofendas, algo picado y hablando contigo, Carter. Esto es lo más lejos que he estado de mi zona de confort en años.

Wow.

No sé qué responder. Por un lado, tengo el impulso de burlarme de él por describir mi caótico apartamento como una especie de campo de batalla mental. Pero por otro, hay algo en su tono, en su mirada, que me descoloca por completo.

—Bueno... espero que la terapia esté funcionando —bromeo, aunque sueno decepcionada.

Él sonríe, esa sonrisa pequeña y tímida que hace que mi estómago dé un vuelco. Y entonces, en este momento, sé que estoy perdida. Porque no importa cuán complicado sea este hombre ni cuán diferente sea su mundo del mío, hay algo en él que me atrae como nada más.

Y aunque mi mente sigue gritando *¡No te ilusiones, Emily!*, mi corazón parece no estar escuchando.

Levanto una ceja mientras lo miro, porque no todos los días tienes a Daniel Prescott en tu salón, mucho menos diciendo que tu casa es parte de su *terapia*.

—Así que, según tú, mi casita y yo nos hemos convertido en tu terapeuta y en tu sala de consultas, ¿eh? —Agito la copa con un aire de profesional del psicoanálisis—. ¿Qué necesitas que haga para que esta terapia sea un éxito? ¿Te pongo una lista de reproducción de villancicos o te enseño a tejer bufandas con lana de alpaca?

Para mi sorpresa, Daniel sonríe. Sonríe de verdad, y me olvido de que este es el CEO más intimidante de Londres.

—No lo malinterpretes, Emily. Si estoy aquí, es porque, en el fondo, tú me das algo que no he tenido en mucho tiempo.

Mi corazón da un pequeño salto con minipértiga.

¿Qué? ¿Qué significa eso?

No digo nada, porque tengo la sensación de que está a punto de decir algo importante, y lo hace.

—Paz —la palabra sale de su boca con tanta naturalidad que no sé cómo responder—. Me gusta estar contigo. Me gusta cómo todo a tu alrededor se siente... real. Sin máscaras, sin adornos innecesarios. Solo tú. Y, no sé, pero creo que necesito más de eso en mi vida.

Me quedo congelada, literalmente sin palabras, lo cual no me pasa a menudo. Tomo un sorbo largo de vino, dándome tiempo para procesar lo que acaba de decir. ¿Paz? ¿Yo? Normalmente la gente dice que soy demasiado ruidosa, demasiado confusa, demasiado... yo.

—¿Paz? —repito, porque necesito confirmar que realmente ha dicho eso—. No sé si alguien me había dicho eso antes. Normalmente la gente dice que soy demasiado intensa, o demasiado... —Hago un gesto amplio con las manos, buscando la palabra adecuada—. Un desastre.

—Exactamente —su voz tiene un tono cálido que nunca he escuchado antes, y se nota... diferente. Como si hubiera algo en mí que él realmente valora.

No puedo apartar la mirada de él. Lo concibo como si estuviera viendo a alguien completamente nuevo, alguien que no es el hombre de las nieves que creía conocer. Suspiro dejándome caer hacia atrás.

—Bueno, Prescott, no sé si soy la terapeuta que necesitas, pero... —hablo con una sonrisa—. Haré lo que pueda para que no termines más loco de lo que ya estás. Aunque no prometo nada.

Él se ríe, y hay algo en ese sonido que me hace tilín por dentro. ¿Desde cuándo es tan fácil estar con él? Tal vez no soy solo yo la que le está enseñando algo a Daniel Prescott. Quizá él también me está mostrando algo que no sabía que necesitaba.

Juegos de mesa y tensiones en el aire

El resto del tiempo lo pasamos hablando de cosas banales, porque claro, hay una tensión sexual no resuelta en el ambiente que se podría cortar con un cuchillo de untar mantequilla. Y como cualquier adulto responsable (o alguien que no tiene ni idea de cómo manejar estas cosas), desvíó la atención hacia temas seguros.

—¿Juegos de mesa favoritos? —pregunto, sorbiendo un poco de mi *vin-agre* barato mientras intento parecer casual.

Daniel hace un gesto de sorpresa por la dirección que ha tomado la conversación.

Misión cumplida, Emily: desviar la atención como una campeona.

—¿Juegos de mesa? —redunda, como si fuera un concepto que no había considerado desde los ocho años—. No estoy seguro de tener uno. Nunca fui mucho de juegos.

Claro que no lo eres, Prescott. Eres más de contratos, fusiones empresariales y controlar la sala con una sola mirada.

—Bueno, deberías intentarlo. Hay juegos para todo tipo de personas. Estrategia, suerte, creatividad... hasta los que solo sirven para pelearse con tu familia en Navidad.

—¿Y el tuyo? —interpela, dejando su copa en la mesa y mirándome con una profundidad que parece ser su marca registrada—. ¿Cuál es tu favorito?

Comerte enterito sobre esta mesa, Daniel.

Mi cerebro lo grita tan fuerte que tengo que morderme la lengua para no soltarlo. En lugar de eso, suspiro y miro hacia otro lado.

—Eh... no lo sé. —omito la verdad para evitar un colapso nervioso—. Depende del día, supongo.

Miro fijamente la botella de vino como si pudiera salvarme de esta situación.

¿Por qué tiene que oler tan bien? ¿Por qué tiene que estar tan cerca y ser tan... él?

Cada vez que se mueve, cada vez que ajusta su postura en el sofá, mi cuerpo reacciona como si estuviéramos en una película romántica donde los personajes terminan besándose bajo la lluvia.

—¿Por qué suspiras tanto? —Daniel rompe el silencio. Hay un toque de diversión en su voz, como si supiera exactamente lo que está pasando por mi cabeza.

Me enderezo rápidamente y me aclaro la garganta, intentando recomponerme.

—Oh, ya sabes... el vino. —Agito la mano como si eso explicara algo—. Siempre me pone un poco... reflexiva.

—¿Reflexiva? —No me cree ni por un segundo. Pero, para mi alivio, no insiste.

Gracias, Prescott. Aunque no estés ayudando a que me relaje.

Lo miro de reojo mientras se acomoda de nuevo, cruzando las piernas y colocando un brazo en el respaldo como si estuviera en su propio salón. Y ahí está de nuevo ese maldito aroma que me envuelve.

¿Por qué alguien huele a una mezcla de bosque de encinas, especias y decisiones cuestionables?

Trato de concentrarme en cualquier otra cosa: la lámpara, las velas de canela, incluso en la manta de unicornios tirada en el suelo. Pero todo parece llevarme de vuelta a él. A cómo suena su voz, a cómo me mira, a cómo parece estar tan perfectamente fuera de lugar en mi cutre apartamento y, al mismo tiempo, encajar de una manera que no entiendo.

—Entonces... —empiezo a decir, porque el silencio me está matando—. ¿Qué opinas de los juegos de cartas? Porque yo soy una experta en perder al Uno. Es mi talento secreto.

Él se ríe suavemente, un sonido bajo que calienta el aire de repente.

—Tal vez debería invitarte a jugar al póker algún día. Aunque sospecho que harías trampas.

—¡¿Yo?! —Me llevo una mano al pecho, fingiendo indignación—. Jamás. Aunque si ganaras mucho dinero con una jugada perfecta, no me importaría reclamar una pequeña comisión.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo como una tonta. Quizá sea el alcohol avinagrado. Quizá sea él. O quizá soy yo, perdiendo el control más rápido de lo que me gustaría admitir.

Terminamos las copas y la conversación se desvía hacia cosas aún más insignificantes. Mi cuerpo se relaja... y se tensa al mismo tiempo. Porque, aunque estamos hablando de juegos de mesa, cartas y cualquier otra cosa tonta que se nos ocurra, la tensión está ahí, justo debajo de la superficie. Y no hay botella de vino que pueda apagarla.

—Bueno... es tarde —intento sonar casual—. Y supongo que tú debes estar cansado.

Daniel alza una ceja, esa ceja que parece tener vida propia.

—¿Me estás echando? —pregunta de esa manera tan peculiar suya, que no revela si está bromeando o hablando en serio.

—¡No! —respondo demasiado rápido, porque claro, soy un desastre cuando me pongo nerviosa—. Quiero decir, no necesariamente. Puedes... puedes quedarte a dormir si quieres.

¿Qué demonios acabo de decir?

El silencio que sigue a mi oferta es tan molesto que noto cómo mi cuerpo empieza a arder, literalmente. El calor sube por mi cuello hasta mis mejillas, como si mi bazo y mi páncreas estuvieran a punto de combustionar.

Daniel me mira, y hay algo en su expresión que no puedo leer. ¿Está sorprendido? ¿Divertido? ¿Pensando en huir? No lo sé, porque mi cerebro está ocupado repitiendo en bucle la frase *puedes quedarte a dormir* y dándose cabezazos contra la pared imaginaria de mi dignidad.

—¿A dormir? —habla al fin, con una pequeña sonrisa que me hace querer mimetizarme con el sofá como si fuera parte del mobiliario.

Me llevo una mano a la frente, deseando borrar los últimos segundos de mi existencia.

—Sí... bueno... no *a dormir* en plan... ya sabes, ¡no estoy insinuando nada! —suelto de golpe, con las palabras atropellándose en mi boca—. Solo digo que, si estás cansado, no tienes que conducir. Podrías... usar el sofá. Es un sofá cómodo, ¿verdad? —Miro el mueble como si me fuera a responder.

—Agradezco la oferta, Emily. Pero creo que sobreviviré al camino de vuelta a casa.

¡Gracias al cielo!

Aunque, ¿por qué hay una parte de mí que está un poco decepcionada? ¿Qué me pasa?

—Claro, claro —apunto rápidamente, asintiendo como si estuviera de acuerdo con algo muy importante—. Conduces un coche bastante cómodo. Seguro que no tienes problemas para mantenerte despierto. Es... todo un coche.

¿Todo un coche? ¿En serio, Emily?

Él suelta una risa liviana, y yo me levanto del sofá como un resorte porque ese gesto fuera a ayudarme a recuperar algo de dignidad.

—Bueno, entonces... ¿te acompaño a la puerta? —Todavía sintiendo las brasas imaginarias quemándome por dentro.

—Por supuesto. —Se pone de pie con esa elegancia que parece inherente a él. Y siguiéndolo

hacia la salida, trato de recordarme a mí misma que esto no es una derrota, sino... un escape exitoso de una situación altamente inflamable.

—Bueno... esto... gracias por venir. —Sostengo la puerta abierta con una mano y la otra jugando alterada con el marco.

¿Por qué estoy tan nerviosa si solo se está marchando a su bonita casa?

—Gracias a ti por el vino... y la terapia. —Su sonrisa esa que debería estar prohibida por la ley, me hace tragar saliva por enésima vez esta noche.

—Ah, claro. No hay problema. Cuando quieras.

¿Cuando quieras? Por favor, cállate ya.

—Queda pendiente lo del café de cartón.

—Sí, claro, eh... te llamo o... tú me llamas, o... ya sabes, concretas una cita conmigo en mi trabajo... o algo —mis palabras se atropellan como un tren sin frenos, y lo único que quiero es desaparecer bajo la alfombra.

—¿Una cita en tu trabajo? —Está intentando no reírse, pero la curva en sus labios lo delata.

—¡No una cita cita! —me apresuro a aclarar, agitando las manos—. Ya sabes, una reunión. O algo. Como... profesionales. Sí. ¡Profesionales!

Esa risa, Prescott, es demasiado atractiva para mi bienestar mental.

—Entendido. Profesionales. —Hace una pausa, y luego parece querer añadir algo más, pero en su lugar solo me dedica una mirada que deja un eco extraño en el aire—. Buenas noches.

—Buenas noches —consigo responder.

Cuando por fin cierro la puerta, me dejo caer contra ella, llevándome una mano al pecho.

Nota mental: nunca vuelvas a ofrecerle tu sofá a un hombre que huele a cosas prohibidas y cuya sonrisa podría desarmar a un ejército.

Daniel Prescott

De camino a casa, la ciudad se desenvuelve frente a mí como una película que apenas noto. Mis pensamientos están en otra parte, girando en torno a ella y esa oferta aparentemente inocente que me ha hecho.

—Puedes quedarte a dormir si quieres.

La frase me golpea una y otra vez, cada palabra con más compromiso del que debería tener. Por supuesto, no lo dijo en ese tono. No había dobles intenciones, ni juegos. Pero, aun así, mi mente, traicionera, empieza a llenar los espacios en blanco.

Me imagino en su apartamento, en una cama que probablemente sea demasiado pequeña para alguien como yo, porque todo en Emily es acogedor, pero también ridículamente reducido.

Una cama donde cada movimiento forzado sería un recordatorio de que no pertenezco a ese mundo... pero cuánto quiero estar en él.

Imagino cómo sería despertar con su pelo, ligeramente desordenado, oliendo a esencia de coco, rozándome la cara. Cómo se movería con una perezosa despreocupación, ocupando demasiado espacio para alguien tan pequeño, porque estoy seguro de que Emily no sabe cómo encogerse en ningún sentido, ni física ni emocionalmente.

Y luego está su risa. Porque claro, en mi mente ella se reiría, probablemente de algo tonto, algo relacionado con la manta de unicornios o mi incapacidad para recordar cómo se juega al Uno.

El coche se detiene en un semáforo, y por un momento me miro en el espejo retrovisor.

¿Qué estoy haciendo? Esto no soy yo. Yo no pierdo el control de esta manera.

No dejo que mi mente vague por lugares que no tienen sentido, que no encajan en el esquema ordenado de mi vida.

Pero con Emily, todo parece estar fuera de lugar y, a la vez, exactamente donde debe estar.

No puedo dejar de pensar en cómo habría sido, no solo la noche, sino el simple hecho de estar cerca de ella un poco más. De compartir algo tan mundano como una cama de cuerpo y medio y un sueño inquieto.

El semáforo cambia, y vuelvo a pisar el acelerador, pero mi mente se queda atrapada en esa escena inventada. Y no sé si sentirme aliviado o arrepentido de haber dicho que no. Porque, si soy honesto conmigo mismo, por primera vez en mucho tiempo, una parte de mí deseaba quedarse.

Las flores del desconcierto

El fin de semana ha sido... raro, por decirlo de manera educada. Después de esa oferta desastrosa de: *puedes quedarte a dormir si quieres*, pasé todo el sábado peleando conmigo misma. Esa frase resonó en mis oídos como un eco burlón cada vez que intentaba concentrarme en algo, y mi mente empezó a divagar mientras fregaba los platos acumulados en la pila. ¿Por qué le ofrecí semejante cosa? ¿Por qué no se quedó? ¿Y por qué demonios no puedo dejar de pensar en eso?

Olvídalo, no dejes que te siga afectando. No, señor.

Al menos, eso es lo que me digo a mí misma mientras me esfuerzo por ignorar la guerra campal que tienen mi cabeza y mi corazón desde el viernes.

Después la parte lógica de mi cerebro hizo su aparición estelar ese sábado por la tarde, diciéndome que hice lo correcto al no contestar la llamada de Marlon, y, por otro lado, estaba la parte incoherente que gritaba: *¿Y si resulta que el cucaracho ha cambiado y ahora es una mariposa?!*

Spoiler: no lo creo. Marlon nunca sería una mariposa. Como mucho, una polilla con problemas existenciales.

El domingo no fue mejor. Fue como un largo y aburrido letargo emocional. Me pasé la tarde viendo series que ya había visto antes, comiendo una pizza de supermercado que sabía a cartulina con queso, y pensando, otra vez, en el viernes. Daniel Prescott. Frío, elegante, tan pulcro que hasta sus sonrisas parecen planchadas. Y, sin embargo, hubo algo en su presencia que me descolocó. Algo que hizo que, durante unos minutos, me olvidara de que no soy el tipo de persona que llama la atención de hombres como él.

¿Qué tiene ese hombre que me hace sentir como si el mundo girara un poquito diferente cuando está cerca?

Lo peor de todo es que, después de esa noche, tengo una chispa de algo en mi interior que no sé cómo apagar. Daniel Prescott, alias *Malas Pulgas*, con su capacidad de cuestionar mis decisiones sin decir una sola palabra, ha decidido instalarse en mi cabeza sin pagar alquiler.

Cuando llego a la oficina, ya sé que el día no pinta bien. Algo en el aire huele a desastre, o quizá solo es el olor del café recalentado del pasillo. Dejo mi bolso sobre la mesa y, antes de que pueda siquiera encender el ordenador, la voz inconfundible de Petra, mi compañera petulante, me asalta.

—Emily, Brian está que trina. Quiere verte en su despacho. Ahora.

—¿Y se puede saber por qué? —inquiero, aunque sé que no me va a dar una respuesta útil.

Petra se encoge de hombros con esa sonrisa de suficiencia que me dan ganas de dar de baja con un borrador gigante.

—No lo sé, pero... alguien mencionó que te vieron en Greenwich, en el mercado navideño. ¿Con quién estabas? —pregunta, su voz teñida de un falso interés que me da escalofríos.

—Con Papá Noel, Petra. Estoy probando suerte como elfo *freelance*. —Le lanzo una mirada mientras me levanto, pero no espero a escuchar su réplica. Ya tengo suficiente con Brian.

Cuando entro a su despacho, está detrás de su escritorio, con las gafas medio caídas y una vena en la frente que parece estar a punto de explotar. No me dice nada al principio, solo me señala la silla como si yo fuera una delincuente esperando sentencia. Tomo asiento, aunque las ganas de rodar los ojos son casi irresistibles.

—¿Qué pasa, Brian? —Lo admito, no oculto del todo mi irritación.

—¿Qué que pasa? —repito, con una risa seca que no presagia nada bueno—. ¿Qué que pasa, Emily? Pues que alguien te vio el viernes en un puesto de árboles de Navidad. En Greenwich. Con Daniel Prescott.

Mis ojos se abren un poco, pero me esfuerzo por devolverlos a su estado natural.

Ok, respira, no es el fin del mundo.

—¿Y? —trato de sonar neutral—. ¿Es ilegal comprar árboles de Navidad ahora?

Brian me fulmina con la mirada, y puedo ver cómo su paciencia, ya de por sí limitada, se agota.

—Sabes perfectamente que no es eso. Sabes lo que está terminantemente prohibido en esta empresa, Emily. No puedes salir con los clientes.

—¿Salir? —Frunzo el ceño—. ¿Quién ha dicho que estoy saliendo con Daniel Prescott?

—No juegues conmigo. —Brian se inclina hacia adelante, apoyando las manos en el escritorio como si estuviera a punto de darme un sermón épico—. Organizamos eventos, no hacemos acompañamientos de lujo. Lo que hiciste puede perjudicar a nuestra reputación. Si los clientes piensan que mezclamos los negocios con... —se detiene, buscando las palabras—. Con *otras cosas*, estamos perdidos.

Espera. ¿Qué? Mi cerebro tarda un microsegundo en procesar lo que acaba de decir. ¿Me está llamando puta? ¿Cree que me estoy sacando un sobresueldo ligando con los clientes?

—¿Me estás diciendo que alguien te ha dicho que estoy... involucrándome románticamente con Daniel Prescott? —mido mis palabras porque no quiero perder la cabeza. Todavía.

—Eso es lo que parece. Y aunque no sea cierto, la percepción es lo que importa. —Se cruza de brazos, como si ya hubiera ganado el debate.

Cierro los ojos intentando calmarme.

¿Percepción? ¿De verdad estamos teniendo esta conversación?

—Brian, lo único que hice fue acompañarlo a comprar un árbol de Navidad —mantengo la calma, aunque por dentro estoy a un paso de gritar con un megáfono—. No hay nada romántico, nada inapropiado, y definitivamente nada que perjudique a la empresa.

—Eso no es lo que se vio —su tono sigue siendo acusador, como si no hubiera escuchado una palabra de lo que acabo de decir—. Y más te vale asegurarte de que no vuelva a pasar algo así. Si Prescott quiere hablar contigo, que sea en el contexto del evento. Punto.

Me quedo en silencio analizando el nivel de hipocresía y absurdo que estoy presenciando. Pero lo que más me molesta no es la acusación, sino la implicación. ¿De verdad cree que necesito sacar sobresueldos de los clientes?

—Entendido, Brian —comento, levantándome de la silla—. ¿Algo más?

Él me mira buscando algo en mi rostro, pero no encuentra nada. Y hace un gesto con la mano para despedirme.

—No. Eso es todo.

Salgo del despacho sintiendo cómo la indignación me consume. ¿En serio? ¿En qué momento mi vida se convirtió en una mezcla entre un episodio de telenovela barata y una reunión de Recursos Humanos?

De vuelta en mi escritorio, Petra está esperándome con su sonrisa de serpiente, ansiosa por saber qué ha pasado.

—¿Y bien? ¿Te ha despedido? —cuestiona, inclinándose hacia adelante.

Le dedico mi mejor sonrisa falsa antes de sentarme y abrir mi correo.

—No, Petra. Pero gracias por tu preocupación. Eres todo un ejemplo de compañerismo. —Y con eso, vuelvo a trabajar, mientras por dentro me pregunto cómo sobreviviré al resto del día sin estrellar el ordenador contra la pared.

A mediodía, mi cerebro ya es un campo de batalla. Entre la *no-cita* con Daniel, la bronca

matutina de Brian insinuando que me estoy sacando un sobresueldo con los clientes con favores sexuales y ese café de cartón pendiente con *Malas Pulgas*, estoy al borde del síncope. Mis pensamientos rebotan de un lado a otro como una partida de ping-pong descontrolada, y ni siquiera el café doble que me he bebido ha logrado devolverme la cordura.

Y entonces sucede.

La puerta de la oficina se abre de golpe, y un repartidor entra cargando un ramo de poinsettias tan grande que podría sustituir al árbol de Navidad de Trafalgar Square.

—¿Emily Carter? —consulta el hombre con voz monótona, pero para mí suena como si estuviera anunciando mi ejecución pública.

Mi corazón se acelera tanto que creo que estoy a punto de sufrir un micro infarto masivo.

¿Flores? ¿Para mí? No, no puede ser. Esto es un error.

Levanto la mano temblorosa, incapaz de articular palabra. El repartidor deja el ramo sobre mi escritorio y me lanza una sonrisa que no sé si es amable o burlona antes de irse. Petra, desde su mesa, está más alerta que un halcón viendo cómo un ratón tropieza. En cuanto el repartidor sale, salta de su silla y viene hacia mí.

—¿Quién te manda flores? —no me da tiempo a responder. Me arranca la nota que acompaña al ramo de la mano.

—¡Oye! —protesto, pero Petra ya está leyendo en voz alta, con la teatralidad de una actriz en su gran debut.

Querida Emily, siento mucho cualquier daño que pueda haberte causado. He sido un idiota, y no puedo dejar de pensar en ti. Por favor, dame una segunda oportunidad. Eres la única persona que puede devolverle sentido a mi vida. Eternamente tuyo, Marlon.

¿Marlon? ¿MARLON? Mi mente entra en cortocircuito mientras las palabras flotan en el aire. Petra, por supuesto, no pierde la oportunidad de añadir su toque personal al espectáculo.

—Marlon... —repite, alargando el nombre como si lo estuviera degustando—. ¿Eternamente tuyo? Vaya, Emily, no sabía que tenías ese efecto en los hombres.

No sé si quiero reír, llorar, o simplemente prender fuego al ramo y a la nota en medio de la oficina. Mi cara está tan roja como las poinsettias, y estoy segura de que todo el mundo en un radio de diez metros está ahora al tanto de mi relación pasada con el Grinch versión infiel.

—Devuélveme eso, Petra. —Extiendo la mano, intentando parecer cuerda, pero mi tono de voz delata que estoy a un paso del vahído.

—Claro, claro. —Me la devuelve con una sonrisa socarrona—. Pero te diré algo, Carter: entre Prescott y Marlon, parece que tienes un gusto... interesante. Aunque Marlon suena más poético. Eternamente tuyo, qué monada.

Petra regresa a su mesa, dejando un rastro de burla en el aire, mientras yo me quedo mirando el ramo como si fuera un artefacto explosivo.

Eternamente mío, dice. Más bien eternamente el tipo que decidió cambiarme por alguien que seguramente huele a colonia barata y traiciona con el mismo estilo.

Suspiro, y dejo caer la nota sobre el escritorio. Entre Prescott, Brian, Petra, y ahora Marlon, concibo que mi vida es un telefilm de bajo presupuesto.

¿Y lo peor? Estamos solo a mitad del día.

Llamar o no llamar

Cuando salgo de la oficina, la noche londinense me envuelve con su aire frío y sus luces navideñas brillando como si quisieran recordarme que estamos en la época del *amor y el perdón*. Amor y perdón. Claro. Eso debe incluir a los exnovios que aparecen de repente con flores gigantes y declaraciones de eterno arrepentimiento, ¿verdad?

¿Debería llamarlo?

Me meto las manos en los bolsillos mientras camino, mi mente una maraña de pensamientos contradictorios. Por un lado, está el Marlon encantador, el hombre con el que compartí años de mi vida, que me hacía reír hasta que me dolía el estómago, y que solía abrazarme como si el mundo entero no existiera más allá de nosotros.

Pero también está el Marlon infiel, el que decidió que nuestra relación no era suficiente y se fue directo a los brazos de una versión económica de Galadriel, de Mordor. Ese Marlon rompió algo en mí que aún no estoy segura de haber reparado.

—Todo el mundo merece una oportunidad, ¿no? —murmuro en voz baja, como si decirlo en voz alta me ayudara a aclarar las cosas.

Si le estoy dando una oportunidad al hombre de hielo, Daniel Prescott, con toda su frialdad, rigidez y esas miradas que me hacen olvidar cómo se respira, ¿por qué no a Marlon? Él fue parte de mi vida, alguien con quien compartí más que unos cuantos momentos incómodos y un café pendiente.

Pero entonces, mi cerebro entra en modo lógico, como algunas veces hace cuando estoy a punto de cometer una estupidez. No siempre.

—Porque no es lo mismo, Emily —me reprendo a mí misma, deteniéndome en seco en la acera. La gente pasa a mi lado, sin prestar atención a la mujer parada en mitad de la calle, hablando sola.

Prescott, por muy complicado que sea, no me rompió el corazón. No destruyó mi confianza. Marlon sí. Y ahora, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Olvidarlo todo solo porque aparece con un

ramo de poinsettias y un *eternamente tuyo* que suena como sacado de un sobre de azúcar de cafetería? ¿Cuántas mujeres han recibido esas mismas palabras después de mí?

¿Y si realmente está arrepentido? ¿Y si ha cambiado?

La duda me carcome, porque por más que me duela admitirlo, una parte de mí aún recuerda lo que solíamos tener. Recuerda lo fácil que era todo, antes de que se desmoronara. Y si no le doy la oportunidad de explicarse, ¿no estaría cerrándome a algo que podría merecer la pena? ¿Estoy siendo justa?

Me detengo frente a una tienda cerrada, mirando mi reflejo en el cristal empañado. Mi expresión está cargada de cosas que no quiero admitir. Mi móvil está en mi mano, casi por instinto, y el nombre de Marlon aparece en mi lista de contactos como una espina clavada en el pecho.

—Solo es una llamada —murmuro, mordiéndome el labio.

¿Qué daño puede hacer? No tengo que decidir nada ahora mismo, ¿verdad?

Cuando mi pulgar se acerca a la pantalla para marcar, me detengo. Porque, en el fondo, sé que no es solo una llamada. Es abrir una puerta que tal vez nunca debí cerrar, pero que, si vuelvo a abrir, podría llevarme exactamente al mismo lugar donde estuve hace un año: rota y vacía.

Suspiro y guardo el móvil en el bolsillo. Hoy no, Marlon. Quizá mañana, o la semana que viene, o nunca. Pero hoy... hoy tengo suficientes demonios con los que lidiar sin añadir a uno que ya conozco demasiado bien.

Daniel Prescott

Estoy en mi despacho, mirando el estante de libros que jamás he leído en un intento de concentrarme, pero mi móvil, sobre el escritorio, roba toda mi atención. La pantalla sigue iluminándose cada vez que recibo un correo, pero un nombre persiste en mi cabeza: Emily Carter.

¿Debería llamarla?

Repaso el informe frente a mí por quinta vez, pero las palabras parecen disolverse en el aire. Nada tiene sentido. Mis pensamientos están en otro lado, atrapados en la imagen de ella, con su sonrisa despreocupada, sus manos moviéndose con entusiasmo mientras habla, y ese desastre que la rodea y que, de alguna manera, resulta cautivador.

Dejo escapar un suspiro y me recuesto en mi silla de cuero, mirando la imponente vista de Londres a través de las ventanas. Normalmente, la ciudad me recuerda por qué hago lo que hago. Hoy, sin embargo, no me dice nada. Hoy, todo parece vacío.

Mi móvil vibra, no por un mensaje suyo, sino por otro correo. Lo ignoro. Mi mirada vuelve a la pantalla bloqueada y al nombre que no puedo dejar de pensar.

¿Por qué estoy así?

Yo no soy el tipo de hombre que duda. Y, sin embargo, desde que salí de su apartamento anoche, mi mente no ha parado. Esa oferta casual, esa forma en la que me dijo que podía quedarme a dormir, sigue repitiéndose en mi cabeza. Fue tan natural, tan simple... pero en mi mente ha adquirido un peso que no sé cómo manejar.

¿Qué habría pasado si me hubiera quedado?

El pensamiento se cuela antes de que pueda detenerlo. Me levanto de la silla y camino hacia la ventana, mis manos en los bolsillos. La vista de Londres no cambia, pero algo dentro de mí sí.

Este no soy yo. No soy el hombre que se queda atrapado en pensamientos sobre alguien más. No soy el hombre que duda si llamar o no.

Pero ella no es alguien más.

Vuelvo al escritorio y me siento, mirando mi móvil como si fuera un objeto peligroso.

Una llamada no significa nada, ¿verdad?

Claro que significa algo.

Llamarla sería admitir que quiero escuchar su voz, que quiero volver a sentir lo que sentí en su compañía. Y, aunque no quiero reconocerlo, sé que la llamada no sería para hablar de la gala, ni del café de cartón pendiente. Sería para saber si, por un momento, está pensando en mí.

Mis dedos rozan la pantalla del móvil, pero no pulso el botón. ¿Y si no responde? ¿Y si lo hace? ¿Qué le digo? ¿Cómo podría justificar esta llamada sin sonar como un idiota? Me apoyo en la silla, frustrado conmigo mismo, porque esta indecisión no me pertenece.

Yo no soy así, joder. Reacciona.

—Estás perdiendo la cabeza, Daniel. —Dejo caer el móvil sobre el escritorio como si pesara una tonelada.

Mientras trato de convencerme de que no debería llamarla, sé que estoy mintiéndome. Porque, en el fondo, quiero hacerlo. Quiero saber si está pensando en mí, aunque sea un poco. Quiero romper este silencio que me está consumiendo.

Hoy no, decido, volviendo a mirar el informe frente a mí.

Pero su nombre sigue ahí, en el borde de mi conciencia, recordándome que, tarde o temprano, no podré resistirme. Porque Emily Carter no es fácil de olvidar. Y, sinceramente, no estoy seguro de querer hacerlo.

Terapia de bollos y Clara al rescate

Hiperventilar en plena calle no estaba en mis planes, pero aquí estamos mis pulmones y yo.

Intento respirar profundamente, pero el aire helado me entra como cuchillos en la caja torácica, y mi cabeza empieza a dar vueltas. Mi cerebro, por supuesto, decide entrar en modo avión y me susurra que probablemente necesito oxígeno líquido en vena o un desfibrilador.

Necesito terapia.

No de la profesional, sino de la que solo Clara sabe dar, con su mezcla de sentido común, sarcasmo y café con extra de azúcar. Saco el móvil con manos temblorosas y escribo un mensaje urgente:

Yo: *Emergencia. Terapia. Velvet Bean. Diez minutos o caigo desmayada.*

La respuesta llega casi de inmediato. Clara nunca decepciona.

Clara: *En camino con mis dotes de salvamento. Diez minutos. Aguanta, drama queen.*

Guardo el móvil y sigo andando. Intento recuperar el control de mi respiración, pero el frío no ayuda. Parece que me estoy secando por dentro, como una de esas frutas deshidratadas que la gente compra en Navidad pero que nadie se come porque son básicamente decoraciones comestibles.

Finalmente, llego a The Velvet Bean, mi refugio en momentos de crisis. El olor a bollos recién horneados es un bálsamo instantáneo. Es como una manta para el alma. Pero cuando entro y me acerco a la cola, mi calma dura exactamente tres segundos.

Hay demasiada gente. Y no solo gente normal, sino el tipo de gente como yo que parece creer que un *cupcake* es más barato que una sesión con un psicólogo cualificado. Es como si el universo se estuviera riendo de mí. Mi impaciencia empieza a ganar terreno mientras observo cómo la fila apenas avanza.

Un tipo al frente de la cola está causando un alboroto absoluto. No puedo ver bien su cara,

pero sí cómo agita las manos, duda, cambia de opinión, y vuelve a dudar. ¿De verdad es tan complicado pedir un café? Es café, no una cirugía a corazón abierto.

—¿Es tan difícil decidirse? —murmuro, lo suficientemente bajo como para que nadie me escuche. Aunque, honestamente, una parte de mí quiere gritarlo.

El tipo sigue dudando. El camarero está en modo *zen*, pero puedo sentir cómo el resto de la gente, incluida yo, está al borde del motín.

Vamos, campeón, no estamos eligiendo el próximo Papa.

Clara no llega, el tipo no se decide, y yo estoy al borde de un síncope nervioso alimentado por cafeína. Justo cuando estoy a punto de darme por vencida y salir corriendo desprendiéndome de toda la ropa para correr desnuda cual loca, escucho la puerta abrirse detrás de mí.

—¿Qué ha pasado ahora? —la voz familiar de Clara a mi lado, mientras se quita los guantes.

Me giro para mirarla, con los ojos más grandes que los de un cachorro perdido.

—¡Todo! —exclamo, moviendo las manos como una marioneta guiada por un niño—. Todo está mal. El trabajo, Prescott, ¡Marlon enviándome flores como si yo fuera la reina de Inglaterra! ¡Y ahora este tipo en la cola que lleva diez minutos decidiendo si quiere leche de avena o de ballena!

Clara me echa un vistazo rápido, luego a la fila, y finalmente al tipo que sigue con su espectáculo de indecisión.

—¿Has pensado en escribir un libro sobre esto? Porque estoy bastante segura de que tienes material para una saga. —Sonríe mientras me toma del brazo y me guía hacia una mesa vacía—. Anda, siéntate. Yo me encargo del café. Tú intenta no hiperventilar de nuevo.

Clara se acerca al hombre indeciso con esa determinación que siempre tiene cuando algo le molesta. Mi amiga es ese tipo de mujer que no se deja intimidar ni por la mirada crítica de una abuela en misa ni por un carrito de la compra en un supermercado que amenaza con atropellarla en plena oferta de pan de molde.

La veo avanzar con el porte de alguien que está a punto de decirle cuatro cosas bien dichas, y liberar la cola para los que sí sabemos lo que queremos en la vida. Pero pasa algo extraño.

Se detiene frente a él, abre la boca para decir algo... y no dice nada. Nada de nada. Su expresión cambia como si alguien hubiera apretado un botón de pánico en su cerebro. Sus labios tiemblan, se queda inmóvil durante un segundo eterno, y luego... sonrío tímidamente. ¡Tímidamente!

Yo parpadeo desde mi asiento, incapaz de entender lo que estoy viendo. Clara no sonrío tímidamente. Clara no se calla. Clara no se queda pálida. Es la misma persona que una vez le gritó al teleoperador de su aseguradora por cobrarle 50 peniques de más.

¿Qué demonios está pasando?

Y ahí está, de pie frente al hombre indeciso, con las mejillas más rojas que un tomate en un concurso de salsas picantes.

Esto no es normal.

Mi amiga no se deja intimidar por nadie, y mucho menos por individuos del género masculino. Una vez me dijo que preferiría tatuarse: *Soy una guarra* en la frente antes que doblar la rodilla ante un hombre que pareciera a punto de ofrecerle su reino y las contraseñas de sus redes sociales.

Mientras la observo quedarse más blanda que una galleta mojada en leche tibia, no puedo evitar preguntarme quién es ese tipo.

¿Qué clase de poder tiene sobre ella? ¿Es un hipnotizador profesional? ¿Un espía ruso? ¿La reencarnación de David Bowie? Porque algo tiene que explicar lo que estoy viendo.

Clara y el hipnotizados de úteros

Sigo esperando, tamborileando los dedos contra la mesa, mientras mi amiga parece haberse transformado en un muñeco sin vida, con la sonrisa de un vendedor de enciclopedias que acaba de cerrar su primera venta en años.

—Vamos, Clara, reacciona de una vez —rezo en voz baja, queriendo teletransportarme hasta ella para zarandearla un poco.

Y entonces sucede. La veo dar un paso hacia adelante, como si hubiera vuelto a la vida, pero en lugar de regresar a la cola, empieza a caminar acompañada de ese hombre hacia mí.

—¿Qué...?! —Me enderezo en la silla, intentando ver mejor.

Es en ese instante cuando lo reconozco. ¡MIERDA! ES DANIEL PRESCOTT.

¿Qué hace aquí?

Mi cerebro tarda un segundo en ponerse en situación. Clara tiene la misma sonrisa que yo he visto salir de mí misma cada vez que Daniel me regala una de esas miradas tuyas y, esa sonrisa de: *no sé si quiero escapar o lanzarme sobre ti*. Al parecer, su poder no se limita solo a mí. Seguramente tiene la misma influencia sobre el 99% de las mujeres de Inglaterra. Tal vez incluso sobre algunas en Escocia y las del mundo entero.

Sigo mirando, tratando de asimilarlo. Pero ahí está, tan blanda como un helado derritiéndose en pleno verano. Y yo, bueno, estoy demasiado ocupada intentando no cagarme sobre la silla como para intervenir.

Árboles desnudos y agitación erótica

Clara llega hasta mi mesa con Daniel Prescott caminando tranquilamente a su lado, yo me congelo. Literalmente, mi cerebro se apaga y lo único que consigo hacer es mirar el espectáculo que se desarrolla frente a mí.

—Mira a quién me he encontrado —dice Clara, con una sonrisa que no había visto en ella desde que descubrió un 2x1 en botellas de vino en su supermercado de confianza—. El mismísimo hombre de las nieves. Aunque, en persona, no parece tan... frío.

Me quiero morir. Pero no morir de forma tranquila y elegante, no. Quiero caerme de la silla, rodar hasta la puerta y desaparecer en una nube de humo como si fuera un truco de magia fallido.

—¿Qué haces aquí? —logro preguntar, aunque mi voz suena más como un graznido.

Daniel, por supuesto, está tranquilo. ¿Por qué siempre tiene que ser tan calmado mientras yo parezco una tostadora a punto de cortocircuitarse?

—Teníamos pendiente lo de los cafés de cartón. Pensé que sería una buena idea sorprenderte a la salida del trabajo.

—¡Qué mono! —interviene Clara, lanzándome una mirada significativa que grita: *aprovecha, tonta*. Tanto Daniel como yo la miramos al mismo tiempo, y ella, siendo Clara, capta la indirecta con una rapidez sorprendente—. Bueno, os dejo. Ya sabéis, para que tengáis vuestra... charla. —Se despide con un guiño descarado y desaparece con una rapidez que me deja boquiabierto.

—¿Entonces? —interroga él, como si no acabara de descolocar mi universo—. ¿Puedo sentarme? —Asiento.

—Dime la verdad. —Lo miro con los ojos entrecerrados—. ¿Has contratado a un detective para seguirme y saber todos mis movimientos?

Él suelta una risilla, de esas que apenas se permiten salir, y niega con la cabeza.

—No es necesario. Sé dónde está la empresa que contraté para organizar mi fiesta y, elegí esta cafetería por casualidad. —Hace una pausa y me mira con esa calma que me desespera—. Aunque admito que es un lugar interesante.

—Interesante, no —me apresuro a corregirlo—. Es mi refugio para crisis mentales. —Respiro hondo antes de continuar—. Y aunque agradezco el gesto, no podemos seguir viéndonos fuera del trabajo.

Daniel arquea una ceja.

—¿Por qué no?

—Porque son órdenes de Brian. —Cruzo los brazos, intentando parecer firme—. Según él, no puedo mantener relaciones extralaborales con clientes. Debe pensar que soy una especie de espantapájaros de clientes potenciales. Como si yo fuera a... no sé, arruinar la reputación de la empresa con mi mera presencia.

Daniel parece considerarlo un momento antes de responder.

—Tengo un árbol torcido y completamente desnudo en mi salón. Pensé que podrías ayudarme a decorarlo.

Mi cerebro, traidor como siempre, decide ignorar la parte del árbol y centrarse en la palabra *desnudo*. Ahora estoy imaginando a Prescott en bolas en medio de su salón con la minga torcida. Mi cuerpo entra en modo agitación erótica en tiempo récord, y tengo que aferrarme a la mesa para no perder el control.

—A partir de ahora, convertirte en Mariah Carey en su videoclip navideño es cosa tuya. Tendrás que apañártelas solito.

Un destello de algo cruza sus ojos, pero desaparece tan rápido como llega. Daniel vuelve a su habitual rictus, se pone de pie y deja uno de los cafés para llevar frente a mí, con toda la precisión y elegancia del mundo.

—De acuerdo. —Luego se da la vuelta y se marcha, caminando con esa mezcla de solemnidad y orgullo que me recuerda a Colin Firth interpretando a Mark Darcy en *El diario de Bridget Jones*.

Yo me quedo allí, mirando su magnífica espalda mientras desaparece por la puerta, con una pregunta en mente:

¿Qué demonios voy a hacer con este hombre?

Daniel Prescott

No pienso darme por vencido. Si la fruta no cae del árbol, habrá que trepar hasta alcanzarla. Y aunque Emily Carter no es exactamente una fruta —es más como una risa precipitada y contagiosa con un desarreglo que inexplicablemente encaja—, sé que esto no termina aquí.

No cuando sé que hay algo entre nosotros. Algo real. Lo noto.

Emily no es alguien a quien se pueda empujar hacia nada, y eso es algo que respeto. Pero creo que necesita a alguien que esté dispuesto a quedarse a su lado, incluso cuando intenta alejarse.

Nadie dijo que conseguir lo que realmente importa fuera fácil. Y ella me importa. Más de lo que estoy dispuesto a admitir incluso a mí mismo.

Los martes y su inutilidad

Los martes son como los calcetines que desaparecen en la lavadora. No sirve para nada y no sabes por qué sigue pasando.

Quiero decir, ¿qué papel juegan en la semana? Los lunes, aunque horribles, al menos tienen una identidad clara: son el enemigo público número uno, el villano con capa que todos odiamos. Los miércoles son el ecuador, la pequeña luz al final del túnel. Los jueves tienen el encanto de ser casi viernes. Y los viernes... bueno, los viernes son sagrados.

¿Pero los martes? Los martes son el día olvidado, el relleno. No hay nada emocionante, no hay nada inspirador, solo un montón de trabajo acumulado del lunes y la horrible certeza de que aún estás muy lejos del fin de semana. Si los días de la semana fueran una familia, el martes sería el primo aburrido al que nadie quiere sentar en su mesa el día de Navidad.

Estoy en mi escritorio, mirando mi bandeja de entrada como si fuera una bestia que me va a devorar. El café de la máquina está más aguado que nunca, y mi jersey favorito tiene una mancha de algo que podría ser mocos, salsa o chocolate. No quiero investigarlo demasiado, pero es marrón.

¿Y lo peor? Brian. Siempre Brian. Es su día favorito para enviar memorandos largos y poco útiles. Y hoy no ha fallado.

—Emily, espero que estés lista para la reunión de las tres. —Se acerca a mi escritorio con su mirada de superioridad.

—Por supuesto, Brian. —Le sonrío con mi mejor cara de *claro que sí*, mientras por dentro quiero escupirle en la cara.

Las reuniones a las tres de la tarde son un castigo divino. Es esa hora incómoda en la que ya has perdido la energía del almuerzo, pero todavía estás demasiado lejos del final del día como para fingir que no te importa nada. Y, como era de esperar, nuestro amado líder, ha convocado una de esas reuniones que no llevan a ninguna parte, pero que, según él, son vitales para la supervivencia de la empresa.

3:00 PM.

Estoy en el despacho de Brian con el resto de compañeros, apiñados aquí como sardinas en lata, pero sin el aceite que haría que esto resbalara más fácil, jugando con mi bolígrafo mientras espero a que empiece.

A mi lado está Petra, la poseedora del título no oficial de *fístula anal asociada*. Hoy lleva su agenda perfectamente organizada y me lanza miradas de superioridad que claramente gritan: *Estoy aquí porque soy importante, no como tú*.

Enfrente de mí está Martin, nuestro diseñador gráfico. Martin tiene la habilidad de convertir cualquier conversación en un monólogo sobre sus gatos. Tiene cinco, cada uno con nombres sacados de novelas de fantasía, y sus fotos adornan la pantalla de su portátil como si fueran modelos profesionales.

Sarah, de logística, está a mi izquierda. Sarah es la persona más práctica que he conocido. Tiene un don para organizarlo todo, pero también para perderse en su mundo cuando las reuniones se vuelven aburridas. Estoy segura de que ahora mismo está repasando mentalmente su lista de la compra.

Por último, está Mike, de marketing. Mike es el clásico entusiasta, siempre con una sonrisa de oreja a oreja y frases motivadoras que probablemente saca de alguna aplicación diaria de citas inspiradoras. Es el tipo de persona que piensa que un buen PowerPoint (está anclado en los 90) puede resolver todos los problemas del mundo.

—Bien, equipo, gracias por venir —empieza el jefe con tono solemne, como si estuviera a punto de anunciar el descubrimiento de la cura para la alopecia severa—. Hoy tenemos que hablar de los últimos detalles para la gala navideña de Prescott & Co. y asegurarnos de que todos estamos alineados. Queda menos de una semana—. Emily, quiero que me pongas al día. ¿Cómo va todo?

Suspiro internamente antes de responder.

—Bueno, Petra tiene la lista de invitados confirmados y está trabajando en la distribución de mesas. —La miro, esperando que no decida convertir esto en una oportunidad para presumir.

—Por supuesto. Todo está organizado. He optimizado la distribución para garantizar que los asistentes tengan las interacciones adecuadas. Además, estoy gestionando los detalles del cóctel previo. Aunque, si necesitas algo más, estoy aquí para salvar la situación, como siempre.

—Claro que sí, Petra —murmuro, sin sonar demasiado sarcástica.

Brian asiente, aparentemente satisfecho, y pasa a Martin, quien está más concentrado en su libreta que en la conversación.

—¿Y los gráficos para las invitaciones? —pregunta Brian, mientras Martin levanta la cabeza con una expresión de *¿estás hablando conmigo?*

—Ah, sí. —Martin se ajusta las gafas y señala su libreta, donde ha estado garabateando lo que parece ser un gato con un gorro de reno—. Estoy trabajando en un diseño navideño moderno, algo elegante, pero con un toque divertido. Quizás un árbol estilizado, o... un gato navideño en la esquina, algo que sea... ¿cómo decirlo? Adorable.

—¿Gatos? ¿En una invitación para una empresa importante? —pregunta Petra, sin molestarse en ocultar su desdén.

Martin la ignora y vuelve a sus garabatos.

—Nada de gatos, Martin, por favor —añado y este asiente sin levantar la vista.

Sarah, que siempre está a cargo de todo lo logístico, interviene con su tono práctico.

—Ya he confirmado las entregas del catering y estoy coordinando los horarios con el equipo técnico. Solo falta que el proveedor de luces me responda para cerrar los detalles.

—Perfecto, Sarah. —Brian parece animarse al escuchar algo que realmente avanza, porque el entusiasmo de Martin por los gatos no parece impresionarlo.

Finalmente, Mike, nuestro optimista de marketing, decide intervenir.

—Estoy trabajando en ideas para el discurso de bienvenida. Algo inspirador, que capte el espíritu de la gala. Estoy pensando en algo como... La magia de la Navidad está en las conexiones humanas—. Lo dice con tanta seguridad que hasta yo casi le creo.

Petra pone los ojos en blanco.

—Claro, porque lo que Prescott & Co. necesita es un lema sacado de una película navideña —su tono es tan ácido que hasta Brian parece fruncir el ceño por el impacto.

—En resumen —concreto, cortando la conversación antes de que se desvíe aún más—, todo está en marcha, Brian. Los encargados están trabajando en ello, y estoy supervisando los detalles para asegurarme de que todo salga como Prescott espera.

Brian asiente, pero no sin añadir su dañino comentario final.

—Espero que así sea, Emily. Porque, como sabes, esta gala es crucial para nuestra reputación. Y no quiero que haya ningún... percance —pone especial énfasis en la última palabra.

¿Percance? ¿Qué clase de percance espera, que alguien derribe el árbol de Navidad, prenda fuego al centro de mesa con una vela y yo los pulverice a todos con un extintor? Trato de mantener mi cara seria y simplemente asiento.

Cuando finalmente se da por satisfecho y la reunión termina, Petra me lanza su sonrisa habitual.

—Parece que tienes todo bajo control, Emily. Aunque, si necesitas un poco de... orientación, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Petra. Lo tendré en cuenta. —Le devuelvo mi mejor sonrisa *falsa* antes de salir del despacho con la sensación de haber sobrevivido a otra de las pruebas de Brian, pero hace que me detenga y me quede un poco más a solas con él.

—Emily, necesito hablar contigo de algo importante.

—¿Qué pasa ahora? ¿He recibido un pergamino real donde me nombran *Sir Emily Carter, Dama de las galas Navideñas*? —bromeo, pero su cara seria me hace tomar asiento.

—Más o menos. A partir de ahora, serás la sombra de Daniel Prescott.

—¿Perdón? —Parpadeo completamente desconcertada—. ¿Sombra? ¿De qué hablas? ¿Voy a convertirme en su guardaespaldas o qué?

¿He oído bien? ¿Daniel Prescott quiere convertirse en un secuestrador de organizadoras de eventos a sueldo? ¿Voy a tener que pedir un rescate para recuperar mi vida personal?

—Así lo ha exigido el cliente. Quiere que estés disponible para él en todo momento hasta que la gala esté lista. Literalmente, ha dicho: *Quiero que Carter esté conmigo cada vez que respire*.

—¿Cada vez que respire? ¿Estamos hablando de un multimillonario caprichoso o de un paciente en una UCI? —respondo, con las cejas enarcadas—. ¿Y por qué ese tipo que piensa que todo el mundo debe estar a sus pies ahora decide que necesita una sombra? ¿Qué soy yo, Brian? ¿Ahora sí te parece bien convertir la empresa en una agencia de *scorts*?

Soy consciente de que estoy respondiendo a todo con preguntas. Muchas preguntas. Pero, honestamente, ¿cómo se supone que debo reaccionar a esto? Estoy anonadada, *hackeada*, perpleja. El hecho de que existan personas con tanto poder que pueden *pagar* a otras para que giren en torno a su órbita me deja sin aliento.

¿Qué clase de hombre mira a alguien y suelta: *Sí, necesito que esta persona esté disponible para mí 24/7 porque soy demasiado importante para lidiar con mis propios asuntos navideños*?

Literalmente, me está contratando para ser su sombra, como si eso fuera algo normal, algo que la gente hace a diario: *Buenos días, ¿me pone un matcha grande, un croissant de mantequilla y una organizadora de eventos a tiempo completo, por favor?*

—¡Emily! —Me lanza una mirada de advertencia—. No dramáticas. Prescott ha prometido que, si todo sale bien, recomendará nuestra empresa a gente muy influyente. Esto es una gran oportunidad.

Es una oportunidad, dice, como si mi nombre fuera a estar en luces de neón en Picadilly Circus al final de todo esto.

No, Brian. La única oportunidad aquí es la de Daniel y la tuya.

—Ah, claro, porque el sueño de mi vida es pasar los próximos días pegada a un hombre que me trata como si fuera un accesorio de oficina. —Cruzo los brazos, intentando contener mi indignación mientras me imagino a Prescott follándome al ritmo de una grapadora descontrolada. *Cancelar pensamiento, te está comprando*—. ¿Y qué pasa si decido que no quiero ser la sombra de su majestad?

—No es negociable. Prescott ha sido muy claro. O lo haces, o...

—¿O qué? ¿Me despides? Porque, sinceramente, un retiro espiritual en el paro ahora mismo suena bastante tentador.

—Emily, piensa en el futuro de la empresa. Esto no es solo sobre ti. Es sobre todos nosotros. Prescott puede abrir puertas que ni siquiera sabías que existían. Además, hay que cancelar la fiesta navideña de la empresa por bajo presupuesto.

Las puertas de mi chirla, pero gratis y porque yo quiera.

—Sí, puertas que probablemente lleven directamente al infierno. Y no te ofendas, pero lo de la cancelación de nuestra peculiar fiesta, es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo.

Brian suspira frustrado, y me señala con el dedo como si eso fuera a convencerme.

—Hazlo, Emily. Es un cliente importante. Además, no tienes elección. Eres la mejor para manejar esto.

—Oh, qué honor. Soy la mejor para ser un anexo humano de Daniel Prescott. —Me levanto de la silla, sacudiendo la cabeza.

Salgo del despacho mientras Brian murmura algo sobre mi falta de profesionalismo.

Daniel me va a oír. Y no con mi lado amable y diplomático. Oh, no. Le voy a decir exactamente lo que pienso de su absurda petición. Porque, aunque tenga un árbol desnudo y torcido, aunque huela a cosas lascivas y sus trajes parezcan hechos a medida por ángeles... esto es demasiado.

Daniel Prescott

Emily Carter no es exactamente el tipo de persona que se toma las cosas con calma, y después de lo que he pedido a su amado jefe, es posible que llegue hoy hecha un basilisco.

Presiono el botón del intercomunicador.

—Hilda, ¿puedes venir un momento?

Hilda, mi asistente de confianza desde hace años, aparece en la puerta en cuestión de segundos. Tiene esa mirada de calma imperturbable que podría desarmar hasta al más neurótico de mis colegas.

—¿Necesita algo, señor Prescott?

La miro, dudando por un segundo de si debería advertirla o simplemente dejar que descubra por sí misma lo que se avecina. Decido ser considerado. Hilda merece estar preparada para lo que está por llegar.

—Es posible que Emily Carter aparezca por aquí dentro de poco. Y cuando lo haga, llegará colérica. Un huracán, si lo prefieres. —Cruzo las manos sobre el escritorio, tratando de parecer relajado—. Por favor, cuando eso ocurra, déjala pasar directamente a mi despacho.

Hilda pestañea, su expresión apenas cambia, pero puedo ver como sus cejas se elevan un poco.

—¿Se refiere a esa chica que ha contratado para que organice la gala de Navidad de la empresa? —Asiento—¿Está seguro, señor Prescott? Quiero decir, si viene... en ese estado, ¿no sería mejor intentar calmarla antes de que llegue hasta usted? —Me mira con su habitual calma, pero su pregunta, directa y algo prudente, deja claro que está preocupada. No por la empresa, no por la gala de navidad, sino por mi integridad física.

Y, lo admito, es un gesto que aprecio, aunque su mirada seria me provoca un pensamiento inesperado. De repente, mi mente genera una escena absurda: Hilda, con sus cincuenta y tantos, siempre impecable y profesional, lanzándose heroicamente entre Emily y yo para protegerme.

Todo mientras Emily, con los ojos encendidos de furia, sostiene una pala como si acabara de encontrarla en un set de película de terror.

Casi me río en voz alta, pero logro contenerme.

Emily está haciendo un buen trabajo contigo.

—No. —Sacudo la cabeza—. Es mejor que venga directamente aquí. Si intentas detenerla, lo más probable es que solo amplifiques su rabia. Y te aseguro que no queremos eso.

Mi empleada más fiel, inclina la cabeza pensativa y luego asiente lentamente.

—Entendido.

—Solo mantenla alejada de cualquier cosa frágil. Y, si puedes, asegúrate de que no traiga café caliente en las manos.

Es capaz de tirármelo y abrasarme la cara, pienso, pero omito decírselo.

—Muy bien. Haré lo que pueda para minimizar el impacto antes de que llegue a su despacho. Pero... ¿puedo preguntar algo? —La miro, esperando que lo haga.

—¿Por qué va a venir hecha un basilisco?

No tengo una buena respuesta para eso, al menos no una que no me deje ante la gente como un completo idiota. Así que simplemente digo:

—Digamos que he tomado una decisión que seguramente no le haya hecho mucha gracia.

Mi asistente me lanza una mirada que expresa mucho más de lo que el léxico puede por sí solo, pero mantiene la boca cerrada, asiente y se da la vuelta para regresar a su escritorio.

Cuando la puerta se cierra detrás de ella, suspiro y me recuesto en mi silla. No tengo dudas de que Emily Carter llegará como una borrasca: rápida, intensa y dejando más confusión a su paso que un meteorólogo intentando explicar por qué todo se salió de control. Y, por masoquista que parezca, estoy esperando que lo haga.

Miércoles Addams en la torre de marfil

Hoy es miércoles. El día de la semana que comparte nombre con la hija más siniestra de la familia Addams. Y, sinceramente, me siento identificada. Si tengo que ser la sombra de Daniel Prescott, que sea la clase de sombra que hace que la gente duerma con una lámpara encendida.

Me miro en el espejo antes de salir de casa. Un jersey negro, unos pantalones negros y mi cara de: *no pienso aguantar tus tonterías hoy*. Perfecto. Si esto fuera una película, ahora mismo sonaría música de órgano de fondo mientras me ajusto mi bufanda.

Salgo a la calle con mi atuendo lúgubre y una actitud que grita: *no me toques, soy peligrosa*.

Soy... invencible. O al menos lo suficiente decidida como para no retroceder. Me imagino entrando en su oficina con música épica de fondo, tal vez algo con violines dramáticos.

¿Es necesario vestirme como si fuera al entierro de tus esperanzas y sueños para esto? Pues sí, porque hoy no solo se trata de ganar una pequeña batalla. Se trata de reivindicarme y hacerlo con estilo.

Un taxi, dos calles a pata y casi una hora después por culpa del frenético tráfico londinense, entro al perfecto vestíbulo de Prescott&Co.

Demasiado perfecto.

Las plantas parecen diseñadas por un loco que mide todo con una regla, las paredes blancas no tienen ni una mancha, y el aire acondicionado tiene el nivel de temperatura exacto para que no se note que el poder está sudando.

Hoy, estas oficinas serán más funestas que un cementerio de aspiradoras que no pudieron con una alfombra peluda.

Subo en el ascensor, y mientras la suave música ambiental hace un intento vago de calmarme, yo solo puedo pensar en cómo voy a entrar a ese despacho. Dramática, directa, y con la actitud de alguien que no está aquí para chorradas de tío ricos.

Cuando las puertas del ascensor se abren en su planta, me preparo. Respiro hondo, estiro los hombros y me dirijo hacia la recepción donde me espera Hilda, la asistente de Daniel. La mujer, con un peinado que podría resistir una manga marina, me dedica una sonrisa medida cuando me ve llegar con las fosas nasales más dilatadas que el útero de una parturienta.

—Buenos días, señorita Carter. El señor Prescott la está esperando. —Me mira de arriba abajo, y aunque no lo dice, su mirada grita algo como: *No lo mate, necesito este trabajo.*

Sonrío para mis adentros.

Sí, Hilda, la verduga de CEOs poderosos, guapos y ricos, ha llegado para enviarte directa a la cola del paro porque pienso asesinarlo con un elegante giro de bufanda.

Daniel Prescott

La puerta de mi despacho se abre de golpe, con toda la fuerza de un vendaval, y no me hace falta mirar para saber quién es.

Emily ha llegado.

Está, vestida de negro de pies a cabeza, con una coleta alta tan tensa que parece que le estira los ojos en un improvisado *lifting*. Su mirada me taladra como si quisiera grabar: *esto no va a salir bien*, en mi frente.

Me echo hacia atrás en mi silla, mientras reprimo una sonrisa. La situación no debería ser divertida, pero con Emily siempre todo lo es.

—¿Se ha muerto alguien? —investigo con fingida preocupación.

Ella no se inmuta. Da un paso al frente, cruza los brazos y me lanza una mirada desafiante.

—No, pero deberías llamar a Brian cuanto antes y pedirle que organice tu funeral. Tiene grandes descuentos este mes para ese tipo de eventos.

—¿Mi funeral?

—Sí, porque esa idea tuya de *Quiero que Carter esté conmigo cada vez que respire* es tan pretenciosa que, sinceramente, creo que podría matarte de vergüenza.

No puedo evitarlo. Me río.

—¿De verdad le dije eso? —pregunto, todavía riendo, aunque soy muy consciente de que sí lo dije.

—Sí. —Da otro paso hacia mí, señalándome con un dedo como si estuviera a punto de dictar sentencia—. Y no sé si reírme, llorar o escribir un artículo titulado: *Las diez cosas que jamás deberías decir de una mujer si quieres mantener tu dignidad*.

—¿Escribes artículos ahora? —bromeo, pero su mirada podría partir una roca en dos.

—No, pero si sigues con este comportamiento, puedo empezar hoy mismo. —Se deja caer en la silla frente a mí, todavía con los brazos cruzados, como si estuviera preparada para un interrogatorio policial—. A ver, Daniel, en serio. ¿Qué clase de hombre racional piensa que está bien decir algo como eso? ¿Qué es esto? ¿Una prueba de poder porque no sabes cómo decorar un abeto?

—No es tan ridículo como parece —intento sonar razonable, aunque no ayuda mucho.

Ella me taladra con la mirada, esperando una explicación.

—Mira, no es que no pueda respirar solo. —Me inclino hacia adelante—. Es que, por alguna razón, cuando estás cerca, parece más fácil.

Emily parpadea, no esperaba este giro de los acontecimientos. Pero siendo quien es, se recupera rápido.

—Eso es... —Hace una pausa, buscando las palabras—. Muy bonito, pero también un poco inquietante. ¿Qué es lo próximo? ¿Me vas a pedir que te sostenga el papel higiénico mientras te sientas en el trono?

—No, pero si estuvieras dispuesta, no lo descartaría. —Sonrío, porque sé que esa frase la va a sacar de quicio.

Ella suelta una risa nerviosa y se pone de pie, señalándome de nuevo.

—Bueno, Prescott, será mejor que practiques respirar solo, porque yo no pienso ser tu sombra, ni tu terapeuta, ni voy a limpiarte el culo después de cagar. —Hace un gesto vago hacia sí misma—. No querrás depender demasiado de mí. Podría darte un susto.

Nos miramos en silencio durante un segundo que parece eterno.

—A veces esa forma imprevisible que tienes de ver la vida, es justo lo que alguien necesita. —Dejo caer la frase como si fuera casual.

—Pues apáñate solo, Prescott. —Se gira hacia la puerta, pero no sin lanzar un último comentario sarcástico—. Y si necesitas ayuda para respirar, llama a un médico, no a mí.

El despacho, que normalmente parece gigante, de repente se siente pequeño. Ahora es Emily la que parece tener problemas para inhalar. Su pecho sube y baja frenéticamente, y no sé si es porque está enfadada o porque lo que acabo de decir la ha descolocado.

Me obligo a levantarme de mi cómoda silla de cuero reclinable. Cada paso que doy hacia ella parece romper la distancia que siempre he mantenido con todos los demás. No sé qué estoy haciendo, pero tampoco quiero detenerme.

Cuando estoy lo bastante cerca, coloco mis manos en sus hombros, con firmeza, pero sin apretar. Como si necesitara anclarla, traerla de vuelta a un lugar donde ambos podamos ser solo ella y yo.

—Mírame —le indico y ella levanta los ojos, y por un segundo, veo vulnerabilidad. *Me va a volver loco*—. Tú... —empiezo, sin apartarle la mirada—. Tú tienes el oxígeno y el nitrógeno que necesito.

—¿Qué? ¿Piensas dejarme sin glóbulos rojos? ¿Satisfacer tu sed de almas con mi hemoglobina?

Me río de nuevo. Su mente siempre está un paso adelante, incluso cuando está confundida.

—No necesito tus glóbulos rojos, Emily. —Giro levemente la cabeza, mientras mi mirada se clava en la suya—. Pero podría dejarte blanca y sin sangre con una sola cosa.

Ella intenta descifrar mis palabras, pero su expresión cambia y está teñida de curiosidad.

—¿Qué cosa? —su tono más bajo de lo normal, como si no estuviera segura de querer saber la respuesta.

No pienso. Simplemente lo hago.

Me inclino, el espacio entre nosotros desaparece, y la beso. Es un beso que no había planeado, pero que parece haber estado en la bandeja de *spam* desde hace semanas. Suave al principio, como probando el terreno, pero luego más profundo, más seguro, como si ambos hubiéramos estado conteniendo algo que finalmente se libera.

Ella no se aparta. De hecho, su cuerpo parece relajarse bajo mis manos, como si algo en este momento fuera más real que cualquier discusión, que cualquier palabra que hayamos intercambiado antes.

Cuando finalmente me aparto, solo lo suficiente para mirarla, sus ojos están más abiertos de lo normal, y su respiración, aunque todavía agitada, ahora tiene otro ritmo.

—Esto —susurro, con una leve sonrisa—, es lo único que podría dejarte sin sangre.

Ella todavía está poniendo algo de lógica a lo que acaba de pasar, y aunque sé que está buscando una respuesta ingeniosa, por primera vez, parece no encontrarla.

Polvo de alas

Estoy en su despacho, con la boca todavía caliente por el beso que Daniel Prescott acaba de darme por la cara.

¿Qué demonios ha pasado?

Mi cerebro está intentando buscar una explicación, pero no está funcionando. Se ha apagado, congelado o *autlobotomizado*. Debería estar enfadada, indignada, reclamando espacio personal... pero no. Estoy viendo mariposas. Mariposas gigantes que parecen haber invadido mi cuerpo, instalándose en mi estómago, mi apéndice y probablemente también en mi páncreas. Baten sus alas, esparciendo polvo por todas partes, y estoy segura de que eso no puede ser bueno para mi sistema digestivo. Pero por fuera, tengo que mantener la compostura. Porque si algo sé sobre los tipos como Daniel, es que nunca hay que darles la ventaja de saber que te ha afectado.

Cruzo los brazos y doy un paso atrás.

—¿De qué vas? —le espeto, aunque mi voz no tiene la fuerza que me gustaría. Su sonrisa no ayuda en absoluto.

—¿A qué te refieres? —responde, como si no acabara de besarme a traición.

—¿Que a qué me refiero? —repito—. A lo que acaba de pasar, a eso. —Señalo el espacio entre los dos, como si fuera necesario que lo explicara.

Él se encoge de hombros, tranquilo, demasiado tranquilo.

—Un beso. No sé por qué estás tan sorprendida.

Un beso, dice. Como si acabara de ofrecerme una galletita Lotus y no un terremoto en forma de contacto labial.

—Un beso. Claro. —Mi sarcasmo está en pleno rendimiento—. ¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Aplaudir? ¿Hacer una coreografía de agradecimiento?

Las malditas mariposas revolotean como si alguien acabara de encenderles un foco. Estoy

intentando ser racional, pero cada vez que lo miro, recuerdo sus labios sobre los míos, y mi cerebro me traiciona con imágenes indecorosas.

Con la grapadora descontrolada y lo espaciosa que es su mesa de caoba.

—Emily, si tanto te molesta, pídemelo que no lo vuelva a hacer.

—Esa no es la cosa... —respondo rápidamente, aunque internamente estoy gritando: *¡Claro que quiero que lo vuelvas a hacer!* Pero en lugar de eso, suelto—: La cosa es... es que no entiendo por qué lo has hecho.

—Porque he querido hacerlo y no se me ocurrió nada más natural que hacer.

¿Nada más natural? Perfecto. Mi dignidad está a punto de saltar por la ventana.

—Mira, Daniel, no sé cómo funcionan las cosas en tu mundo de trajes caros, pero en el mío, los besos no se dan porque sí. No se roban de esa manera cuando alguien viene a reclamarte que eres un completo capullo.

—¿Y cómo son, entonces? —Da un paso hacia mí.

—No sé... menos intensos, menos... —intento encontrar las palabras, pero cada paso que da para acortar la distancia entre él y yo, parece borrar mi vocabulario. Respiro hondo y suelto lo único que puedo en este momento—. Esto no cambia nada —miento descaradamente.

—Claro que no, pero quiero que pases la Navidad conmigo.

—Creo que ya te has cobrado bien mis servicios. Adiós, señor Prescott. —Doy media vuelta, porque necesito salir de aquí antes de que las Lepidópteras decidan mudarse a tiempo completo en mis entrañas.

Por nada del mundo puede saber lo que ese beso ha hecho en mí. Porque si lo sabe, estoy perdida.

Globos de helio y labios hinchables

Han pasado dos días desde *el beso*. Sí, ese beso, el que aún tiene a mis labios (y no solo los de la cara) hinchándose como si estuvieran llenos de helio.

Cada vez que lo recuerdo, me invade una ola de calor tan intensa, que mis mejillas se encienden como si fueran las luces de un camión cisterna. Honestamente, parezco más a un muñeco hinchable japonés que a una persona real.

Es viernes, y quedan solo cuatro días para la dichosa gala de Navidad de Prescott & Co. Tendría que estar concentrada en los detalles: el catering, las luces, la música... Pero no, mi cerebro tiene otros planes. Cada cinco minutos, me asalta la imagen de Daniel Prescott inclinándose hacia mí, con esos ojos grises suyos, y ¡bam!, ahí está otra vez: la sensación mullida y calenturienta de su boca sobre la mía.

—¡Emily! —la irritante voz de Petra me arranca de mi ensoñación. Está de pie frente a mi escritorio, mirándome como si acabara de pillarme haciendo algo prohibido.

—¿Qué? —trato de sonar como una adulta de veintiocho años y no como una adolescente soñando despierta.

—Te he llamado tres veces. —Levanta una ceja—. ¿Todo bien? Tienes la cara roja. ¿Es fiebre? Porque si te pones mala ahora, Brian va a perder la cabeza.

—No, no. Estoy bien. —Trato de despejar mis pensamientos y devolverme al presente—. Solo estoy... un poco estresada. Ya sabes, la gala.

Petra me mira como si no se creyera ni una palabra, pero, por suerte, decide no insistir.

—Bueno, menos mal, porque necesito que revises los planos de la distribución de las mesas. Brian quiere asegurarse de que Prescott quede estratégicamente posicionado con gente de su estatus.

Ruedo los ojos. Como si Daniel Prescott necesitara ayuda para ser el centro de atención. Ese hombre podría estar en un rincón oscuro, con una caja en la cabeza, y aun así todos los ojos se

girarían hacia él.

Asiento y finjo estar concentrada mientras Petra se marcha, pero, en cuanto estoy sola de nuevo, los pensamientos regresan como un tsunami. El problema no es solo el beso. Es lo que el beso ha provocado en mí.

Cada vez que pienso en él, quiero gritarle al universo: *¡No tengo tiempo para esto!* Pero claro, mi cuerpo no escucha. Ahí está mi corazón, acelerándose cada vez que imagino lo que pasó, y mis labios teniendo memoria propia.

Me obligo a enfocarme en la pantalla del ordenador, donde el plano de las mesas parpadea burlonamente, como si supiera que no estoy en condiciones de organizar nada. Cuatro días. Cuatro malditos días para lidiar con él de nuevo.

¿Cómo voy a mirar a Daniel Prescott a los ojos sin que mis mejillas estallen en un espectáculo pirotécnico?

La respuesta es simple: no tengo ni idea. Y eso me asusta más que un bufé de gambas sin refrigerar en una boda de verano.

Quiero que pases la Navidad conmigo, me ronda la cabeza como una idea tentadora, como ese trozo de pastel de chocolate que sabes que no deberías comerte después de la cena porque te daría ardor estomacal... pero a la vez, como la peor/mejor idea de la historia. Una mezcla entre saltar en paracaídas sin saber si llevas puesto el arnés y aceptar jugar al amigo invisible con desconocidos.

¿Por qué me lo dijo?

Prescott ha implantado un pensamiento parásito en mi cerebro. Una simple frase, pero con el poder de volverme loca. Navidad. Él. Yo. ¿Qué podría salir mal?

¡Todo! TODO podría salir mal.

Y sin embargo, ahí está la otra parte de mí, sugiriendo que tal vez, solo tal vez, sería bonito. Bonito y suicida, claro.

Southwark, 10:00 P.M

Clara se pasea por mi pequeño salón con una copa de vino tinto en la mano, su cara es un poema.

—¿Qué Daniel Prescott QUÉ?! —grita, como si estuviera en una obra de Shakespeare en pleno clímax.

Yo suspiro, hundiéndome más en el sofá mientras doy un sorbo a mi copa.

—Que me besó, Clara. Me besó. Y luego me pidió que pasara la Navidad con él.

Clara se detiene en seco, su copa de vino titila peligrosamente en su mano.

—¿Pasar la Navidad con él? ¿ÉL? ¿Daniel Prescott? —Me mira como si acabara de decirle que voy a convertirme en monja de clausura.

—Sí, pero no pienso hacerlo —explico con firmeza, cruzando los brazos como defensora de mi propia cordura—. Este año paso la Navidad con mi familia en Guildford. No voy a sacrificarlo otra vez por un tío.

—Emily, cariño... —Clara se deja caer en el sillón frente a mí—. Prescott no es *cualquier* tío. No es el típico hombre que conoces una noche loca en un pub del Soho y luego desaparece con tu encendedor y tu dignidad. Prescott es EL TÍO. Es el hombre de los sueños de cualquier plebeya. ¡Es como si la realeza te hubiera pedido que te mudaras a palacio a encender la chimenea de Buckingham con tu propio aliento!

—¿Me estás diciendo que me convierta en su súbdita? —Alzo una ceja.

—¡No! Pero, Emily, ¿eres consciente? Tienes a Daniel Prescott, el hombre más inalcanzable de Londres, queriendo pasar la Navidad contigo. ¿Sabes cuántas pagarían por eso? —Clara suspira, dramática como siempre. —Mira, no te digo que te lleves tus adornos navideños y te instales en su lujoso piso, pero... ¿seguro que no quieres pensártelo?

La respuesta está clara en mi cabeza. Guildford. Mis padres. Los calcetines feos, el chocolate caliente que siempre se quema en la olla...

—No, Clara. Mi familia me espera. Prescott tendrá que pasar la Navidad sin mí o con su propia familia.

—¿Qué sabemos de ellos? —insiste Clara con ese tono de detective entrometida.

—Nada. No tengo el gusto de conocer a su familia, ni ganas, la verdad.

—Igual no tiene.

Me encojo de hombros.

—Pues que se compre una. Si es tan millonario, seguro que puede conseguirse una familia perfecta en algún catálogo de personas de pega.

Clara se lleva la mano al pecho, escandalizada.

—¡Emily Carter! ¿Cómo puedes decir eso? Eres demasiado buena, y lo sabes. Si resultara que Prescott es un pobre huérfano sin nadie en el mundo, serías la primera en acogerlo en tus senos cálidos y compasivos —Mi amiga se agarra los pechos.

La miro con los ojos entrecerrados, negando con la cabeza.

—Eres una cochina, Clara. Una cochina con problemas, pero cochina al fin y al cabo.

Ella se ríe a carcajadas, como si acabara de contar el mejor chiste del año.

—Cochina o no, prométeme que te lo vas a pensar. O mejor aún, acepta ya esa maldita oferta. Sácame de la duda de cómo sería pasar la Navidad con el hombre más deseado de Londres.

—¡No! —respondo, llevándome una mano a la frente como si tuviera que luchar contra la tentación de zamparme una caja de bombones de lujo—. Mis padres me esperan, Clara.

—¿Estás segura? Porque creo que el 99% de las mujeres del planeta te odiarían si dejas plantado a Daniel Prescott para irte a Guildford a comer pavo seco y escuchar a tus tíos discutir sobre política.

—Sí, estoy segura.

—Emily, si no me prometes al menos que lo pensarás, voy a contratar un coro de villancicos para que te sigan a todas partes cantando *All I Want for Christmas Is You* hasta que te rindas.

—Eres imposible.

—Y tú también, amiga mía. Pero estoy aquí para salvarte de tus decisiones tontas.

—¿Qué tipo de interés tienes tú en que adopte a un rico por Navidad? —inquiero, haciendo una mueca de incredulidad mientras intento tomarme otro sorbo de vino sin atragantarme.

—Quiero saber qué se siente siendo la mejor amiga de la señora Prescott, claro. Imagínate... ser la amiga íntima de una mujer que tiene todo lo que yo quiero en la vida. Y no, no es solo un hombre rico, es la experiencia de vivir rodeada de champán, cenas de lujo y... bueno, lo que sea que hagan esas personas de clase alta en sus casas mientras escuchan música clásica. ¡Dime que no suena increíble!

—Estás loca. Estás usando la piel del oso antes de cazarlo, Clara —suelto la frase con resignación, pero al mismo tiempo suena como un cuento de hadas. Ella sonrío con picardía, como si hubiera obtenido una medalla.

—No, lo que estoy haciendo es salvarte de tu propio egoísmo. Si no te das una oportunidad de ser feliz, vas a pasarte el resto de tu vida preguntándote *¿qué hubiera pasado si...?*, y casándote con un idiota cualquiera que prefiere pasar las noches viendo fútbol con los amigos en vez de estar contigo, con la mujer que lo tiene todo, pero no se atreve a hacer nada.

Mi mandíbula se tensa.

—No sé si quiero ser feliz de esa manera, Clara. No me imagino a mí misma rodeada de... no sé... ¿todo eso? Con un tipo como él.

Ella se cruza de brazos y me mira fijamente.

—Pues, amiga, si no le das una oportunidad a un hombre que, claramente, ha desestabilizado tu mundo con un beso, vas a pasar el resto de tu vida arrepintiéndote. ¿De verdad crees que vas a encontrar otro Prescott? Es como dejar pasar la lotería con el boleto en la mano, Emily.

Mis mejillas se encienden un poco al recordar el beso, esa maldita explosión de nervios que aún mantengo en la boca del estómago.

—Está bien —le digo, rindiéndome un poco—. Lo pensaré. Pero necesito todo el fin de semana para hacerlo. Además, tengo la gala el lunes... y tengo que ir el domingo por la tarde a supervisar la comida del catering. Así que, dependiendo de lo que vea, decidiré. Si me da pena, pues... bueno, ya veremos.

Clara asiente con entusiasmo, casi como si me estuviera firmando un contrato.

—¡Eso está mucho mejor! Ya sabes lo que opino, y me alegra saber que lo vas a pensar, porque a veces la gente no se da cuenta de lo que tiene justo delante. Y, créeme, una oportunidad como esta no se vuelve a presentar. Parece que le gustas.

—Si me vuelves a decir que tengo una oportunidad única, te hago una estatua de Prescott con las manos levantadas como si fuera una especie de santo.

—No hace falta, pero si lo haces, que sea con una capa de terciopelo, por favor.

—¡Casi me haces escupir el vino! —exclamo, mientras trato de controlar la risa.

—Entonces, lo dejo en tus manos, Emily. Haz lo que quieras, pero que no se te pase el tren. Si Prescott aparece esta noche con un trineo y renos en el rellano, no te voy a dejar cerrar la puerta.

¿Qué haré cuando llegue el lunes y esté frente a él en esa gala? Solo el tiempo lo dirá. Aunque... en el fondo, no puedo dejar de pensar en lo que Clara ha dicho. ¿Y si...?

Daniel Prescott

Estoy apoyado contra la barra, copa de champán en mano, haciendo un esfuerzo monumental por concentrarme en lo que uno de nuestros inversores me está diciendo sobre una futura colaboración con no sé qué empresa tecnológica en expansión. Asiento y suelto algún que otro: *por supuesto* en el momento adecuado, pero mi atención no está ni remotamente en la conversación. Está a unos metros de mí, de pie junto a una columna, y lleva un vestido negro que debería estar catalogado como arma letal.

El terciopelo se ajusta a su figura con una precisión insultante, abrazando cada curva como si fuera su segunda piel. Tiene un aire de sofisticación que parece completamente natural, pero también una pizca de descaro que me desarma. Su pelo, recogido en una moño alto, deja su rostro despejado, y me obliga a fijarme en cada detalle: sus labios —que aún recuerdo con demasiada claridad—, sus mejillas ligeramente sonrosadas, esos ojos que podrían arrancarme el alma con un pestañeo lento.

No sé cómo demonios lo hace. Parecer elegante, seria, y al mismo tiempo tan... tentadora. Esa abertura en la pierna de su vestido debería venir con una advertencia de peligro. Me hace pensar en Julia Roberts en *Pretty Woman*, pero no en la escena de la ópera, no, en esa donde se pasea por el hotel y todo el mundo se detiene a mirarla. Bueno, excepto que aquí no es ficción: todos los hombres en este salón la están mirando. Y yo, yo estoy a punto de perder el juicio.

No puedo evitar recordar el miércoles en mi despacho, cuando la besé. A traición. Vale, no es algo de lo que esté especialmente orgulloso, pero tampoco me arrepiento. Fue algo impulsivo, sí, pero inevitable. Llevaba días reprimiendo el deseo de hacerlo, y cuando la vi allí, tan cabreada, no pude evitarlo.

El sabor de sus labios, la forma en que se quedó quieta antes de reaccionar, y luego, la manera en que me apartó con furia. Su indignación era tan real, tan intensa, que casi me dio la impresión de que le había robado algo más que un beso.

Y cuando se marchó, con la puerta cerrándose de golpe tras ella, dejándome solo en mi despacho, supe que estaba perdido.

Porque Emily Carter no es como ninguna otra mujer que haya conocido. Es una mezcla de

nieve y sol, capaz de hacerme reír, frustrarme y desearla a partes iguales. Me vuelve loco, completamente loco, y lo peor de todo es que creo que lo sabe.

Quiero retarla solo para ver si puedo descolocarla. Podría acercarme ahora mismo, elogiar su vestido, decirle lo increíble que está esta gala que ha organizado —y, de paso, lo increíble que está ella.

Porque cuando se trata de Emily, no tengo término medio. Es todo o nada. Y, por cómo me mira de vez en cuando, estoy casi seguro de que ella lo sabe tan bien como yo.

Terciopelo negro y de nuevo mariposas

Estoy apoyada discretamente contra una de las columnas del salón del evento, intentando parecer serena y profesional mientras, en realidad, estoy a punto de desplomarme del cansancio. Pero, ¡ojo!, no cualquier cansancio. Es ese cansancio satisfactorio de cuando sabes que has hecho un trabajo impecable y el mundo entero debería levantarse a aplaudirte. Porque sí, todo está perfecto.

El salón brilla con esa elegancia sobria que solo se consigue cuando tienes buen gusto y alguien como yo supervisando hasta el último detalle. Claro, debo admitir —aunque me cueste en el alma— que Petra, mi compañera de trabajo y ocasional enemiga mortal, ha hecho un buen trabajo con la distribución de las mesas. Las odié con todas mis fuerzas durante la planificación, pero ahora están colocadas como un puzzle perfecto: todo el mundo tiene espacio para moverse, pero lo justo para que, si alguien se ríe demasiado fuerte, otro lo escuche y se ría también. Socialización perfecta.

La decoración, por supuesto, es *chef's kiss*. Nada de duendes grotescos, ni renos con luces LED en los ojos, ni árboles sobrecargados de bolas que parecen sufrir de corpulencia decorativa. Aquí todo es elegante, moderado, y perfectamente navideño sin caer en el *cliché*. Las flores son de un verde profundo, con toques dorados y burdeos, y las velas en las mesas dan un brillo suave y acogedor. En una esquina, hay una barra con cócteles navideños que se están convirtiendo en el evento principal para los que quieren agarrar valor antes de hablar con los peces gordos de la empresa. *Winter Wonderland Martini*, que se llama uno. Más bien debería llamarse *Martini para aguantar al jefe pesado que quiere hablar de números*.

Todo bien.

Todo bajo control, Emily.

Hasta que lo veo.

Ahí, entre el murmullo de los asistentes y las luces que parecen brillar justo en su dirección como si fueran cómplices de su arrogancia natural, aparece en mi campo de visión, Daniel Prescott. Y, de repente, todos los palos de mi sombrero caen al suelo como si los hubieran desmontado con una llave inglesa. Porque, señoras y señores, está... imponente.

Imponente no, impresionante. No, ¡indecentemente atractivo!

Es como si alguien hubiera contratado a un diseñador para crear al galán definitivo de la Navidad y hubiera trabajado 48 horas sin parar para entregarlo justo a tiempo para esta noche.

Su traje azul medianoche es perfecto, obviamente hecho a medida. La corbata burdeos parece de terciopelo y combina con un pañuelo que sobresale de su bolsillo justo lo necesario como para que cualquier humano normal quiera arrancárselo de envidia.

Me ha visto y camina hacia mí con esa seguridad suya, como si todo el mundo en el salón estuviera allí solo para adorarlo, y, bueno, viendo cómo lo miran algunas asistentes, podría decirse que no estoy tan equivocada.

Es tan irritantemente guapo que no sé si quiero gritarle que baje el nivel de perfección o salir corriendo a esconderme en el baño. Para colmo, cuando nuestras miradas se cruzan, me lanza esa sonrisa que tiene el poder de derretir hasta los cubos de hielo del *Christmas Mule*.

Respiro hondo y me preparo para lo inevitable.

—Carter —expone cuando llega, sosteniendo una copa de champán en la mano como si fuera parte de su ADN millonario—. Has hecho un trabajo espectacular.

—Gracias —respondo, tratando de parecer tranquila, aunque por dentro estoy gritando como una *fangirl* de One Direction—. Me alegra que esté a la altura de tus estándares.

—Más que a la altura. Has superado mis expectativas.

—Bueno, teniendo en cuenta que tus expectativas parecían estar al nivel del suelo cuando me encargaste esto, no era tan difícil —replico.

Él sonríe, esa maldita sonrisa ladeada que parece estar diseñada para destrozarnos corazones. Su mirada desciende lentamente, evaluando mi atuendo con esa intensidad suya que me hace sentir como si estuviera bajo un reflector.

—Y, por cierto —expone con un tono más bajo, casi íntimo—, ese vestido... es absolutamente perfecto para ti.

Y ahí está. La trampa. Porque, aunque mi vestido largo negro de terciopelo sea objetivamente bonito, ahora es como si estuviera brillando más que una estrella fugaz.

—Gracias.

—Te queda impresionante —añade, con esa mirada que parece penetrar a través de todo lo que digo para descubrir lo que estoy pensando.

Intento devolverle el golpe.

—Espero que no pretendas que me suba a mí misma el sueldo por haberme vestido bien. Es

parte de mi trabajo, estaba obligada a venir.

Él ríe, una masculina que debería estar prohibida en eventos con alcohol porque es peligrosa.

—No subestimes lo bien que has organizado esta gala. O lo mucho que me ha impresionado... todo.

Y aquí estoy, con las mejillas más encendidas que una chimenea, fingiendo que soy una persona normal, mientras Daniel Prescott sigue robando el protagonismo de mi vida... y probablemente de mis pensamientos.

—¿Eso es un cumplido?

—Lo más cercano que vas a obtener esta noche si no te portas bien —responde, dando un sorbo a su champán con la tranquilidad de alguien que sabe que acaba de ganar una partida de ajedrez—. Aunque falta algo.

—¿Algo? —repito, frunciendo el ceño—. ¿Qué podría faltar?

¿Una reverencia? ¿Que me pegue a su espalda como un ballenato?

Él se inclina ligeramente hacia mí, lo suficiente para que mi corazón empiece a latir como si estuviera haciendo cardio por primera vez en meses.

—Tú, Carter. Falta que tú te relajes y disfrutes de esto.

Y aparece de nuevo esa sensación de mariposas en mi estómago. Solo que esta vez no son simples mariposas; son mariposas con luces navideñas que han decidido montar una *rave* en mi interior. Sé que mis mejillas están encendidas como si alguien hubiera decidido usar mis pómulos para cocinar galletas.

—Estoy trabajando —murmuro, como si esa excusa pudiera salvarme de esta conversación.

—Esto no es trabajo, es una fiesta. Prométeme que al menos vas a probar un cóctel antes de irte.

Lo miro, debatiéndome entre mi instinto profesional y las ganas de agarrar un *Winter Wonderland Martini* solo para que deje de insistir. Finalmente, asiento.

—Uno. Solo uno.

Esto no puede acabar bien.

Un cachorro llamado Prescott

No sé qué demonios hago pegada a Daniel Prescott como si fuera un remiendo en su chaqueta de corte impecable. De verdad, estoy aquí, con un cóctel en la mano y tragando con dificultad cada sorbo, mientras me arrastro tras él para saludar a los asistentes como si fuese su sombra oficial. No es que me obligue, claro. Pero, de alguna manera, lo sigo. ¿Por qué? Buena pregunta.

Tal vez sea el magnetismo inexplicable que parece emanar de su estúpida sonrisa como si en lugar de usar colonia, se rociara con feromonas de alto voltaje. ¿Acaso tiene un imán oculto en el bolsillo interno de su chaqueta? ¿Uno diseñado específicamente para atraer mujeres? Porque no hay otra forma de explicar lo que pasa cada vez que aparece en mi vida.

Lo que más me irrita es que estoy aquí voluntariamente. Bueno, *voluntariamente* en el sentido de que nadie me ha atado una cuerda al tobillo y me ha arrastrado tras él. Me podría haber quedado en un rincón disfrutando de mi cóctel, observando cómo los ricos se ríen de cosas que no tienen gracia, pero no, aquí estoy, caminando a su lado, escuchando cómo cada palabra que sale de su boca parece estar diseñada para ganarse a todo el mundo.

Y entonces, aparece ella.

Una mujer que podría ser perfectamente la encarnación de la diosa Atenea, pero en versión moderna y con una melena cobriza que parece hecha de fuego, perfectamente ondulada, como si viviera en un anuncio de champú. La muy maldita es alta, altísima. A su lado parezco una actriz secundaria en un musical de Broadway que nunca ensayó lo suficiente. Lleva un vestido rojo que parece hecho de luz navideña y buen gusto, y su sonrisa perfecta se despliega como si el universo entero estuviera conspirando a su favor.

Se acerca a nosotros con la seguridad de quien nunca ha tenido que aguantar un día de humedad en su vida. No puedo evitar mirarla de arriba abajo. Su porte, su estatus... Su todo.

Ella sonríe ampliamente y saluda a Daniel con un tono tan dulce que me da una subida instantánea de glucosa.

—Daniel, querido. Siempre un placer verte.

Querido. Claro. Por supuesto. Seguro que esta mujer guarda un albornoz bordado con las iniciales de él en su armario.

Daniel, por su parte, le devuelve la sonrisa. Y, ojo al dato, no es una sonrisa cualquiera. Es una sonrisa que brilla como si quisiera decirle al mundo que él no solo tiene el imán, sino también las instrucciones de uso.

—Emily —indica, dirigiéndose a mí como si no tuviera ganas de que me hundiera en el suelo en ese mismo instante—, permíteme presentarte a Charlotte Parker.

Ah, claro. Charlotte Parker. Suena a nombre de villana en una novela romántica.

—Un placer conocerte —miento con una sonrisa que espero que no parezca demasiado forzada.

Pero, claro, a Charlotte parece no importarle mucho mi existencia porque, en cuanto intercambiamos los saludos de rigor, vuelve a centrar toda su atención en Daniel, como si yo fuera un florero decorativo. Aunque, a decir verdad, siendo realistas, ella es más bien el jarrón Ming en esta escena y yo... un candelabro barato.

Me pregunto y, no por primera vez esta noche, qué estoy haciendo aquí. ¿Y por qué me importa tanto si Daniel le sonrío un poco más de la cuenta a la perfecta pelirroja?

—No pensé que vendrías acompañado esta noche, Daniel —señala ella, ladeando la cabeza y cruzando los brazos con una elegancia tan estudiada que podría haberla aprendido en un curso avanzado de superioridad moral.

—Emily es la organizadora de la gala —alega él, con una sonrisa despreocupada—. Y, además, una buena amiga.

¿Buena amiga? Oh, claro. Claro que sí. Soy la amiga que besa sin aviso previo y a la que luego intenta contratar como si fuera un artículo de lujo en subasta. Por supuesto, tiene todo el sentido del mundo. Estoy tan emocionada de formar parte de este exclusivo club de *buenos amigos* que mi corazón podría explotar de pura emoción.

Charlotte sonrío, pero su sonrisa no me gusta nada. Es de esas que parecen cortadas con láser. Me lanza una mirada que me recorre de pies a cabeza como si estuviera evaluando si mi presencia aquí se debe a un error administrativo o a un golpe de suerte del que debo arrepentirme.

—Ya me parecía a mí que no era el tipo de mujer con el que esperaba encontrarte —comenta con tono casual, pero el filo en sus palabras podría cortar un diamante. A eso le llamo yo un arte.

Y entonces, lo remata dirigiéndose directamente a mí:

—Por cierto, ¿de dónde es tu vestido? ¿Es de...? —hace una pausa dramática—. ¿Vintage Treasures?

¿Vintage Treasures, esa tienda de saldos del centro que vende ropa de segunda mano con historia, aunque a veces la historia huele un poco a moho?

Sonríó con una calma que ni yo sé de dónde saco, y lanzo mi respuesta con toda la naturalidad del mundo.

—Oh, no, te equivocas. Es prestado, en realidad. —Espero un segundo, solo para asegurarme de que está atendiendo—. Es de Alexander McQueen. Pensaba que una mujer como tú, reconocería un vestido de alta costura como este.

El cambio en su expresión es tan sutil como satisfactorio. Sus labios se tensan ligeramente, como si acabara de chupar un limón.

Daniel, por su parte, apenas contiene la risa, y yo tengo que admitir que, por primera vez en toda la noche, creo que he ganado este asalto.

Charlotte, sin embargo, no está dispuesta a perder tan fácilmente.

—Qué maravilla. Me alegra ver que McQueen está... ¿explorando nuevos horizontes? —señala, con esa misma sonrisa afilada que no pierde ni un ápice de su fuerza.

—Totalmente. A veces los diseñadores necesitan una musa inesperada para reinventarse, ¿no crees?

Daniel me mira asombrado y algo que podría interpretarse como orgullo. No sé por qué, pero eso hace que el cóctel me sepa un poquito mejor.

Charlotte, no obstante, decide que ha perdido el interés en nuestra conversación y, con una disculpa *educada*, se desliza hacia otro grupo de personas.

—Impresionante —murmura Daniel, inclinándose un poco hacia mí.

—¿El qué? —examino, fingiendo inocencia.

—La manera en la que acabas de reducir a Charlotte Parker a un esbozo de lo que es.

—Oh, por favor. Solo soy una buena amiga, ¿recuerdas? —replico, bebiendo un sorbo de mi cóctel mientras trato de ignorar el latido acelerado en mi pecho.

—¿Te ha sentado mal que haya dicho eso?

Finjo una carcajada ligera y tomo un sorbo más de mi cóctel. Si no tengo algo en la mano, podría lanzarle un zapato. O un trozo de mi paciencia, que queda poca.

—¿A mí? ¿Molestarme? Para nada. —Doy un paso a un lado, dándole un ángulo mejor para que admire mi actuación digna de un Óscar—. Quiero decir, debemos ser realmente buenos amigos, ¿no? Buenos como para pedirme pasar la Navidad juntos, por ejemplo. —Sus cejas suben apenas un milímetro—. O no sé, tal vez podrías pedirselo también a Charlotte —añado,

con una sonrisa venenosa—. Quiero decir, parece que sois algo más que simples amigos, ¿no? Ella tiene ese aire de: *estoy a un par de copas de reclamarte como mi propiedad*.

—¿Estás celosa? —dispara, directo al centro de mi argumento, como si tuviera un detector para mis evasivas.

—¿Celosa? Por favor, Daniel. —Le lanzo una mirada como si acabara de decir que los renos de Papá Noel son reales—. Simplemente intento entender tu *política de amistad*. Porque si besarme y pedirme pasar las fiestas contigo entra dentro de lo que haces con tus amigos, tengo varias preguntas.

Él me sostiene la mirada, esa mirada intensa que parece perforar todas mis defensas.

—Emily... —empieza, y hay algo en su tono que me hace querer huir.

—No, en serio —lo interrumpo, alzando una mano con un gesto teatral—. Quiero saber cómo funciona. Porque si es así, necesito advertir a mis propios amigos antes de que empiecen a esperar invitaciones sexuales o, no sé, propuestas de matrimonio.

—Eres imposible, ¿sabes? —El muy descarado se ríe.

—Y tú, un capullo, pero ya te lo había dicho. Aunque, por favor, continúa. ¿Me vas a explicar la política o...?

—Emily, deja de hacer esto más complicado de lo que es. —Acorta el espacio entre nosotros y logra que mi respiración se vuelva un poquito menos eficiente—. Tú sabes por qué te lo pedí a ti y no a cualquiera.

—Sí, claro, porque somos... —Miro alrededor buscando inspiración, y cuando no la encuentro, improviso—. *Buenísimos amigos*.

—Exacto, y sigo queriendo compartir estas fiestas contigo si me perdonas por haber querido acaparar todo tu tiempo —apunta, pero su voz tiene un deje de sarcasmo que casi me hace reír.

—Eso es una incongruencia en sí misma y... ¿qué hay de tu familia?

Daniel toma un sorbo de su güisqui y suspira.

Oh, aquí viene el momento oscuro.

—Mis padres viven en Nueva York. Me crie allí, aunque ellos son ingleses.

—¿Nueva York? —repito—. Eso explica el traje. Muy *Gatsby*, menos la piscina y el drama de los años veinte.

Él suelta una pequeña risa antes de continuar.

—No somos exactamente una familia feliz al uso. Ellos viajaban mucho, por negocios, digamos que me he criado en internados. No estamos muy unidos, pero no significa que no los

quiera. Hace diez años decidí volver a Londres para abrir la empresa. Prescott & Co es... bueno, es mi legado, supongo.

El chico guapo, rico y exitoso que también tiene un trasfondo trágico, vaya, vaya...

—¿Y cómo has pasado las últimas diez Navidades? —finjo neutralidad, pero la curiosidad me traiciona.

Daniel duda antes de responder.

—Cinco de ellas con Charlotte y su familia.

Mi ceja se eleva automáticamente.

—¿Charlotte? —inquiero, como si no supiera hacia dónde se dirige esto.

—Mi ex.

Aquí está la bomba.

—Ah. Claro. —Tuerzo la boca en un gesto forzado de simpatía—. ¿Y las otras cinco?

—Solo. Cuatro si aceptas mi propuesta.

Bueno, esto explica un poco su extraña fijación conmigo últimamente.

—Entonces, ¿me estás diciendo que esa Charlotte era tu pareja? —pregunto, asegurándome de que no he malinterpretado nada.

—Sí. Y, además, la hija de uno de los mayores inversores de Prescott & Co.

Él se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa.

—¿Y qué pasó?

—Me dejó. Según ella, era más un novio de cartón piedra que un ser humano.

Aquí sí que no puedo evitarlo y suelto una carcajada.

—Bueno, a juzgar por lo que he visto de ella, parece más una serpiente que una chica de clase bien. Así que estáis empate.

Daniel me mira, sorprendido por mi comentario, pero una sonrisa se curva en sus labios.

—Eres única, Emily.

—Y tú sigues sin convencerme —respondo, alzando una ceja desafiante, aunque por dentro estoy más que satisfecha con mi respuesta.

—No quiero convencerte. Solo quiero que me des una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué? ¿Para que me arrepienta cuando me deje plantada un *amigo* de cartón piedra? —bromeo, pero mi tono se ablanda sin querer.

Daniel suspira, pero esta vez no parece frustrado, sino sincero.

—Emily, tú me has devuelto las ganas de experimentar lo que es vivir una Navidad de verdad. Con una familia de verdad.

—Pues no sé si te has dado cuenta, pero no me estás dando ni un poquito de pena. —Intento mantener mi semblante estoico.

—¿De verdad? Porque creo que estás a punto de ceder.

Ruedo los ojos, pero no puedo evitar sonreír.

—No te lo creas tanto, Prescott. Los cócteles están haciendo estragos en mi cerebro. En este momento estoy peligrosamente cerca de aceptar llevarte a Guildford solo para que no sigas poniendo esa cara de cachorro abandonado.

Él sonríe, triunfal, y levanta su vaso como si estuviera celebrando una victoria.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un: *me lo voy a pensar, pero no te emociones*.

—¿Qué debería meter en la maleta? —insiste.

—Ya veremos, Daniel. Ya veremos. —Y por dentro, sé que mañana, en Guildford, probablemente estaré arrepintiéndome de haber tomado tantos cócteles.

Daniel Prescott

Estoy sentado en un tren, rodeado de desconocidos que, probablemente, no me reconocerían ni aunque les enseñara una portada de Forbes con mi cara. Es una experiencia nueva para mí, y no puedo decir que esté particularmente cómodo. El asiento es estrecho, el olor a café barato y bollos recalentados impregna el aire, y un niño que lleva un jersey de renos que parpadean no ha dejado de mirarme fijamente durante diez minutos.

Todo esto, claro, cortesía de Emily Carter.

—No vamos a ir en uno de tus coches ridículamente caros, Daniel —me dijo ayer, con ese tono que utiliza cuando parece que estoy sugiriendo un delito capital—. Si vas a venir conmigo, lo harás como una persona normal. Nada de ostentar, nada de lujo.

La firmeza en su voz me dejó claro que no había discusión posible. Me imagino que esta es su manera de *educarme* en lo que ella llama el verdadero espíritu navideño. Un espíritu que, por lo que estoy viendo, incluye jerséis de Navidad feos, trenes abarrotados y un entusiasmo colectivo que francamente me intimida.

Mientras el tren avanza por el paisaje cada vez más rural, no puedo evitar echar un vistazo a Emily, que está sentada frente a mí. Lleva un abrigo rojo y un gorro de lana que le enmarca la cara de forma adorable, aunque probablemente se ofendería si lo dijera en voz alta. Está absorta mirando por la ventana, quizá imaginándose cómo voy a encajar —o, mejor dicho, cómo no voy a encajar— en su pequeña burbuja navideña de pueblo.

—¿Estás preparado para el pueblo más auténtico y lleno de espíritu navideño que hayas visto en tu vida? —suelta de repente, sin apartar la vista del paisaje.

—Depende. ¿En qué momento me entregan el uniforme obligatorio de jersey feo? —bromeo, pero Emily solo arquea una ceja, lo que me hace pensar que no está descartando la idea de obligarme a llevar uno.

—Míralo por el lado positivo, Prescott. —Cruza los brazos y me observa con esa diversión en los ojos que me vuelve loco—. Al menos no te he pedido que traigas un plato para la cena comunitaria.

—¿Comunitaria? —repito, sin poder evitar el tono de alarma en mi voz.

—Oh, sí —manifiesta, sonriendo como si acabara de darme la mejor noticia del mundo—. Bienvenido a la Navidad de verdad. Aquí no hay caviar ni champán vintage, solo ponche casero y pasteles que probablemente hizo la señora Wilkins con mantequilla que venció en noviembre.

La forma cómo lo cuenta, con tanto entusiasmo y una pizca de malicia, me hace reír. Hay algo en Emily que es contagioso, como si toda esta locura tuviera sentido solo porque ella lo dice.

Mientras el tren se detiene en una pequeña estación rodeada de árboles cubiertos de luces navideñas, empiezo a notar un poco el pánico. ¿Qué me espera en este rincón remoto del mundo?

Está solo a una hora de Londres, capullo.

—Vamos, Prescott —indica Emily, poniéndose de pie y lanzándome una mirada burlona—. Hora de dejar de ser un hombre de ciudad.

Me levanto, agarro mi abrigo y mi mochila, y la sigo porque estoy seguro de que esto vale la pena si puedo volver a besarla debajo de una ramita de muérdago.

Malas Pulgas en Gilford

Aún no me lo creo. De todas las personas que podrían estar caminando conmigo por las embarradas calles de Guildford en plena Navidad, aquí está Daniel Prescott. El hombre al que apodé *Malas Pulgas* la primera semana de trabajar juntos, el mismo que tiene a banqueros, hombres de negocios y, probablemente, a media aristocracia londinense a sus pies, está aquí. En mi pueblo.

El mismo que trató de comprar mi tiempo con una propuesta que casi me hace atragantarme de risa y rabia a la vez, y luego me besó a traición en su despacho como si fuera un romance de película de los años cuarenta, ahora camina a mi lado con un abrigo que probablemente cueste más que todo el presupuesto anual del ayuntamiento de Guildford, pero que de alguna forma lo hace encajar igual que si fuera un lugareño más.

Bueno, no. *Encajar* no es la palabra. Daniel Prescott destaca aquí como una modelo de alta costura en un concurso de tartas caseras. Por donde pasamos, las cabezas se giran, y no solo porque las luces navideñas hacen que su mandíbula parezca tallada por los mismísimos ángeles. Es que está fuera de lugar, pero al mismo tiempo, tiene esa presencia que no puedes ignorar.

No sé qué me sorprende más: el hecho de que quisiera venir conmigo, o que yo lo haya dejado hacerlo. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué clase de locura me ha llevado a meter a Daniel Prescott en el microcosmos de mi familia?

—Esto es... bucólico—comenta, observando las luces navideñas que cuelgan entre las calles estrechas y las vitrinas de las tiendas que parecen sacadas de una postal.

—Traducción: pequeño, anticuado y con un ligero olor a pan quemado —respondo, sabiendo perfectamente lo que *bucólico* significa en su lenguaje.

—No pongas palabras en mi boca, Carter. —Me lanza una sonrisa que, para mi desgracia, es un jodido problema. Daniel Prescott, además de ser un hombre irritantemente encantador y ridículamente atractivo, me tiene loquita. Lo admito. A estas alturas, no puedo negarlo, aunque preferiría que me tragase la tierra antes de decírselo a él.

Mientras caminamos hacia la casa de mis padres, no puedo evitar repasar todo lo que me ha

llevado a este momento surrealista. Desde la primera vez que lo vi, con su cara de: *tengo mil cosas más importantes que hacer que hablar contigo*, hasta el día en que me pidió que pasara la Navidad con él. Aún no sé qué me impulsó a decirle que sí...

—¿Qué pasa? —consulta de repente, deteniéndose y mirándome con curiosidad.

—Nada. Solo... aún no puedo creer que estés aquí —admito, porque, aunque suene cursi, es la verdad.

—¿Es tan raro?

—Sí, lo es. Eres como un tiburón en un acuario de peces payaso.

—Bueno, Carter, no subestimes a los peces payaso. Algunos de ellos son bastante ingeniosos.

—Sí, claro. Pero este tiburón tiene que comportarse, ¿vale? —le advierto mientras seguimos caminando.

—¿Piensas que voy a criticar la comida de tu madre o qué?

—A veces eres demasiado expresivo, y se puede deducir por tu cara todo lo que piensas.

—Lo dudo —suelta a la defensiva.

—Ahora estás ofendido porque he puesto en tela de juicio tus buenos modales.

—No, pero me sorprende que pienses que podría decir algo impropio. Cuando ni siquiera sé qué le vas a decir a tu familia de mí.

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de que tendrás que presentarme como un novio, un amigo, o un hombre desesperado por tomar chocolate caliente preparado por lo más parecido a una madre —remata Daniel con sarcasmo, acompañándolo de una sonrisa ladeada que me da ganas de tirarle mi bolso a la cara.

—Primero, Prescott, no eres mi novio. Segundo, mi familia no necesita saber que eres un hombre desesperado. Tercero, el chocolate caliente de mi madre es lo único que podrías considerar digno de un hotel cinco estrellas aquí, así que mejor guárdate tus comentarios.

—¿Ni siquiera *amigo*? —interroga, fingiendo un aire herido mientras se lleva una mano al corazón.

—Te recuerdo que dijiste que éramos *buenos amigos*. No tengo idea de qué significa eso en tu idioma, pero en el mío es algo más complicado cuando hay un beso de por medio.

Él se ríe entre dientes, esa risa baja que hace que mis rodillas quieran traicionarme.

—Entonces, Carter, ¿cómo planeas explicar mi presencia? —pregunta con fingida inocencia.

—Diré la verdad: que soy tan buena persona que he decidido recoger a un millonario extraviado para mostrarle cómo es la Navidad de verdad.

—¿Y si alguien pregunta si estamos juntos?

—Les diré que no estoy tan desesperada como tú.

Él se detiene un momento, frunciendo ligeramente el ceño, pero luego vuelve a sonreír, y sé que esa respuesta no le ha molestado en absoluto. Si algo tiene Daniel Prescott es una seguridad tan firme, que no hay sátira que lo derribe.

—Tú misma, Carter. Pero ten cuidado, porque en algún momento puede que me gane a tu familia y ellos deseen que sí estemos juntos.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué? —Levanta una ceja.

—Porque no eres mi tipo.

—No lo pareció cuando me besaste de vuelta en la gala.

Me detengo en seco, dándome la vuelta para enfrentarlo, porque esa sonrisa engreída que lleva puesta necesita ser neutralizada antes de que mi cabeza explote. Y seguramente tú también querrás una explicación al respecto.

Aunque, para ser justa, tampoco me vendría mal entenderlo yo misma, porque esa escena... esa escena fue un desastre.

Era el final de la gala, y por algún milagro de la vida, todo había salido perfecto. Los invitados estaban encantados, los donativos habían sido generosos, y hasta recibí un par de cumplidos.

Daniel se ofreció a llevarme a casa. No en un taxi, como había insistido yo, claro está. Pero él, siendo Daniel Prescott, decidió que no iba a rebajarse a mi plan de persona normal. En lugar de eso, con una sonrisa tan triunfal que daban ganas de darle un codazo, me abrió la puerta de la limusina en la que había llegado a la gala, como si fuera lo más lógico del mundo.

—¿De verdad crees que voy a dejarte irte sola en un taxi? —dijo con su tono de magnate profesional que siempre me pone de los nervios.

Me quedé mirando la limusina, luego a él y después a la fila de coches que esperaban frente al valet parking.

—¿Es en serio? —pregunté, alzando una ceja.

—Entra, Carter.

Y, como no soy de las que arma un espectáculo en público, suspiré y me metí en la limusina con la dignidad de alguien que está haciendo un favor, no aceptando un lujo innecesario. Claro que mi dignidad se tambaleó un poco cuando me hundí más de lo esperado en los asientos de cuero que probablemente costaban más que mi alquiler anual.

Lo que él llama subirse al nivel de los mortales.

Durante el trayecto, no hablamos mucho, pero el espacio del vehículo era tan enorme que me sentía un poco ridícula, como si estuviera en la antesala de una entrevista de trabajo. Él, por supuesto, estaba cómodo, bebiendo agua de una botella de cristal y mirándome de reojo con una ligera sonrisa, como si supiera algo que yo no sabía.

El problema empezó cuando llegamos a la puerta de mi edificio.

—Gracias por traerme —solté, con la intención de bajarme y huir antes de cometer alguna estupidez.

—Ha sido un placer.

Y entonces vi: esa sonrisa y esa mirada que parecía desentrañar todos mis secretos. Culpo a los malditos cócteles, porque ahí fue cuando mi cerebro se desconectó y dejé que mis impulsos tomaran el control.

—Buenas noches, Daniel —murmuré, pero en lugar de irme como una persona sensata, me giré y le planté un beso que ni siquiera me molesté en racionalizar.

Un beso torpe, porque llevaba un clutch en una mano y un bolso con el dossier de la gala colgando de la otra, pero intenso, porque, ¿cómo no iba a serlo? Y un beso que, para mi desgracia, él respondió con una habilidad que solo podía venir de un hombre que estaba acostumbrado a salirse con la suya.

—Emily... —murmuró contra mis labios, pero en ese momento ya no había marcha atrás.

Duró... bueno, ni siquiera sé cuánto. Lo suficiente para que el conductor de la limusina comenzara a toser incómodo desde el asiento delantero.

Finalmente, me separé de él, con el corazón desbocado y la sangre llena de cócteles (porque no pienso asumir que fue culpa mía).

—Hasta mañana, Prescott —solté de forma abrupta, antes de correr al interior del edificio sin siquiera mirar atrás.

—Eso fue un momento de debilidad —me defiendo.

—¿Y cuántos momentos de debilidad más puedo esperar esta Navidad?

Lo fulmino con la mirada, pero él sigue imperturbable. Imponente, carismático y absolutamente exasperante.

—Cero, Prescott. No vas a sacarme de mis casillas.

—Eso está por ver.

Nos miramos durante unos segundos, como si esto fuera algún tipo de duelo silencioso, hasta que un par de niños pasan corriendo entre nosotros con sus gorros de rayas y bufandas de rayas, recordándome que estamos en el medio de una calle y no en una sala de interrogatorios.

—Vamos. —Retomo el paso hacia la casa de mis padres.

—¿Segura que no prefieres ir tú delante? Pareces ansiosa por controlar esta situación.

—Mejor detrás, por si decides huir.

—¿De qué? ¿De un chocolate caliente y la posibilidad de pasar las fiestas con tu encantadora familia?

—Prescott...

—Sí, Carter.

—Cállate.

Él vuelve a reír, y me pregunto por qué demonios traje a este hombre aquí.

Ya sabes por qué, boba.

Por mucho que me saque de quicio, hay algo en él que hace que todo parezca... diferente.

Y me asusta admitir cuánto me gusta.

Un tiburón en el portal

La casa de mis padres aparece frente a nosotros, con todas sus luces navideñas titilando en perfecta sincronía, como si hubieran contratado a un ingeniero de la NASA para decorarla. Hay un reno luminoso en el jardín delantero y, en el porche, una corona de pino tan elaborada que parece sacada de una película de Hallmark. Incluso puedo ver desde aquí las cortinas bordadas de mi madre, perfectamente corridas para mostrar el árbol de Navidad lleno de adornos, cada uno cuidadosamente seleccionado desde 1995.

Y ahí estoy yo, de pie en el camino de entrada, con Daniel Prescott a mi lado, sintiendo un revoltijo de emociones que ni el mejor psicólogo podría desentrañar. Nostalgia, nervios, alegría... y un toque de espanto por lo que está a punto de pasar.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Lo miro, todavía impactada por la imagen de la casa de mi infancia, y me doy cuenta de que no estoy respirando bien. Me obligo a asentir y sonrío débilmente.

—Sí, es solo que... hace tres años que no paso las Navidades con mi familia —contesto, sintiendo que la confesión se me atasca en la garganta—. Por culpa de...

Pero no termino la frase, porque en ese preciso instante la puerta principal se abre y aparecen mis padres en todo su esplendor hogareño. Mi madre lleva un delantal con copos de nieve bordados y un rodillo en la mano, mientras que mi padre, con su típico jersey de cuadros, tiene una expresión mitad alegría, mitad confusión al ver a Daniel detrás de mí.

—¡Emily! —exclama mi madre, con los ojos iluminados.

—¡Cariño! —Mi padre bajando los escalones para abrazarme.

Y ahí es cuando ocurre. Mientras estoy en pleno abrazo familiar, con mis padres lanzando miradas furtivas a Daniel como si fuera un espécimen en peligro de extinción, la voz que más temía escuchar rompe el momento.

—¡Sorpresa, mi amor!

Me doy la vuelta y ahí está.

Marlon.

Eternamente mío, de pie en el porche, con un jersey de Navidad verde chillón que tiene un reno bordado con una nariz roja que titila. Su sonrisa es tan grande que parece que está a punto de partirse la cara.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —logro decir con la voz aguda.

—¿Quién es él? —pregunta Marlon, con un gesto hacia Daniel, que ahora está de pie en completo silencio, pero con una ceja ligeramente arqueada y una expresión que podría catalogarse como *moderadamente molesto*.

—¿Quién es él? —interrumpe mi madre, claramente confundida, mirando de Daniel a Marlon como si estuviera viendo un episodio especialmente complicado de su novela favorita.

Y entonces, la sensación de pánico que tenía hace un momento se convierte en algo completamente distinto: en catástrofe absoluta, vergüenza y una extraña risa nerviosa que tengo que contener porque, si no, pareceré una loca.

—Papá, mamá, este es Daniel Prescott... es un amigo... al que... bueno, al que dejaron colgado en Navidad, y pensé que no había mejor lugar que traerlo aquí —intento sonar relajada mientras mi estómago hace piruetas olímpicas.

—¡Oh, cielo! No tienes que decir más. Daniel, eres más que bienvenido —manifiesta mi madre con tanto cariño que podría derretir el Ártico.

—Sí, claro. Cualquiera que sea amigo de Emily es amigo nuestro —añade mi padre, dándole una palmada amistosa en el hombro a Daniel.

—Muchas gracias, señor y señora Carter. Es un placer estar aquí —señala *Malas pulgas* con esa sonrisa que parece haber sido diseñada para encantar a todo el mundo.

—¡Nada de señor y señora! Llámanos Margaret y Henry, por favor —corrige mi madre, prácticamente tirando de él hacia la puerta.

—Vamos, Daniel, que Margaret ha preparado su famoso pastel de carne, entremos dentro que te vas a congelar —responde mi padre, ya encaminándose hacia la casa con Prescott a su lado.

—Eh, espera un momento. ¿Y yo qué? —inquieta Marlon, algo indignado.

—Bueno, Marlon... será mejor que tú y Emily os quedéis aquí un momento y... arregléis vuestras cosas —habla mi madre, lanzándome una mirada que pretende ser comprensiva pero que solo añade leña al fuego en mi interior.

—¿Arreglar nuestras cosas? —repito con los ojos como platos, sin saber si reír o gritar.

Por supuesto, mi madre ya ha arrastrado a Daniel y a mi padre hacia el calor de la casa, dejándome en el porche con Marlon, su jersey navideño parpadeante y un cúmulo de sensaciones poco agradables.

—¿Qué demonios haces aquí, Marlon? ¿Cómo has conseguido la dirección de mis padres? —empiezo.

—Los busqué en la guía telefónica. ¿Qué otra opción tenía? No respondías mis llamadas, ni siquiera me diste las gracias por las flores. Pensé que darte esta sorpresa ablandaría tu corazón. ¿No es lo que querías? Que pasáramos la Navidad en Guildford.

Lo que quería era venir sin ti, Marlon. Un Guildford nevado y chocolate caliente, no uno con tus delirios románticos.

—Eso era antes de que te liaras con la enana pelirroja, Marlon.

—¡Eso fue un grave error! ¿De verdad crees que quería algo con esa mujer? Por el amor de Dios, Emily, ¡tenía un tatuaje de Pikachu en el omóplato y usaba Crocs con luces! —menciona a la defensiva.

Claro, porque lo que una mujer quiere escuchar de su ex es cómo se arrepiente de haberse follado a alguien... con un gusto pésimo para los tatuajes y los zapatos.

—Me importa una mierda tus desavenencias con la orca, pero quiero que te largues de mi casa inmediatamente.

Marlon, claramente herido, frunce el ceño.

—¿Es por ese tipo que has traído? El tal Daniel, o como se llame.

—No, es porque hace un año que tú y yo no estamos juntos, Marlon, y esto ya roza el acoso.

—¿Acoso? Por favor. Tus padres están encantados de tenerme aquí. Margaret incluso me dijo que le caigo mejor que ese ex tuyo, el que tenía la moto.

—Porque ellos no saben nada de lo que me hiciste.

—¡Exactamente! Y que no se lo dijeras tiene que significar algo, ¿no? Lo vi claro en cuanto hablé con ellos. Voy a luchar por ti, Emily. Porque sé que todavía sientes algo por mí.

—Lo único que siento, es la inminente necesidad de tirarte a los renos del jardín.

Marlon sonrío como si no hubiera escuchado nada de lo que le acabo de decir.

—Te he echado tanto de menos, cariño.

Marlon me mira con esa cara de suficiencia que siempre he odiado. Bueno, no siempre, porque hubo un tiempo en el que me parecía encantadora.

¿En qué estabas pensando?

Ahora, sin embargo, lo único que quiero es plantarle un cartel de: *Se busca: molesto y con tendencias tóxicas*, en la frente.

—Tienes veinticuatro horas para largarte de aquí. —Cruzo los brazos, calmando la furia que me hierve por dentro. Él, por supuesto, se encoge de hombros como si nada.

—Los únicos que pueden echarme son Margaret y Henry —responde con esa sonrisa de niño que está acostumbrado a salirse con la suya—. Y, hasta donde yo sé, ellos están encantados de tenerme aquí. Así que, técnicamente, me han invitado.

Respiro hondo.

Cuenta hasta diez, Emily. Cuenta hasta diez o los renos de plástico van a tener que declarar como testigos en un juicio por homicidio.

—¿Ah, también vas a robarme a mis padres, Marlon? —replico, afilando las palabras como cuchillos—. ¿Eso es lo siguiente? ¿No te fue suficiente con humillarme dejándome por esa fan de los Pokémon?

Él rueda los ojos y suelta un suspiro exagerado, como si yo fuera la que está siendo irracional.

—Oh, por favor, Emily, no exageres. Humillarte hubiera sido dejarte por alguien con un tatuaje de *Hello Kitty* y un Fiat Panda. Y, aunque la pelirroja era... bueno, llamémosla *peculiar*, al menos tenía coche.

Parpadeo. *¿De verdad acaba de decir eso?*

—Qué maduro de tu parte, Marlon. Ve a explicárselo a los árboles del parque. A lo mejor les importa más que a mí —replico, con una risa seca que apenas puedo contener

Marlon se endereza, fingiendo estar herido en su orgullo.

—Voy a volver a conquistarte, lo quieras o no y, si me disculpas, voy a disfrutar de la hospitalidad de tus padres. Margaret hace un pastel de carne de muerte.

Y, con eso, da media vuelta y se dirige hacia la casa con su jersey de Navidad guiñando descontrolado. Se lleva consigo un nivel de descaro, que probablemente merezca su propio programa de telerrealidad.

—¡Espero que mi madre te sirva una ración extra de remordimientos, imbécil! —le grito, aunque él ya ha desaparecido dentro de la casa.

Me quedo en el porche, intentando calmarme.

Veinticuatro horas, me digo. Eso es lo que le he dado. Pero, honestamente, si no entiende lo

que significa un ultimátum, podría tropezarme accidentalmente y tirarle encima una taza de té hirviendo.

Dejo escapar un suspiro mientras me cruzo de brazos y miro hacia la puerta.

¿Por qué mi vida tiene que ser así? ¿Por qué los ex tóxicos no desaparecen como como las huellas en la arena tras la marea? Sería tan fácil si existiera un servicio de recogida de exnovios no deseados. Llamas, llegan en un camión blanco, te hacen firmar unos papeles y listo: ¿A dónde lo llevamos, señorita? No sé, dejen que Pikachu decida.

Sacudo la cabeza, alejando los pensamientos absurdos, y me obligo a entrar en la casa.

Esto no ha terminado.

Porque claro, además de lidiar con mis padres y Marlon, ahora también tengo que enfrentar a Daniel, quien seguramente está flipando con todo esto.

Daniel Prescott

Estoy en la cocina de los Carter, sosteniendo una taza de té que ya está más fría que mi entusiasmo por esta conversación, mientras Margaret me somete a un verdadero maratón de historias familiares. El ambiente es el epítome de la desorganización hogareña: una mesa cubierta con un mantel navideño tan chillón que podría iluminar la calle, un horno desprendiendo un aroma que promete más calorías de las que debería consumir, y Margaret, que parece tener la habilidad de hablar sin coger aire. La escena es tan entrañable como abrumadora.

—Así que, claro, cuando Marlon llamó, nos sorprendió mucho —continúa Margaret, mientras corta unas zanahorias con energía—. Nunca habíamos llegado a conocerlo cuando estuvo con Emily.

—Oh —suelto, lo más neutral que puedo.

¿Cómo que no lo conocían? ¿Qué clase de relación tenía Emily con este tipo, en la que ni siquiera pasó la prueba de los padres?

—Pero cuando nos dijo que quería darle una sorpresa a Emily por Navidad... —sigue, con una sonrisa que me recuerda a una señora que te intenta vender un set de tazas por su valor sentimental—, bueno, nos pareció de lo más romántico.

Romántico. Claro. El tipo aparece de la nada, se autoinvita a casa de sus exsuegros, y eso se considera romántico.

—¿De verdad? —me escucho preguntar, aunque mi tono intenta no sonar incrédulo.

—¡Oh, sí! —Margaret se vuelve hacia mí, sosteniendo un cuchillo como si fuera una espada de luz de la verdad—. Es evidente que Marlon sigue locamente enamorado de mi Emily. ¿No es bonito? Después de todo lo que han pasado este año...

Parpadeo.

—¿Todo lo que han pasado?

Margaret suspira con dramatismo, como si fuera una actriz secundaria en una telenovela.

—Ha sido un año muy duro para los dos. Se han echado tanto de menos...Cuando él llamó y nos contó lo mucho que quería reconciliarse con Emily, Henry y yo pensamos: *Esto es lo que nuestra hija necesita*.

—Un gesto romántico, claro —redundo, porque lo único que puedo hacer es asentir y beber mi té. De repente me pregunto si Emily también sabe que su madre está orquestando su reconciliación con este hombre.

—Así que, Daniel —recita Margaret, inclinándose hacia mí como si fuera a contarme un secreto—, ¿cómo os conocisteis tú y Emily? Porque no sé si me lo imagino, pero tú y Marlon parecéis muy diferentes.

Antes de que pueda siquiera intentar responder (y con suerte no echarme el té encima en el proceso), Marlon entra en la cocina como si fuera el dueño de la casa, su jersey navideño parpadeando con la fuerza de un cartel de neón.

—¿Qué me he perdido? —pregunta con una sonrisa tan grande como innecesaria.

Margaret, por supuesto, se ilumina como una bengala.

—Oh, le estaba contando a Daniel lo mucho que quieres a nuestra Emily —reconoce, su tono tan maternal que casi me da ternura.

Marlon me lanza una mirada cargada de autosuficiencia, como si acabara de ganar una competencia imaginaria en la que yo no sabía que estaba participando.

—Eso es cierto —declara, con el mismo tono que usaría un caballero medieval para reclamar un reino perdido—. Lo hago, Margaret. Amo a Emily más que nunca.

Genial.

La cena más incómoda del siglo

Estoy sentada a la mesa con mi familia, Daniel y el insoportable de Marlon. Lo que debería ser una cena navideña acogedora, es más un episodio tenso de un *reality show* de madres adolescentes. Marlon no deja de lanzarle miradas de desaprobación a Daniel, que por su parte ha optado por el silencio absoluto desde que mi madre, en un despliegue de hospitalidad, lo instaló en la habitación de invitados. No sé qué me irrita más: las miradas de Marlon o que Daniel no me haya dirigido ni una sola palabra. Lo miro de reojo, con su postura perfecta y la mandíbula tensa, como si estuviera practicando para una audición de *El Hombre Misterioso 2*.

Margaret Carter, que no puede soportar ni un segundo de silencio, lo rompe de la peor manera posible.

—Emily, cariño, no te lo había comentado, pero como ya sabes, Marlon está instalado en tu habitación. Y, bueno, me pareció lógico que durmierais juntos.

Mis cubiertos caen con estrépito contra el plato. Trago el bocado de puré como si fuera papel de lija y casi me ahogo.

—¿¡Perdón!? —mi voz sale agudísima.

—Oh, cielo, no pongas esa cara. No tiene sentido armar un escándalo. Después de todo, sois adultos.

—No pienso compartir cama con él —canto, apuntando a Marlon con el tenedor como si fuera una espada.

Marlon, en su línea habitual, sonríe como si la cosa no fuera con él.

—Henry, díselo tú. Es lo más normal del mundo —comenta mi madre, buscando apoyo en mi padre.

Henry Carter, que hasta ahora había estado ocupado rebañando la salsa del plato, carraspea incómodo.

—Bueno, hija... nosotros sabemos que tú y Marlon, ejem, ejem... ya habéis hecho... cosas de adultos.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Qué?! ¿Cómo que cosas de adultos?! ¡Por el amor de Dios, papá!

—No tienes que negarlo, Emily. Somos modernos —responde mamá, como si estuviera a punto de darme un sermón sobre educación sexual.

Miro a Daniel, esperando que su habitual cara de póker me tranquilice, pero lo único que veo es cómo aprieta la mandíbula aún más. Fantástico. Él también está incómodo.

—Esto es ridículo —expongo, dejando el tenedor sobre la mesa. Mi tono es firme, porque si no me impongo, terminaré encerrada en un cuarto con Marlon mientras mi madre nos deja una bandeja de condones de sabor galleta de jengibre para *romper el hielo*—. Dormiré con Daniel —anuncio de repente, tan segura como si acabara de ganar un debate presidencial.

El silencio que sigue es casi ensordecedor.

—¿Qué? —Mi madre, parpadeando como si le hubieran hablado en otro idioma.

—¿Cómo vas a hacer eso, cariño? —interviene papá—. Marlon está aquí. No querrás herir sus sentimientos.

—¡Daniel es gay! —suelto de golpe.

El tenedor de Daniel se queda a medio camino hacia su boca, y por primera vez en toda la noche, me mira directamente.

—¿Que soy qué? —interroga, en un tono seco y peligroso.

Lo ignoro, porque he decidido que esta mentira es mi única salida.

—En esta casa no tienes que disimular, Daniel. Mis padres son muy abiertos y no van a juzgarte por tus gustos sexuales.

—No entiendo por qué alguien tendría que disimular —interviene mi madre, siempre la defensora de lo políticamente correcto—. Daniel, aquí no te juzgamos.

Prescott deja el tenedor y se frota la sien, claramente preguntándose qué narices estoy haciendo.

—Emily... —empieza, en un tono que promete represalias—. ¿Podemos hablar un momento?

—¡No hace falta! —interrumpo, fingiendo una sonrisa brillante—. Estoy segura de que Daniel y yo estaremos perfectamente cómodos compartiendo habitación. ¿A que sí? —Le dedico una mirada de socorro a Prescott, pero no parece por la labor de ayudarme.

—Claro que sí. Porque seguro que compartir cama con tu *amigo gay* no es nada raro —añade mi ex y resopla.

—Oh, Marlon, ¿todavía estás aquí? —le suelto con una dulzura falsa—. Pensé que habías ido a buscar un hotel.

Daniel, mientras tanto, se levanta, dejando su servilleta sobre la mesa con una precisión que parece calculada.

—Disculpadme un momento —reza, lanzándome una mirada significativa antes de salir de la cocina. Le sigo con los ojos, sabiendo que no me lo va a perdonar fácilmente. Mi madre, por su parte, parece encantada.

—¡Qué chico tan educado! —apunta, sirviéndose más puré.

—Educado. Claro —bufa Marlon.

—Disculpadme a mí también —murmuro, apartando mi silla para salir tras Daniel. Mi madre me mira como si fuera a contarle el mayor secreto del mundo a un extraño, pero no me importa. Lo que sí me importa es la tensión en la mandíbula de Daniel cuando desaparece por las escaleras hacia la habitación de invitados.

Lo sigo apresuradamente, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas escucho mis propios pasos en las escaleras. Cuando abro la puerta, ahí está, metiendo sus pocas cosas en su mochila con movimientos rápidos y decididos.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunto, plantándome en el umbral de la puerta.

Ni siquiera me mira.

—Lo obvio. Irme. Esto ha sido una pésima idea.

—¿Irte? —repito, sintiendo que mi voz sube una octava. Cruzo los brazos, intentando parecer más firme de lo que estoy—. El que debería irse es Marlon, no tú. Yo no sé ni qué demonios está haciendo aquí.

—Está clarísimo lo que está haciendo aquí, Emily —responde Daniel, dejando la mochila sobre la cama con un golpe seco. Finalmente me mira—. Pero se lo voy a poner fácil: no pienso competir con nadie.

Lo que ha dicho me golpea como una bofetada.

—¿Competir? ¿Por mí? —alego, con las cejas alzadas. Mi tono es más sarcástico de lo que debería, porque me ofende que siquiera lo insinúe—. Yo no soy cualquiera, Daniel.

Su expresión cambia ligeramente, como si hubiera dicho algo que no quería del todo, pero se mantiene firme.

—Eso ya lo sé. Sé de sobra que no eres cualquiera, Emily. Eres especial. Mucho más de lo que tú misma crees. Pero esto no es lo que imaginaba cuando acepté pasar las navidades contigo.

Soy especial para Daniel Prescott.

La forma cómo lo dice me desarma, y me viene la culpa.

—Lo siento, ¿vale? No tenía ni idea de que Marlon iba a estar aquí. Ha estado llamándome y mandándome flores al trabajo estas últimas semanas, pero no le he respondido. No quiero nada con él.

Daniel suspira, apoyándose contra la cama.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No estaría preguntando si no quisiera saberlo —responde con un deje de impaciencia, aunque su mirada sigue fija en la mía.

—Lo pillé liándose con una mujer enana, pelirroja que parece sacada de Mordor, la orca la llamo. Te lo juro, Daniel, ni siquiera sé cómo lo hizo. El caso es que nunca se lo conté a mis padres. Ellos piensan que lo dejamos porque, bueno, ya sabes, por desgaste de la relación y esas cosas.

Él se queda en silencio asimilando la información.

—Entonces, ¿por qué consientes que tus padres acojan y traten como a un rey a un tipo tan asqueroso?

—Porque es Navidad. Hace años que no paso las fiestas con ellos, y lo último que quiero es arruinar esta oportunidad con discusiones o disgustos.

Daniel niega con la cabeza, frustrado, pero decide no hablar más.

—Por favor. —Doy un paso hacia él.—. No te vayas. No me dejes aquí sola con él.

Él suspira de nuevo, esta vez con más peso, librando una batalla interna.

—Está bien —termina diciendo y mirándome con algo de resignación—. Pero te lo advierto, Emily: si ese tipo se pasa un pelo, le parto la cara.

La risa se me escapa antes de poder detenerla.

—Eres un encanto, Prescott.

—Sí, claro, un encanto que debería estar disfrutando de una copa frente a una chimenea tranquila, no esquivando flechas en este triángulo absurdo —masculla, cerrando su mochila.

A pesar de enfado, noto un pequeño brillo en sus ojos que me hace pensar que, tal vez, él no esté tan arrepentido de estar aquí como dice. Y mientras me apoyo contra el marco de la puerta, no puedo evitar sentir que, con Daniel a mi lado, quizá esta Navidad tenga alguna posibilidad de no ser un completo desastre.

Villancicos, mentiras y autocontrol

Estoy aún de pie en la habitación, mirando a Daniel mientras suelta ese suspiro tan suyo, como si estuviera rindiéndose ante algo inevitable. Lo que sea, en este caso, parece ser *mi encanto natural*, y no puedo evitar una pequeña sonrisa de satisfacción. Estoy por hacer un comentario, pero desde abajo, la voz de mi madre retumba en la casa como una alarma matutina.

—¡Emily, Daniel! ¡Daos prisa o llegaremos tarde al recital de villancicos en la iglesia!

Daniel se gira lentamente hacia mí, con incredulidad.

—¿En serio tenemos que ir? —cuestiona, casi con un ruego en los ojos.

—¿Te parece que mi madre es una mujer a la que se le pueda decir que no? —replico, alzando una ceja.

Él sacude la cabeza, con una sonrisa resignada.

—Debes tener el mismo efecto en mí, porque aquí sigo.

Me cruzo de brazos, divertida.

—Voy a empezar a creerme eso de que te gusto mucho, Prescott.

—¿Empezar? —Devolviéndome la mirada con un leve destello—. Si lo dudas, déjame recordarte que intenté pagar tus servicios a tiempo completo, y tu jefe aceptó la oferta sin pestañear.

—¿Te sientes orgulloso de eso? —inquiero, fingiendo estar horrorizada.

—Para nada —admite, encogiéndose de hombros—. Pero ya conoces mis pocas habilidades sociales.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza.

—Bueno, ya te perdoné ese momento de enajenación mental transitoria, así que haz el favor

de ponerte el abrigo o mi madre subirá aquí y te lo pondrá ella misma... y, de paso, te arreglará el pelo con saliva.

Daniel pone una expresión de terror fingido, pero obedece y yo hago lo mismo.

El ambiente es, por decirlo de alguna forma, de postal navideña. La plaza está decorada con miles de luces parpadeantes que iluminan los árboles desnudos, y hay un enorme abeto en el centro, adornado con bolas rojas y doradas. La nieve cae suavemente, y el sonido de un coro ensayando villancicos resuena en el aire, mezclándose con el tintineo de las campanas de la iglesia.

Por un momento, me dejo llevar por la magia del lugar. Esta escena tiene su encanto. Claro, hasta que la voz de Marlon, parloteando sin parar con mi padre, arruina mi efímero momento de paz.

—Entonces, Henry —escucho a Marlon, usando el tono confiado de alguien que cree estar ganándose a su *suegro*—, siempre intenté darle lo mejor a Emily, pero ella nunca estaba muy implicada, ya sabes. Era... bueno, un poco complicada emocionalmente.

Me detengo en seco, sintiendo como si una oleada de náuseas me subiera desde el estómago. ¿Complicada emocionalmente? ¿Poca implicación? ¡Por el amor de Dios! Este tipo tiene la audacia de hablar de responsabilidad afectiva cuando él es quien me engañó con una fanática de Pokémon.

Daniel, que ha estado caminando a mi lado, se inclina hacia mí y susurra:

—¿Cómo puedes estar escuchando a ese tipo decir semejantes barbaridades sobre ti y no arrancarle la cabeza?

Lo miro de reojo y me encojo de hombros, aunque mi mandíbula está tan apretada como la suya.

—Soy hija única —reconozco, tan tranquila como puedo—. Estaría feo que mis padres pasaran las fiestas intentando sacarme de la cárcel.

Daniel suelta una carcajada breve, pero contenida, y niega con la cabeza.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

No respondo, pero no puedo evitar sonreír un poco. Marlon sigue con su perorata, y mi padre parece estar asintiendo de vez en cuando, como si realmente estuviera considerando las tonterías que está diciendo.

Dentro de la iglesia, la acústica amplifica cada nota del coro, haciendo que los villancicos resuenen con una belleza tan pura que, por un momento, olvido que estoy atrapada entre mi ex y

mi *amigo*. La música llena cada rincón, y los ecos se deslizan por los arcos góticos como si fueran ángeles invisibles. Lo admito, es impresionante.

Mi madre, en su infinita sabiduría (o quizá porque le gusta el drama), ha insistido en que me sentara entre Daniel y Marlon. Así que aquí estoy, con un tipo a cada lado, como si fuera el pivote de un partido de fútbol en el que nadie va a salir ganando.

Marlon, por su parte, está cantando los villancicos populares con una pasión desmedida. Se inclina un poco hacia adelante, poniendo énfasis en las notas más graves, y podría jurar que se cree el heredero legítimo de Papá Noel. Su voz resuena como si estuviera en una audición para el papel de protagonista en un musical navideño de tercera categoría.

¿De qué va este tío? Siempre ha odiado todo esto.

Intento ignorarlo y desviar mi atención hacia Daniel. Él, por suerte, parece estar disfrutando de la música en directo tanto como yo. No canta, pero su expresión es relajada, y sonrío levemente. Tiene una cara que hace que me den ganas de suspirar, pero me niego a hacerlo.

Y entonces sucede.

Sin previo aviso, la mano de Daniel roza levemente la mía. Es apenas un roce, el tipo de contacto que podría considerarse un accidente en cualquier otra circunstancia, pero no aquí. No ahora. Su mano se queda cerca, demasiado cerca. Y antes de que pueda apartarla, nuestras pieles actúan por cuenta propia, como si fueran imanes.

Los dedos de Daniel se entrelazan con los míos, lenta y discretamente, ocultos bajo nuestros abrigos como si estuviéramos conspirando contra el resto de la gente. Mi pulso se acelera, pero intento mantener una expresión neutral mientras la música sigue llenando el aire. Nadie parece haberse dado cuenta.

Pero yo sí.

Yo lo noto todo.

Y aunque intento mantener la calma, no puedo evitar que me suba una oleada de calor desde la punta de los dedos hasta... bueno, hasta donde acaba la espalda y empieza la autocrítica. Porque, sí, ahora estoy sonriendo como una idiota, y ni siquiera me importa.

Mis propios pensamientos me traicionan.

Hasta los vellos púbicos de tu perineo están erizados ahora mismo. Esa frase surge de la nada en mi cabeza, y tengo que hacer un esfuerzo titánico para no soltar una carcajada en plena misa. Esos vellos que, por cierto, siempre estoy pensando en depilar porque tienen la maldita costumbre de hacerse la permanente con el papel higiénico. Pero ahí están, rebeldes y felices, como yo.

No me atrevo a mirar a Daniel, pero puedo sentir la ligera presión de sus dedos, como si estuviera comprobando que esto no es un error. Respondo apretando los míos un poco más, y eso

basta. No hay palabras, solo un pequeño complot entre nuestras manos bajo, un secreto que nadie más tiene por qué saber.

El coro empieza otra canción, y mientras Marlon sigue entonando como si estuviera compitiendo en *La Voz de la Navidad*, yo solo puedo pensar en cómo algo tan simple como un roce puede hacer que toda la tensión de esta absurda velada desaparezca por unos instantes.

Lo que sea que está pasando con Daniel, definitivamente no es un accidente.

Daniel Prescott

El imbécil de Marlon.

No hay mejor forma de describirlo. Desde el momento en que abrió la boca en esa casa, lo tuve claro: es uno de esos tipos que se creen el centro del universo. Siempre con una sonrisa que parece decir *mírame, no puedes resistirte*, cuando en realidad lo único que provoca es ganas de darle una buena hostia.

Y Emily... No entiendo cómo puede soportarlo. Está resignada, casi como si llevara una pesada carga que no sabe cómo quitarse de encima. Su forma de sonreír a sus padres, de aguantar las tonterías de ese idiota con una paciencia que yo no tendría, me dice todo lo que necesito saber: no está bien. Está cansada, intentando mantener las apariencias para no darles un disgusto a Margaret y Henry, esos padres que parecen adorar a Marlon como si fuera el hijo perfecto que nunca tuvieron. No entiendo cómo no ven lo que hay delante de sus narices.

Hay que estar loco para engañar a una mujer como Emily. Loco o ser un completo imbécil. Y Marlon cumple con ambas reglas. Porque, ¿cómo puedes dejar ir a alguien como ella? Con ese carácter que te desarma y esas pequeñas cosas que hace, como arquear una ceja cuando algo le molesta o quedarse callada justo antes de soltar una réplica brillante. Es imposible no pensar en lo estúpido que debió ser Marlon para arruinarlo todo.

Me profeso, no sé, responsable. Lo único que quiero es aliviar algo del peso que lleva encima. Porque no lo merece. Ninguna mujer merece cargar con un idiota como ese en su vida. Y menos aún, cuando está claro que tiene que fingir frente a su familia para no joderles la Navidad perfecta.

Estamos en la iglesia. Villancicos, velas, ambiente festivo... Y yo intentando no parecer tan miserable. De vez en cuando lanzo una mirada a Emily, que parece disfrutar del coro. Por un instante, está en paz. Quiero pensar que la música la está ayudando a desconectar de todo lo demás, de Marlon, de sus padres, de este desastre en el que estamos metidos.

Sin pensar mucho, mi mano roza la suya. No sé si es un accidente o si, en el fondo, lo he hecho a propósito. Pero cuando nuestras pieles se tocan, es como si una corriente eléctrica pasara entre nosotros. Mis dedos se quedan ahí, inmóviles, un segundo más de lo necesario. Entonces

ocurre: ella no se retira.

Mi corazón da un salto absurdo, casi ridículo. Bajo el abrigo, mis dedos se entrelazan con los suyos, despacio, como si el mundo fuera a detenerse si alguien se da cuenta. Y en ese momento, entiendo algo: hay una estrecha relación entre la intimidad, la confianza y el amor y un par de manos. Una relación tan delicada que a veces basta con este simple gesto, para que todo encaje.

Sujetar la mano de Emily no es solo un acto físico. Es una declaración. No estoy seguro de qué estoy declarando exactamente, pero sé que lo estoy haciendo. Porque no es solo el calor de su piel contra la mía, o la forma en que sus dedos parecen encajar perfectamente entre los míos. Es más que eso. Es sentir que, por un instante, estamos conectados. Que compartimos algo que no hace falta decir en voz alta.

La miro de reojo, intentando no ser obvio, y la veo sonreír. Es una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero está ahí. Y eso basta para que algo dentro de mí se relaje. Solo estamos Emily y yo, y nuestras manos entrelazadas como si el resto del mundo no importara.

Y aunque no sé cómo acabará todo esto, tengo claro que hay cosas que valen la pena. Emily es una de ellas.

Vino especiado y territorios marcados

Mi madre siempre tiene un as bajo la manga, y hoy no es la excepción. Después del recital de villancicos, aparece con su sonrisa de: *esto va a ser bueno para ti* y su tono de: *no acepto un no por respuesta*.

—¡He leído que en el pub del pueblo han organizado una noche de vino especiado y mince pies! ¡Deberíais ir! Los tres sois jóvenes, ¡es Navidad! ¡Hay que disfrutar!

—Mamá, estamos cansados —protesto, usando mi tono más persuasivo. Miro a Daniel con ojos suplicantes, pero Margaret no se da por vencida.

—Oh, tonterías, Emily. ¡Estáis de vacaciones! Y es solo un rato. Además, te encanta el vino caliente.

—Sí, cuando tenía veinte años y mi hígado aún no había sufrido la resaca de los casi treinta —le respondo con una sonrisa irónica.

—Creo que será divertido —dispara Daniel, con ese brillo sarcástico que reconozco al instante. Lo dice mirándome, pero dirigiéndose a Marlon, como si lo estuviera retando.

Fantástico. Puedo notar en los huesos que esta noche será cualquier cosa menos divertida.

Pese a mis mejores esfuerzos por rechazar la invitación, nos encontramos despidiéndonos de Margaret y Henry en la puerta de casa y caminando hacia el único pub del pueblo. Daniel está tranquilo, demasiado tranquilo, y Marlon... bueno, Marlon parece estar convencido de que esta es su oportunidad para brillar. Lo noto en su postura confiada y en la forma en que nos lanza comentarios como si estuviera intentando hacer reír a un público que no le está prestando atención.

Cuando llegamos al local, Marlon se ofrece rápidamente para ir a pedir la especialidad de la noche.

—Confiad en mí —dice con una sonrisa de suficiencia antes de desaparecer hacia la barra.

Apenas se aleja, me giro hacia Daniel, cruzando los brazos.

—¿En qué estabas pensando cuando aceptaste esta cita a tres con vino caliente de por medio?

—Voy a mear mi terreno, como los perros —fundamenta, con toda la calma del mundo.

Lo miro, incrédula, antes de soltar una risa seca.

—¿Vas a poner orines en la copa de Marlon o algo así?

—Habla metafóricamente, pero no descarto opciones más creativas si es necesario —expone con una sonrisa ladeada —Mira, ahí hay una mesa libre.

Marlon regresa con tres vasos de vino especiado y una bandeja de pastelitos. Se deja caer en la silla frente a nosotros, dejando los vasos con un entusiasmo exagerado.

—Aquí tenéis. Lo mejor del pub. Por cierto, ¿de qué os conocéis vosotros dos? Porque, Emily, nunca me hablaste de él.

—Quizá porque hace un año y casi dos meses que no hablamos de nada porque rompimos, ¿te acuerdas? —le respondo, sin ocultar el sarcasmo.

—Venga, Em. No hace falta que seas así. Estoy intentando ser amable —manifiesta Marlon, con tono ofendido.

—¿Amable? Tú no conoces esa palabra.

La discusión se tensa, pero antes de que las cosas escalen, Daniel interviene con un comentario casual:

—Espero que este vino sepa igual que huele. —Marlon parece contentarse con eso y empieza a beber como si quisiera olvidar el tema, lo cual, para ser justos, es una buena estrategia.

Después de unos muchos vasos de vino especiado y un par de cervezas, Marlon ya no es un problema. Está dando tumbos por el pub, intentando iniciar conversaciones con mujeres que claramente no están interesadas, y yo no puedo evitar sentirme aliviada.

—Es un impresentable —murmura Daniel, observándolo mientras tropieza con una silla vacía—. Pero al menos mi plan de emborracharlo para que nos deje tranquilos ha funcionado. Seguro que duerme como un bendito esta noche —responde, levantando una ceja.

—A veces tienes tus momentos de genialidad. Aunque también me has emborrachado a mí. Voy a necesitar un café para llevar si quieres seguir haciendo manitas conmigo esta noche.

Daniel me mira, y su sonrisa se suaviza.

—Nunca me he sentido tan bien entrelazando mi mano con la de otra persona.

—¿Ni siquiera con Charlotte? —curioso, intentando que no suene como una trampa, aunque probablemente lo sea.

—Charlotte decía que era frío. Lo cual es gracioso, porque ella no era precisamente una caldera.

—¿Entonces?

—Supongo que esos gestos tan simples pero significativos se reservan para la persona adecuada. Para quien te inspire a hacer cosas que no pensabas que fueran necesarias.

Me quedo mirándolo, y durante un segundo, el mundo se vuelve a reducir a nosotros y a la manera que tiene de mirarme. Estamos cerca, tan cerca que casi no me doy cuenta de que estoy inclinándome hacia él, o tal vez él hacia mí.

Y entonces, por supuesto, la magia se rompe.

—Oye, oye... tú no eres gay —interrumpe Marlon, tambaleándose hacia nosotros con una copa vacía en la mano y un tono de voz pastoso.

Daniel se endereza, suspirando.

—Lo soy, pero a veces me entra la curiosidad —suelta, y a mí me cuesta no partirme el pecho a carcajadas.

Marlon lo mira, confundido, y antes de que pueda decir algo más, se tropieza con otra silla y cae de bruces contra el suelo del pub.

El peso muerto y las partes vivas

Arrastrar a un Marlon borracho y medio inconsciente hasta casa ha sido, como poco, una odisea. Bueno, *arrastrar* no es la palabra exacta, porque técnicamente, yo solo me encargo de abrir puertas mientras Daniel hace todo el trabajo físico.

Para ser un tipo que insiste en que tiene pocas habilidades sociales, se desenvuelve sorprendentemente bien cargando con idiotas que pesan más de ochenta kilos y que no colaboran en absoluto.

La casa está completamente en silencio cuando entramos. Mis padres deben de haberse acostado hace horas, porque ni siquiera las luces del salón siguen encendidas. Eso, al menos, es un alivio. No me quiero ni imaginar las preguntas que Margaret tendría preparadas si viera esta escena.

—Vale, lo más difícil ya está hecho. Ahora solo hay que subirlo a su habitación sin despertar a toda la casa —susurra Daniel, aunque parece que está hablando más consigo mismo que conmigo.

Lo veo inclinarse, pasarle un brazo por debajo de las piernas y otro por la espalda, y en un movimiento fluido, levanta a Marlon en brazos como si no fuera más que un saco de patatas.

—Esto es demasiado bueno como para no immortalizarlo. —Saco el móvil de mi bolsillo.

Daniel me lanza una mirada de advertencia, aunque tiene una sonrisa en los labios.

—Ni se te ocurra. Esa foto podría arruinar mi reputación de monstruo de las nieves.

—¿Monstruo de las nieves? —redondo, tratando de contener la risa.

Él no responde, pero su comentario, junto con la imagen de Marlon colgando lánguido en sus brazos, es demasiado para mí. Me río un poco más fuerte de lo que debería, lo que me obliga a taparme la boca con las manos para no hacer más ruido.

Daniel me dedica una mirada severa, pero sigue subiendo las escaleras, con Marlon a peso.

Me quedo atrás, observándolo desde abajo, y de repente mi mente traicionera decide prestarles demasiada atención a los músculos de su espalda y brazos que, aunque están cubiertos por ropa gruesa, claramente están ahí.

¿Qué más puede esconder bajo esa ropa? No lo sé con exactitud, pero definitivamente me gustaría averiguarlo.

Cuando llegamos a la habitación, Daniel coloca a Marlon sobre la cama con un suspiro de alivio.

—Bueno, aquí lo tienes. Tu problema personal.

—Nuestro problema personal —lo corrijo, entornando la puerta detrás de mí.

—Vale, pues uno menos. Ahora, ¿quién le echa la colcha por encima?

—Piedra, papel o tijera —propongo, con la solemnidad que merece el momento.

Jugamos una sola ronda. Piedra vence a tijera, y la suerte está de mi lado.

—Venga, campeón. Es todo tuyo.

Daniel suspira, se inclina sobre Marlon y empieza a colocarle la colcha con cuidado, como si realmente le importara que estuviera cómodo.

—Ahora dale un besito de buenas noches —bromeo, con el móvil ya en la mano para capturar el momento.

Daniel se gira y me mira con incredulidad, justo cuando le hago una foto con el flash encendido.

—Acabas de ganarte que te cargue hasta la habitación, también —revela una premisa peligrosa.

—Ni se te ocurra. —Doy un paso atrás.

Es demasiado tarde. En un parpadeo, Daniel me atrapa por la cintura, me alza del suelo como si fuera un paquete ligero y sale conmigo en brazos, ignorando mis protestas ahogadas de risa mientras recorre el pasillo que lleva a la habitación de invitados.

—¡Bájame, Daniel! ¡Nos van a oír! —susurro, tratando de mantener un tono bajo entre risas.

—Dudo que tus padres oigan algo. Y si lo hacen, siempre puedo decir que estoy cumpliendo mi papel como asistente gay de confianza —manifiesta, divertido.

Cuando finalmente llegamos a la habitación, me deja con cuidado en el suelo, pero no retrocede. El aire entre nosotros cambia en un instante, y la broma que nos traíamos hace un segundo se disuelve en algo mucho más intenso.

Daniel me mira con deseo y me deja clavada en el sitio. Su pecho sube y baja, sus ojos recorren mi rostro como si estuviera memorizando cada detalle. Antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo, me acerco, y en un segundo sus labios están sobre los míos.

El beso es frenético, mis manos buscan desesperadamente la forma de acercarlo más a mí, y él responde igual, sujetándose como si no quisiera que me separara nunca.

Empezamos a deshacernos de la ropa, tropezando con los botones y las cremalleras. Es una lucha de piel, manos, labios y respiraciones entrecortadas y, enredados en algo que no podemos ni queremos detener.

Su camisa termina en el suelo de un tirón, y cuando mis dedos recorren la piel de su pecho, me quedo momentáneamente sin aliento. Firme, cálido, con músculos que no necesitan ser enormes para dejar claro lo fuertes que son. Es tan diferente a cualquier otra cosa que haya sentido antes, y lo único que pienso es que necesito más.

—Nunca he hecho el amor con alguien en casa de mis padres.

—Pues hoy ambos parecían muy dispuestos a que consumaras con Marlon en tu antigua habitación.

—No me lo recuerdes o puede bajarme la lívido peligrosamente.

Sus manos, grandes y seguras, recorren mi espalda.

—No voy a dejar que eso ocurra. —Con un movimiento rápido me desabrocha el sujetador y vuelve a besarme.

Mientras nuestras pieles se rozan más de lo que debería estar permitido por la ley, percibo un frío familiar que me atraviesa y me obliga a darme cuenta de un detalle... mis pezones están tan duros como dos malditos picaportes. Y no de esos modernos y minimalistas, no, más bien de los antiguos y robustos que parecen salir de las puertas de una abadía medieval.

Intento ignorarlo, pero luego noto cómo se rozan directamente contra el pecho de Daniel, y de repente se me cruza un pensamiento que me hace reír por dentro: *si seguimos frotándonos de esta manera, el pobre puede acabar arañado como si hubiera peleado con un gato rabioso.*

Casi me da por soltarlo en voz alta, pero la forma en que Daniel me sujeta por las caderas y me empuja contra él me hace olvidar cualquier intento de humor. Su boca se desliza desde mi cuello hasta el hueco entre mis clavículas, y una descarga me recorre de pies a cabeza.

—¿Qué pasa? —susurra, con la voz ronca, cuando siente que me tensa un poco.

—Nada... solo que... —trato de responder, pero estoy demasiado distraída por la forma en que sus manos exploran cada rincón de mi cuerpo, con el cuidado de un rastreador que sabe exactamente dónde quiere llegar.

—¿Solo que...? —insiste, separándose ligeramente para mirarme.

—Solo que... si no tenemos cuidado, puede que termines con arañazos *pezoniles* y no vas a poder decir que te lo ha hecho un gato —bromeo.

Daniel se ríe, un sonido bajo y gutural que me derrite en todos los sentidos posibles.

—¿Ah, sí? —canta, luego, inclina su cabeza hacia mí y murmura cerca de mi oído—. Si ese es el precio, creo que puedo asumirlo.

Y entonces me besa de nuevo, como si todo lo demás pudiera esperar. Y, honestamente, creo que esta vez no me importa si Marlon despierta, si mis padres escuchan, o si el mundo entero se cae a pedazos. Solo me importa este momento.

Solo me importa Daniel.

Daniel Prescott

Estoy tumbado boca arriba en esta cama que cruje cada vez que respiro, con la mirada perdida en el techo de escayola. No sé ni qué hora es. Deberían llamarme a filas para algún tipo de reunión celestial porque acabo de vivir lo más parecido a un milagro.

Emily está a mi lado, envuelta en la colcha como si fuera un burrito humano, con su cabello alborotado cayendo sobre la almohada. Respira tranquila, y creo que es la primera vez desde que llegamos a esta casa que la veo completamente relajada. Y sí, quiero pensar que eso tiene algo que ver conmigo.

¿Estoy exagerando? Puede. Pero lo que acaba de pasar entre nosotros ha sido... indescriptible. Literalmente, no tengo palabras. Bueno, eso no es cierto, tengo demasiadas palabras: alucinante, abrumador, perfecto, jodidamente increíble. Ninguna parece suficiente.

Ha sido sexo, sí. Pero no ha sido solo eso. Ha sido perfecto, lleno de deseo, conexión, risas contenidas y piel contra piel, como si nuestros cuerpos hubieran estado esperando este momento desde siempre. Como si todas las veces en mi vida en las que pensé que sabía lo que era esto hubieran sido un ensayo.

Y luego está ella. Emily Carter. La mujer más terca, sarcástica y jodidamente hermosa que he conocido en mi vida. En serio, ¿cómo puede alguien ser así? ¿Cómo puede ser tan irritante y a la vez tan magnética? Tan perfectamente imperfecta. Tan... ella.

Cierro los ojos un momento, pero mi mente sigue en bucle, repasando cada detalle. Sus labios, suaves contra los míos. Sus manos, primero dubitativas, luego valientes, explorándome como si estuviera intentando memorizar cada centímetro de mi cuerpo. Su risa nerviosa cuando se nos enredó la manta a mitad de camino y casi terminamos en el suelo. Su forma de mirarme, como si estuviera tratando de entender por qué demonios quería estar aquí con ella, pero al mismo tiempo aceptando que yo quería estar aquí más que en ningún otro lugar del mundo.

Nunca había sentido algo así con nadie. Charlotte, por ejemplo. Con ella todo era más... metódico, como seguir un guion. Había atracción, claro, pero nunca esto, este caos hermoso que me hace sentir como si estuviera flotando. Con Emily, es diferente. Con ella, parece que todo lo demás desaparece, que el mundo entero podría caerse a pedazos y no me importaría mientras

estuviera aquí, en esta cama, con ella.

Abro los ojos y la miro de reojo. Sigue dormida, o al menos lo parece. Tiene esa sonrisa tranquila en los labios, como si estuviera soñando algo bueno. Quizá conmigo, quizá con otra cosa. No lo sé. Lo único que sé es que quiero que esa sonrisa nunca desaparezca.

Estoy jodido. Pero en el mejor sentido de la palabra. Porque esto no es solo un capricho, no es solo algo pasajero. Esto es importante. Ella es importante.

El idiota de Marlon, que probablemente está roncando como un cerdo en la habitación al final del pasillo... ¿Cómo pudo Emily estar con alguien así? ¿Cómo pudo ese imbécil siquiera tener el privilegio de tocarla?

Me gustaría decirle que nunca voy a hacerle algo así, que nunca voy a ser otro Marlon en su vida. Pero no quiero arruinar este momento perfecto con palabras torpes o promesas que no necesita escuchar ahora mismo. Porque no se trata de mí. Se trata de ella.

Respiro hondo y me concentro en el sonido de su respiración, en la forma en que su pecho sube y baja bajo la colcha. Es hipnótico.

De repente, se mueve un poco, girándose hacia mí. Sus ojos se abren lentamente, todavía medio adormilados, y me sonrío.

—¿Qué haces despierto? —consulta con la voz ronca.

—Pensando —confieso, con una sonrisa de esas que salen solas, sin esfuerzo.

—Eso no parece muy alentador —bromea, enterrándose más en la almohada.

—Lo sería si supieras en qué estoy pensando.

Ella arquea una ceja, pero está demasiado cansada para sacar su típica ironía. En cambio, se acerca un poco más y apoya su cabeza en mi pecho. Y en ese momento, sé que estoy donde debo estar. Como si, por primera vez en mucho tiempo, todo tuviera sentido.

No digo nada más. Y mientras ella cierra los ojos de nuevo, yo sigo despierto, repasando mentalmente cada segundo de lo que hemos vivido esta noche.

Porque sé, sin lugar a dudas, esto ha sido lo mejor que he experimentado en mi vida. Y por primera vez, no tengo miedo de lo que eso significa.

Café, tortitas y un secreto

El olor del desayuno casero me despierta antes que el sol.

Estoy extrañamente ligera, como si el peso de todas las cosas complicadas de los últimos días hubiera desaparecido durante la noche. No es que haya olvidado a Marlon, ni la incómoda escena en el pub, ni las miradas inquisitivas de mi madre. Es que, por una vez, todo eso se siente lejano. Como si el calor de esta habitación, de estos brazos que reposan a mi lado, hubieran derretido algo rígido y lo hubiera transformado en algo más manejable.

Daniel sigue durmiendo, y me debato unos segundos entre quedarme allí, viendo su rostro tranquilo, o seguir el rastro del café.

Gana el café. Siempre gana.

Bajo las escaleras en puntillas, intentando no hacer ruido. La casa está tranquila, excepto por el crujido ocasional de la madera bajo mis pies. Cuando llego a la cocina, me encuentro con la escena más reconfortante del mundo: mi madre, con su delantal cubierto de harina, preparando tortitas navideñas como si fuera un ritual sagrado.

—Buenos días. —Me asomo al marco de la puerta y Margaret se gira, espátula en mano.

—¡Emily, querida! Te has levantado temprano. Ven, siéntate. El café está casi listo.

Me acerco a la mesa, donde ya hay un plato con una torre de tortitas doradas, casi perfectas. El aire está impregnado de nuez moscada y canela, ese toque especial que solo ella sabe equilibrar.

Mi estómago ruge como si no hubiera comido en días.

La cafetera tradicional de mi madre también está sobre la encimera, ese artilugio de acero inoxidable que siempre me ha parecido un pequeño milagro mecánico. Es una de esas cafeteras moka que funcionan al baño maría, llenando la cocina de un sonido rítmico y un aroma intenso. Mi madre siempre dice que no hay café mejor que el que se hace así, lento y con paciencia, como todo lo bueno en la vida.

—¿Dónde está papá? —Me sirvo un poco de café en la taza que tiene mi nombre grabado, otro regalo de hace mil navidades.

—Tu padre salió a correr, como siempre. Ya sabes, para mantener la figura, aunque luego se coma el doble de tortitas. Y Marlon... bueno, subí a verlo y creo que ronca más fuerte que un oso.

Me río por lo bajo. Lo de Marlon es casi un recuerdo lejano, algo de otra vida, aunque solo hayan pasado unas horas.

—¿Y Daniel? —mi madre pregunta casualmente, pero puedo sentir esa pizca de curiosidad en su tono, como si estuviera buscando algo más en mi respuesta.

—Sigue dormido. Ayer tuvo que cargar con más de lo que le corresponde —respondo, sin mirarla directamente.

Ella se limita a asentir, aunque sé que no va a soltar el tema tan fácilmente. Mi madre no es de las que dejan pasar las cosas.

—¿Estáis bien? —lanza la pregunta como quien no quiere la cosa, pero el subtexto es tan evidente que podría haberlo escrito en la pared con mayúsculas.

—Claro. ¿Por qué no habría de estarlo?

—No lo sé, cariño. Es solo que... parece que hay algo diferente.

Diferente. Claro que hay algo diferente. Pero no puedo decirle que lo que ha cambiado es que he follado con Daniel Prescott.

—Todo bien, mamá. De verdad.

Ella me mira por un momento, como evaluando si va a seguir interrogándome, pero al final decide dejarlo pasar. En su lugar, se acerca con un plato lleno de tortitas y lo pone delante de mí.

—Come. Estás más delgada que el año pasado.

No puedo evitar reírme. Siempre lo mismo. Aunque estoy bastante segura de que ahora hay algo diferente en sus ojos, como si estuviera disfrutando más de lo normal de tenerme aquí.

Mientras desayuno, intento no pensar demasiado en lo que pasó anoche, pero es imposible. Cada vez que cierro los ojos, me vuelvo a ver a mí misma entre las sábanas, con sus manos en mi cintura y esa mirada intensa que me hizo olvidar por completo dónde estábamos.

—Por cierto —mi madre interrumpe mis pensamientos—, sigo pensando en... ¿tú y Daniel...? Es que no parece gay, te mira de una forma que no sé...

La miro, levantando las cejas.

—Mamá...

Ella levanta las manos en señal de rendición.

—No digo nada. Solo... pensaba en voz alta.

Me río y sacudo la cabeza. Claro, pensaba en voz alta. Mi madre no tiene filtro, y eso nunca va a cambiar.

Mientras termino mi desayuno, escucho pasos en las escaleras. Me giro y ahí está Daniel, con el cabello desordenado y un jersey arrugado que le queda sorprendentemente bien. Me sonrío cuando me ve.

—Buenos días —su voz todavía cargada de sueño.

—Te he guardado café y tortitas —le indico, como si eso fuera lo único importante ahora mismo.

Daniel se sienta a mi lado, y cuando nuestras miradas se cruzan, sé que él está pensando lo mismo que yo: nada será igual después de lo que pasó anoche.

Y me gusta.

Daniel Prescott

Estoy sentado en el sofá de los Carter, una aguja en la mano y un hilo que parece tener vida propia. Frente a mí, un bol desbordante de palomitas dulces de colores espera su destino. Margaret insiste en que decorar el salón con guirnaldas caseras es una tradición navideña esencial, y yo he caído en la trampa, por supuesto.

A mi lado, Emily está concentrada cosiendo las suyas, con esa mueca adorable que pone cuando está completamente absorta en algo. Su cabello cae en suaves ondas alrededor de su rostro, y el sol invernal que entra por la ventana le da un brillo especial que no puedo dejar de mirar. Se lleva una roseta a la boca, como si fuera incapaz de resistirse.

—Esto es ridículo —murmuro, tratando de enhebrar otra sin romperla.

Emily se ríe por lo bajo, sin apartar la vista de su labor.

—Vamos, Prescott. No puedes ser bueno en todo. Además, creo que nunca antes habías hecho algo tan... artesanal.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez tenga un don oculto.

—Si lo tuvieras, ya lo habría notado —reconoce con una sonrisa, dándome un suave codazo que me hace soltar la aguja y casi tirar el hilo.

Mientras tanto, al otro lado del salón, Henry está de pie sobre una escalera, tratando de colgar una tira de espumillón chillón desde la lámpara hasta una planta colgante en la esquina. Margaret está detrás de él, dando instrucciones como si estuviera dirigiendo una obra de arte renacentista.

—Más a la izquierda, Henry. No, no, demasiado. Vuelve un poco. No, así no queda bien.

—Margaret, por el amor de Dios, ¿quieres colgarlo tú? —protesta Henry, moviendo el espumillón con la gracia de un oso tratando de hacer ballet.

—¡Ni hablar! —responde ella, con las manos en las caderas. —Tú eres más alto.

Emily y yo compartimos una mirada cómplice, conteniendo la risa. Hay algo profundamente

entrañable en esta familia.

—Entonces, ¿esto lo hacéis todos los años? —inquiero, volviendo a mi labor.

—Sí —afirma Emily, enhebrando otra palomita con una precisión que me hace sentir torpe a su lado—. Bueno, solíamos hacerlo más cuando yo era pequeña. Ahora mi madre lo utiliza como excusa para mantenernos ocupados durante las fiestas.

—Ah, claro. Mano de obra gratuita.

Ella me sonrío y, por un segundo, olvido que estamos en medio del salón creando guirnaldas con comida. Hay algo en su expresión, en la forma en que sus ojos se iluminan con cada pequeño gesto, que hace que todo lo demás no exista.

Margaret, por supuesto, interrumpe este momento.

—Emily, cariño, asegúrate de que las guirnaldas sean lo suficientemente largas. No queremos que el árbol parezca desnudo.

—Sí, mamá —responde ella con resignación, aunque su sonrisa traiciona su efecto.

Henry desciende de la escalera con un suspiro exagerado, dejando el espumillón colgando a medias.

—Si alguien se queja de esto, me declaro en huelga.

—Oh, Henry, siempre tan dramático —Margaret le da unas palmaditas en el brazo antes de volver a supervisar las guirnaldas.

De repente, Emily me lanza una mirada traviesa y me golpea suavemente con su codo otra vez.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo estar ofendido.

—Nada. Solo que parece que estás disfrutando más de lo que quieres admitir.

—No estoy disfrutando. Estoy sufriendo en silencio.

—Claro, claro. —Rueda los ojos.

Decido que es hora de devolverle el golpe. Cojo un puñado de palomitas y finjo que voy a enhebrarlas, pero en su lugar se las lanzo suavemente en su dirección. Una se le queda en el cabello, y su expresión de sorpresa me hace reír.

—¡Daniel! —exclama, quitándosela de un manotazo y lanzándome una mirada de advertencia que no puedo tomar en serio.

—Es parte de la tradición, ¿no?

—¿Qué tradición?

—La de fastidiarte un poco.

—Te la devolveré. —Sonríe y creo que podría pasarme toda la vida con ella en este salón cargante.

Mientras seguimos trabajando, no puedo evitar notar lo cerca que estamos sentados en este pequeño sofá. Nuestras rodillas se rozan de vez en cuando, y aunque podría moverme para dejar más espacio, no lo hago. No quiero hacerlo.

En algún momento, Margaret se acerca para inspeccionar nuestras guirnaldas.

—Bueno, no está mal para un principiante, Daniel —indica, observando mi trabajo con ojos críticos.

—Gracias, creo.

—Aunque deberías dejar que Emily se encargue de la parte final. Ella tiene más práctica.

Emily se ríe, disfrutando de mi humillación.

Cuando Margaret vuelve a regañar a Henry por algo, Emily se inclina hacia mí y susurra:

—Lo estás haciendo bien. Para ser un principiante.

—Mejor que bien —le respondo.

—¿Alguien ha subido a comprobar si Marlon sigue vivo? —cuestiona Margaret de repente, con la misma naturalidad con la que podría haber preguntado si alguien quiere más té.

El nombre de ese imbécil resuena en mi cabeza como una alarma, devolviéndome bruscamente a la realidad. Por un momento, había logrado olvidarme de su existencia. Estábamos tan tranquilos, que su mención es como un balde de agua helada.

Emily, levanta la vista de su guirnalda y suspira.

—No, mamá. No hemos subido —dice con tono cansado, como si la sola idea de hacerlo le provocara fatiga.

—Pues alguien debería, ¿no? Ya casi es mediodía, y ese chico aún no ha dado señales de vida. No es normal dormir tanto. ¿Estará bien?

Espero que no, pienso para mí, pero me guardo el comentario. A Emily tampoco parece hacerle mucha gracia la preocupación de su madre.

—Estoy segura de que está perfectamente, mamá —alega, retomando su costura.

—Bueno, pues que alguien suba a comprobarlo. ¡Henry! —Margaret se gira hacia su marido,

que ahora está intentando colgar otra guirnalda.

—No pienso subir yo —protesta Henry sin levantar la vista de su tarea—. Me estoy jugando el cuello con esta lámpara.

Margaret pone los ojos en blanco y luego se vuelve hacia nosotros, con las manos en las caderas.

—Emily, ¿por qué no subes tú?

—Porque no quiero, mamá. Es un adulto. No necesita una niñera.

Margaret frunce el ceño, como si no pudiera entender la resistencia de su hija.

—Daniel, cariño, ¿por qué no subes tú? Eres fuerte. Si se ha caído de la cama, seguro que puedes ayudarlo.

El golpe es directo y certero. La mirada de Margaret se clava en mí como un misil teledirigido, y sé que no puedo esquivarlo. Pero antes de que pueda responder, Emily interviene.

—Mamá, déjalo. Marlon está bien. Si se muere de resaca, será por su culpa.

La respuesta de Emily es contundente, pero no parece satisfacer a Margaret, que suspira y se encoge de hombros.

—Bueno, yo solo digo que, si le pasa algo, luego no me digáis que no os avisé.

Cuando Margaret se aleja para seguir dando órdenes, Emily me lanza una mirada cómplice.

—¿Subirías tú? —le pregunto en voz baja, arqueando una ceja.

—Ni loca.

—Bien, porque yo tampoco voy a hacerlo.

Emily suelta una risa discreta, cubriéndose la boca con una mano. Es un sonido ligero, casi susurrado, pero suficiente para que Henry gire la cabeza y nos mire con curiosidad.

—¿Qué os traéis entre manos vosotros dos? —consulta, entrecerrando los ojos.

—Nada, papá —canta Emily, inocente como un corderito.

El simple hecho de escuchar el nombre de Marlon ha bastado para arruinar la atmósfera. Y aunque trato de concentrarme, mis pensamientos vuelven una y otra vez a esa habitación en la planta superior donde el idiota de Marlon sigue durmiendo la borrachera.

Sé que no debería dejar que me afecte. Anoche fue... bueno, fue perfecto. Pero ese tipo sigue aquí, respirando el mismo aire que Emily y yo, y no puedo evitar sentir que es una amenaza, aunque sea mínima.

—Estás muy callado de repente —murmura Emily.

—Solo estoy pensando —manifiesto, intentando sonreír para quitarle importancia.

—¿Pensando en qué?

La miro un segundo, y decido no mentir.

—En lo mucho que odio que ese tipo esté aquí.

—Créeme, yo tampoco estoy encantada. Pero ya sabes cómo son mis padres. Y... bueno, es Navidad. No quiero discusiones.

—Sí, ya lo sé. Es solo que... —Me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Me cuesta entender cómo puedes estar tan tranquila. Ese tipo es un cretino, casi un psicópata..

Emily se encoge de hombros.

—Es un imbécil, sí, pero no vale la pena perder energía en él.

La admiro por su capacidad de mantenerse serena, aunque una parte de mí desearía que fuera un poco menos razonable. Quizá así podría convencerla de que echar a Marlon de esta casa sería el mejor regalo de Navidad para ambos.

Ignorando el persistente deseo de subir a esa habitación y arrastrar al tipo hacia la puerta principal.

Tal vez más tarde, cuando Margaret no esté mirando.

El Grinch despierta de nuevo

Estoy mordisqueando un mini hojaldre relleno de queso y espinacas, uno de esos que mi madre ha preparado como *ensayo general* para la comida de Navidad, cuando escucho un ruido en las escaleras.

—Parece que el diablo hace su aparición estelar —murmuro para mí misma, aunque Daniel, sentado a mi lado, me lanza una mirada divertida.

Marlon aparece en el umbral del salón, despeinado y con cara de pocos amigos. Pero no es su resaca lo que me llama la atención, sino la expresión de malevolencia que se extiende por su rostro. Es la misma que ponía cuando discutíamos, justo antes de soltar algún comentario hiriente, como aquella vez que me culpó por no llevarle sus llaves al gimnasio y tuvo que esperarme media hora *porque yo no sabía ser una pareja atenta*.

—¡Hijo, nos tenías preocupados! —exclama mi madre con esa dulzura maternal que reserva solo para él. Se levanta de su silla y avanza hacia Marlon como si fuera un héroe que acaba de regresar de la guerra—. Tal vez necesites comer algo y una pastilla para el dolor de cabeza. ¿Te preparo un té?

—No necesito nada, Margaret —canta él con un tono cortante, sin siquiera mirar el plato de hojaldres—. Solo quiero desenmascarar a la traidora de Emily.

Mis dedos se detienen a mitad de camino hacia otro hojaldre. La habitación entera parece quedarse en silencio.

—¿Perdona? —señalo, intentando procesar sus palabras.

—¿Qué estás diciendo, hijo? —interviene mi madre, con la preocupación pintada en el rostro.

Marlon avanza un par de pasos hacia nosotros, apuntándome con el dedo como si fuera un fiscal en un juicio.

—Emily, qué generosa eres dejando tu móvil cargando en la habitación de invitados. Y claro,

¿cómo iba a resistirme?

—¿¡Qué?! —exclamo, poniéndome de pie de golpe—. ¿Has cogido mi móvil?

—Con el mismo derecho que tú intentaste besarte con Prescott anoche, no os penséis que no lo recuerdo. Lo vi con estos ojos —dispara Marlon con una sonrisa amarga, señalándose los ojos enrojecidos.

Daniel, que hasta ahora había estado en silencio, se tensa a mi lado.

—¿De qué demonios hablas? —inquiero, incapaz de creer lo que estoy oyendo.

—Habéis tenido citas. Estás liada con él. ¡Y no es gay! —grita, mirando a mi madre como si fuera una especie de testigo crucial en su absurdo drama—. Prescott dista mucho de ser un chico desamparado. Es más rico que el dueño de Harrods, y, sin embargo, aquí está, jugando al amigo gay para que quede como un idiota delante de tus padres.

Margaret pone una mano sobre su pecho como si fuera a desmayarse, y mi padre carraspea incómodo desde su rincón del salón.

—¿Con qué derecho cogiste mi móvil, Marlon? —insisto, apreciando cómo la rabia comienza a burbujear dentro de mí.

—Con el mismo derecho que tú te burlaste de nuestra relación intentando jugar a dos bandas. Lo tuyo no tiene nombre, Emily. Y lo peor de todo es que ni siquiera eres sincera con tus propios padres. —Marlon se gira hacia mi padre y añade, con voz grave y dramática—: Henry, ¿ves cómo tu hija no se implica en las relaciones? Siempre ha sido así.

Estoy a punto de estallar, pero Daniel se levanta antes que yo, con una calma inquietante que pone a todos en alerta.

—Eres un desgraciado, Marlon. Deja de mentirles de una vez.

—¿Qué estás diciendo, Daniel? —exclama mi madre, horrorizada.

—Daniel, no lo hagas —le advierto, poniéndome entre él y Marlon.

—Sí, Emily. Es hora de que lo sepan. Deja de humillarte por este tío —alega él, con firmeza.

—No, Daniel. ¡Cállate!

Pero Daniel ignora mi súplica y se gira hacia mis padres.

—¿Queréis saber por qué Emily y este imbécil rompieron? No fue por desgaste, ni porque las cosas no funcionaran. Fue porque Marlon la engañó.

—¿¡Qué?! —grita mi padre, poniéndose en pie.

—Sí, Henry —continúa Daniel, con la mirada fija en Marlon—. Con una mujer pelirroja de

metro y medio, según me contó Emily. Una tal... ¿cómo era? ¿Orca sacada de Mordor?

Margaret se lleva una mano a la boca, mientras mi padre da un paso hacia Marlon.

—Eso es mentira —farfulla Marlon, pero su mirada delata su culpabilidad—. ¡Se lo está inventando para quedar como el héroe!

—¿Ah, sí? —dice Daniel, cruzándose de brazos—. ¿Por qué no lo dices tú, Marlon? Vamos, explícales cómo rompiste el corazón de su hija mientras fingías que eras el hombre perfecto.

—¡Emily! —exclama mi madre, buscando respuestas en mí.

—Es verdad —confieso finalmente, sintiendo cómo mi voz se quiebra—. Lo pillé en la cama con esa mujer, y nunca os lo conté porque no quería haceros daño y que pensarais que no era digna de nadie porque... porque soy un maldito desastre.

El silencio que sigue es tan pesado que casi se puede tocar. Marlon abre la boca, pero no le sale nada. Mi madre parece a punto de llorar, y mi padre... bueno, es difícil leer su expresión, pero no parece querer consolar a nadie.

—Tú... —comienza Henry, señalando a Marlon con el dedo—. Sal de mi casa inmediatamente. ¿Cómo has podido engañarnos a nosotros y a nuestra hija de esa forma?

—Pero Henry, Margaret—los mira a ambos—, soy como un hijo para vosotros, lo dijisteis.

—Lárgate antes de que me entren ganas de enrollarte en una manta y dejarte en la puerta de la iglesia —grita mi padre.

—Esto no ha terminado, nadie me oprime de esta forma —masculla Marlon, antes de girarse y marcharse del salón, dejando tras de sí un eco de tensión que tarda en disiparse.

Esto es tan siniestro como la niebla que cubre las colinas en invierno. Marlon acaba de salir dando un portazo y el eco de su partida sigue resonando en mis oídos. Apenas he procesado lo que acaba de pasar cuando me giro hacia Daniel, con los labios tensos y el corazón palpitando de rabia.

—¿Con qué derecho, Daniel? —le suelto, casi sin pensar.

Él, que seguía de pie junto a la chimenea, se gira hacia mí con cara de incredulidad.

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Sí, te lo estoy preguntando. Contarles eso a mis padres no te correspondía a ti. ¡Era mío! ¿Sabes lo humillante que fue?

—¿Humillante? Lo humillante es que hayas dejado que ese imbécil te manipule, te insulte, y siga jugando con tus padres como si fuera el yerno perfecto. Emily, tus padres merecían saber la verdad, y tú también merecías dejar de cargar con ese peso.

—Pero no era tu decisión —le replico, con la voz tensa. Las lágrimas están al borde de mis ojos, pero no voy a dejar que caigan. No aquí. No ahora—. Era mi vida, mi historia. Contarlo o no era cosa mía.

—¿Tu historia? —Daniel se lleva una mano al pelo, frustrado—. ¿Y cuándo pensabas contarlo? ¿Cuándo Marlon decidiera proponerle matrimonio a tu madre porque le parece una mujer más razonable que tú? ¡Por Dios, Emily! Llevabas todo este tiempo defendiéndolo delante de ellos.

—¡Yo no lo estaba defendiendo! —grito, ignorando la mirada de mis padres, que siguen sentados en el sofá como si estuvieran viendo una obra de teatro muy incómoda—. Solo... solo no quería decepcionarlos.

—Decepcionarlos, claro. —Daniel suelta una risa amarga—. Pero no te importó decepcionarme a mí, ¿verdad?

—¿Decepcionarte? ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de que ni siquiera tuviste el valor de presentarme como alguien especial en tu vida. —Su voz es grave, profunda, cargada de emociones que no esperaba oír—. ¿Sabes lo que se siente al estar aquí, a tu lado, fingiendo ser otra cosa porque no tienes el coraje de decir la verdad?

—Eso no es justo.

—No, lo que no es justo es que me hayas arrastrado hasta aquí, para fingir que soy alguien que no soy, mientras permites que ese tipo te insulte y te trate como una mierda.

—¡Yo estuve enamorada de ese tipo! —chillo, con un nudo en la garganta que apenas me deja respirar—. ¿Vale? Estuve enamorada de él, y lo que hizo me destrozó.

La expresión de Daniel se endurece, y el dolor en sus ojos es evidente

—No hace falta que digas más. ¿Sabes qué? Lo mejor será que me vaya. Está claro que aquí no soy más que un accesorio.

—¡Eso no es verdad!

—¿No? —me desafía, cruzándose de brazos—. Porque parece que te avergüenzas de haber tenido algo conmigo. De habernos conocido, de haber compartido... lo que sea que haya sido esto.

—No me avergüenzo —mi voz baja un poco, pero el temblor sigue ahí—. Solo me protejo.

—¿De quién? ¿De mí? —Daniel hace una pausa, como si las palabras le quemaran en la garganta—. Yo no soy Marlon. Nunca lo seré. Pero tampoco quiero estar con alguien que se arrastra de esta manera por alguien que, a las claras, no te quería nada.

Sus últimas palabras me golpean en la boca del estómago. Y, antes de que pueda responder, Daniel se gira hacia mis padres.

—Gracias por la hospitalidad, pero creo que ya es hora de que me marche. Puedes coger mi ropa y enviármela a la oficina cuando vuelvas a Londres, no creo que la vaya a necesitar.

—¡Daniel, espera! —trato de detenerlo, pero él ya está saliendo por la puerta.

Mi madre parece a punto de decir algo, pero mi padre la detiene con un gesto. Margaret me mira, y sé que está luchando por no intervenir.

—Cariño... —empieza, pero la corto.

—No. No digáis nada. Por favor.

Subo corriendo las escaleras y cierro la puerta de mi habitación, dejando que las lágrimas que tanto me había esforzado por contener finalmente caigan.

Margaret la terapeuta y Henry el malote

Llevo encerrada en mi habitación desde ayer como si fuera una princesa de Disney en cuarentena por su propia incompetencia. A cada rato mi madre estuvo llamado a la puerta con invitaciones, cada cual más tópica: primero fue una sopa, luego chocolate caliente, y creo que al final hasta mencionó algo sobre galletas recién horneadas. Pero aquí estoy, acurrucada en mi cama, envuelta en una manta como si fuera un falafel humano, porque enfrentar el mundo suena más difícil que aprender cálculo avanzado en arameo.

Sin embargo, sé que no puedo quedarme aquí para siempre. No soy un oso en hibernación ni una *influencer* en retiro espiritual. Y, francamente, el hambre está empezando a ganar la batalla. Con un esfuerzo digno de una heroína de película de acción, me levanto y busco algo que ponerme. Al abrir el armario, me topo con el jersey navideño que me pasó mi prima Chloe después de perder dos tallas con la dieta keto. El jersey es rojo brillante y con un árbol mal bordado lleno de lentejuelas de colores. Es tan horrible que resulta perfecto.

Cuando bajo las escaleras, el olor de la cocina me envuelve como un abrazo. Mi madre está junto al horno, preparando algo que claramente pertenece a la categoría de: *platos que llevan toda una mañana*. La mesa está llena de ingredientes: frutas confitadas, especias, y lo que parece ser masa para algún postre típico de Navidad.

—¡Oh, mira quién salió de su cueva! —señala Margaret, con una sonrisa que no puedo evitar devolverle.

—Sí, bueno, no quería pasar las fiestas escondida como si fuera Gollum protegiendo su anillo —bromeo, intentando sonar animada. Me acerco al mostrador y cojo una pasa de una fuente.

—Emily... —expresa mi madre, dejando a un lado el cuchillo con el que estaba picando frutos secos. Su tono cambia, volviéndose más suave—. No tienes que fingir, cariño. Nunca has tenido que hacerlo.

La miro, intentando encontrar algo inteligente que decir, pero ella me corta antes de que pueda abrir la boca.

—Y no eres una decepción, ¿vale? Ni para tu padre ni para mí. Nunca lo has sido, ni lo serás.

Algo en mi interior se rompe con esas palabras. He estado cargando con tanto miedo a decepcionarles, que escuchar eso de su boca hace que las lágrimas empiecen a deslizarse por mis mejillas antes de que pueda detenerlas.

—Ven aquí. —Mi madre extiende los brazos, y yo, sin pensarlo dos veces, me dejo envolver por su abrazo.

—Lo siento, mamá —susurro, con la voz quebrada.

—No tienes que disculparte por nada, mi amor. Pero dime, ¿qué sientes por Daniel?

Su pregunta me pilla desprevenida. Me aparto un poco de su abrazo y la miro, tratando de poner en palabras la mezcolanza de cosas que he sentido desde que conocí a ese hombre.

—No lo sé exactamente —admito, limpiándome las lágrimas con la manga del jersey—. He sentido tantas cosas, tan intensas, que ni siquiera sé cómo definirlo. Pero... me hace feliz. Incluso con sus mala leche y su incapacidad para pedir un simple café para llevar, me hace feliz.

Mi madre sonrío, como si acabara de confirmar algo que ya sabía.

—Pues entonces, ¿qué haces todavía aquí, Emily?

—¿Qué? —Parpadeo, confusa.

—Cariño, ese hombre dio la cara por ti y puso en su sitio al idiota de Marlon. Ve tras él.

—Mamá, no puedo...

—Claro que puedes. Esto no es una de esas películas dramáticas en las que se separan y están meses sin verse. No es tan grave. El tiempo es oro, y es mejor arreglar las cosas cuanto antes.

—Todo lo que tiene que ver con Marlon lo es.

—Escucha, siento mucho haber aceptado que Marlon viniera aquí. No sabíamos nada. Ese hombre tiene un poder de manipulación extraordinario, pero, ¿sabes qué? En TikTok los llaman narcisistas.

No puedo evitar reírme por su tono tan serio al hablar de TikTok, y ella me da un suave golpe en el brazo, sonriendo antes de hablar de nuevo:

—No te rías. Lo digo en serio. Y no te preocupes por nosotros. La Navidad está donde te manda el corazón, y este año tu corazón está pensando en Daniel Prescott, ¿verdad?

Antes de que pueda responder, mi padre entra en la cocina con su chaqueta puesta y una sonrisa triunfal en el rostro.

—Sale un tren en media hora para Londres. Me he tomado la licencia de pillarte un billete para que te vayas de aquí cagando leches.

Lo miro, boquiabierta.

—¿Papá? Desde cuándo eres tan deslenguado.

—Desde que un capullo ha osado romper el corazón de mi princesa —confiesa, cruzándose de brazos con una expresión desafiante—. Ahora voy a ser malote, como ese novio tuyo al que debes ir a buscar.

—Daniel no es malote, papá. Es... es maravilloso.

—Pues más razón para no perder el tiempo. —Se acerca y me da un beso en la frente—. Ve y cántale eso de: *All I want for Christmas is you*.

Miro a mis padres y siento que una ola de amor me inunda. No puedo creer que tenga tanta suerte de tenerlos.

—Gracias —susurro, conmovida.

—Coge tus cosas y vete ya, antes de que me arrepienta y te retenga aquí con nosotros para siempre —dice mi padre, fingiendo estar enfadado, aunque sus ojos brillan con cariño.

Y eso hago. Sin pensarlo más, corro escaleras arriba, lista para hacer algo que jamás pensé que tendría el valor de hacer por alguien como Daniel Prescott.

Declararme fan incondicional del hombre de hielo.

Daniel Prescott

Estoy sentado en el sofá de mi apartamento, en la mesa de centro descansa una botella de vino que probablemente me costó lo que algunos pagarían por una semana de alquiler. Es un Burdeos del que cualquier experto hablaría maravillas, pero a mí me sabe a basura. No es que el vino sea malo, es que nada puede competir con el maldito pastel de carne de Margaret Carter. Ni con sus risas. Ni con la forma en que Henry pronunciaba *palomitas dulces* como si estuviera hablando de un plato gourmet.

Y Marlon.

Solo el nombre me revuelve el estómago. Ese gilipollas con su sonrisa de culebrón barato y su ego inflado como un globo a punto de estallar... Pero lo peor de todo no es él, soy yo.

Yo, con mi incapacidad para callarme la boca y mi descontrolada necesidad de protegerla, terminé jodiéndolo todo.

Y ella, con sus miedos y sus inseguridades... ha acabado tocándome y hundiéndome a mí también un poquito.

Las relaciones no son lo tuyo, asúmelo.

Apuro el vino, pero no hay consuelo en la copa. Me recuesto contra el sofá y miro al techo, preguntándome cómo demonios puede alguien enamorarse de una mujer tan extraordinaria y no hacer todo lo posible por cuidarla. Porque yo lo intenté. Joder, lo intenté con todas mis fuerzas, y aun así no fue suficiente.

Emily Carter. Su nombre me duele en el pecho. Su risa, sus ojos resplandecientes cuando discutía conmigo sobre cualquier tontería, incluso su maldita manía de cerrar los ojos al oler café, todo en ella es una tortura maravillosa.

Y aquí estoy, con el mejor vino que puedo pagar, en el mejor apartamento de la ciudad, juzgándome como un completo fracaso. Porque lo único que quiero es lo que no tengo: a ella.

Hoy es Nochebuena, pero para mí es solo otra noche mala.

Perdida en Londres y en la vida

Londres en Nochebuena parece un tablero de ajedrez desordenado: movimiento por todos lados, ruido, caos y un batiburrillo de olores a comida de todas partes del mundo.

Por fin he llegado, tras una hora en un tren abarrotado, con retrasos interminables y empujones por todos lados. Con una mochila en cada hombro, la mía y la de Daniel, avanzo entre la multitud en la estación Victoria.

Mi objetivo es claro: llegar al mercadillo navideño de Greenwich y encontrar la dirección de Daniel.

El metro es una odisea, como siempre, pero esta vez ni siquiera me importa. Mi mente está demasiado ocupada imaginando qué le diré cuando lo vea. ¿Será suficiente? ¿Querrá verme? La voz metálica del altavoz anuncia mi parada y salto del vagón con rapidez... hasta que una punzada de pánico me golpea.

La mochila de Daniel. La he dejado en el asiento junto a mí.

—¡No, no, no! —murmuro mientras el tren se aleja. Pero no hay tiempo para lamentarme. Esa mochila no importa tanto como lo que estoy a punto de hacer.

Cuando llego al mercadillo, el aire es frío y cargado de ese olor a castañas asadas. Localizo el puesto de árboles y veo al hombre que nos atendió la última vez. Está guardando los últimos restos de su mercancía, su gorro rojo desvaído cubriendo su cabeza.

—¡Espere! —grito, corriendo hacia él.

El hombre me mira con una mezcla de sorpresa y hastío.

—Lo siento, señorita, estamos cerrando.

Claro, ¿quién compra un árbol de Navidad ahora?

—No quiero un árbol —respondo, jadeando. —Usted nos atendió hace unas semanas... Se llama Daniel Prescott, un hombre alto, algo serio, compró un árbol pequeño y torcido. ¿Lo

recuerda?

El hombre frunce el ceño.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo con esa información?

—Necesito saber dónde vive —explico, con las palabras atropellándose en mi boca.

Él cruza los brazos.

—Mire, señorita, no puedo ir por ahí dando direcciones de mis clientes. No sé qué intenciones tiene usted.

—¡No son malas! —insisto. —Es complicado, pero... ese hombre significa mucho para mí y la he cagado mucho.

Me observa detenidamente, como si evaluara cada palabra que digo.

—¿Qué pasó? —interroga todavía reticente.

Respiro hondo y le resumo todo: mi ex manipulador, cómo Daniel me defendió, cómo perdí el control de la situación y cómo ahora estoy aquí, en esta ciudad, porque él es lo único que quiero. Mis palabras fluyen con sinceridad y desesperadas.

El tipo se rasca la barba blanca, reflexionando.

—Bueno... es verdad que parecía un buen hombre —murmura. Luego añade, con una sonrisa ligera—. Y tú no pareces del tipo de persona que busca problemas.

Rebusca en una caja desordenada y saca una libreta con albaranes. Sus ojos se pasean por los nombres hasta que encuentra lo que busca.

—Aquí está. Daniel Prescott. Vive en... —me da la dirección mientras mi corazón late con fuerza descontrolada.

—Gracias, muchísimas gracias —le digo, sintiendo una ola de gratitud que casi me hace llorar.

—Más te vale no hacerme quedar mal, jovencita —bromea, cerrando la libreta.

—Lo prometo. —Y con una sonrisa de esperanza renovada, corro hacia la estación de metro.

La mochila de Daniel podrá estar perdida, pero esta oportunidad de decirle lo que siento por él no lo está.

No esta vez.

Daniel Prescott

El timbre suena, y me levanto del sofá con pereza. Tengo una copa de vino en la mano que no he tocado en media hora, y en mi mente no dejo de pensar en la fiesta de Nochebuena que está sucediendo justo en este momento, en Guilford, sin mí.

—¿Sí?

—Disculpe que lo moleste, señor Prescott, pero aquí hay una señorita que pregunta por usted —me avisa el portero. Uno que lleva trabajando en el edificio un par de meses desde que el señor Paterson se jubiló.

—¿Una señorita?

—Sí, e insiste en que necesita hablar con usted.

Inmediatamente, mi mente vislumbra a Charlotte.

Se me ponen los pelos de punta.

¿Será posible que, después de su numerito en la gala, haya decidido venir hasta aquí?

Ya puedo imaginar su cara de superioridad, con la seguridad de que sigue teniendo algún control sobre mi vida.

—¿Te ha dicho su nombre? —inquiero, con un nudo en el estómago.

—Dijo que su nombre es Emily, señor.

El corazón me da un vuelco.

Emily está aquí.

—Déjela pasar.

Cuelgo y me quedo inmóvil, apoyado en el vano de la puerta.

¿Qué hace ella aquí?

Cuando aparece, se me corta el aliento.

Tiene un aspecto horrible. No, no porque sea Emily, ella es preciosa, pero está despeinada, con el abrigo cubierto de manchas de agua sucia y el rostro con el cansancio propio de alguien que ha vivido una odisea para llegar hasta aquí. Y, sin embargo, está frente a mí, con sus ojos clavados en los míos.

—¿Cuándo te di mi dirección? —Ella se queda en el rellano, inmóvil.

—Nunca lo hiciste. Pero... soy una mujer de recursos. Organizo eventos y me pagan por encontrar cosas rocambolescas para clientes exigentes.

—¿Qué haces aquí? —sueno indiferente.

—Pedirte perdón. —Da un paso adelante—. Y a cumplir mi promesa de pasar la Navidad contigo.

Esa confesión me ablanda un poco, pero decido resistirme. No porque no la quiera aquí, sino porque necesito que entienda lo que significa todo esto para mí.

—¿Y mi ropa? —Arqueo una ceja, viendo que solo lleva la suya consigo.

Emily suelta una carcajada nerviosa y se pasa una mano por el cabello.

—Sobre eso. Lo siento, creo que la dejé en el vagón del metro. Así que supongo que también te debo una disculpa por eso.

—Mis jerséis de Ralph Lauren seguramente harán feliz a alguien esta Navidad —respondo, fingiendo desdén.

—¿Y tú? —dice ella, clavándome la mirada—. ¿Me dejarás hacerte feliz a ti?

Esas palabras me atraviesan. Sé que podría seguir haciéndome el difícil, pero verla allí, parada frente a mí con el cansancio y la sinceridad pintados en su rostro, me hace rendirme. Doy un paso hacia ella, y bajo un poco la guardia.

—Hay un árbol desnudo, torcido y medio seco en mi salón —indico—. Lleva semanas esperando que alguien lo vista como Dios manda—. Emily sonrío, y su rostro se ilumina más que cualquier árbol de Navidad.

—No soy Dios, pero se me dan bien ese tipo de cosas.

—Me prometes que no habrá más mentiras —señalo, mirándola directamente a los ojos.

Ella asiente, sin apartar la mirada.

—Te lo prometo, si tú también prometes que nunca más intentarás comprar mi tiempo.

Me río entre dientes.

—En ese caso, tendré que tirar a la basura tu regalo.

Emily frunce el ceño, confusa.

—¿Me has comprado algo por Navidad?

—¿Qué clase de amigo sería si no lo hiciera?

Ella arquea una ceja y se cruza de brazos.

—Yo creía que éramos más que amigos.

Sonrío, juguetón.

—Eso depende de ti.

Emily deja escapar una carcajada suave, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿El hecho de haberme confesado como una completa *destrozafiestas* frente al vendedor de árboles del mercadillo de Greenwich para conseguir tu dirección, no te da una pista?

—Me asombra tu manera de hacer las cosas, Emily Carter. Eres una mujer de extremos.

—¿Eso te gusta o lo detestas?

—Ni lo uno ni lo otro —respondo, inclinándome un poco hacia ella—. En realidad, me encanta.

Emily sonrío con alivio.

—¿Entonces, eso es un sí?

No respondo con palabras. En lugar de eso, extendiendo mi mano y Emily la toma sin dudar, y yo aprovecho para tirar suavemente de ella hacia mí.

—He traído un cubo hermético de palomitas de colores, hilo y agujas para nuestro árbol —comenta traviesa.

Eso me hace reír.

—Eso de *nuestro* ha sonado demasiado bien.

Cierro la puerta detrás de ella y, antes de que pueda decir algo más, no me resisto. Cruzo el espacio entre nosotros en dos zancadas, enmarco su rostro entre mis manos y la beso. Sus labios están helados, como si el invierno se hubiera instalado en ellos, pero me siento en la obligación, casi en el deber, de calentarlos. Ella responde con la misma intensidad, como si también hubiera estado esperando este momento durante las horas que hemos estado alejados.

Cuando al fin nos separamos, sus ojos brillan, y sus mejillas están teñidas de rojo, no sé si por el frío o por el momento.

—Un hombre como tú deseándome de esta forma... Es como un sueño —susurra.

Acaricio su mejilla con el pulgar.

—Solo soy un hombre delante de una mujer, pidiéndole que lo quiera.

Ella entrecierra los ojos y me mira con ternura.

—Eso te lo has copiado de *Notting Hill*.

Suelto una risa suave, que vibra en el silencio de la sala.

—Lo sé, pero no deja de ser verdad.

Conocer a Emily Carter ha sido como abrir una ventana en medio de una tormenta; el aire entra de golpe, te sacude, y de pronto recuerdas lo que significa respirar de verdad. Ella no es perfecta, ni lo pretende. Es trastorno y risa, un huracán que arrastra todo a su paso y lo vuelve a construir con sus propias reglas. Tiene la habilidad de hacer que lo simple parezca mágico: una taza de café, un árbol torcido, una noche en la que todo está al borde del desastre.

Y aquí estoy yo, Daniel Prescott, un tonto que siempre creyó tener todo bajo control, deseando con cada fibra de mi ser que un hombre como yo sea justo lo que ella está buscando. Porque sé que no soy sencillo. Tengo mis aristas, mis silencios incómodos, mi maldita incapacidad de decir las cosas correctas en el momento adecuado. Pero con ella... con ella quiero ser mejor. No alguien distinto, sino más yo, más libre, más real.

Emily me ha enseñado que no se trata de ser perfecto, sino de ser auténtico. De mostrarle a alguien tus partes rotas y confiar en que no saldrá corriendo. Y ella, con su fuerza, su humor y su corazón que late más fuerte de lo que ella misma admite, me ha hecho desear algo que nunca creí necesitar: pertenecer. No a un lugar, no a una vida cómoda, sino a ella.

No hay nada más valioso que encontrar a alguien que te haga sentir que, por fin, estás en casa.

Epílogo

Hace un año estaba en esta misma casa, en un rincón de mi cuarto, sintiéndome derrotada y llena de dudas.

Hoy, todo es distinto.

El comedor está repleto de risas, el aroma del pastel de carne casero de mi madre lo envuelve todo, y la mesa está más viva que nunca. Clara está sentada a mi lado, intentando mantener una sonrisa mientras disimula su reciente ruptura con el que ahora llamamos *el nuevo cucaracho*. Lo hacemos para quitarle hierro al asunto, aunque Margaret, al conocer la historia, ha prometido dedicarle una de sus miradas letales si se lo cruza por el pueblo, cosa poco probable. Clara sonrío agradecida, y yo sé que, aunque su corazón esté algo roto, aquí está rodeada de cariño.

La comida avanza entre bromas, brindis y algún que otro intento fallido de mi padre por recordar cómo se trincha un pavo correctamente. Entonces mi madre se pone de pie.

—Quiero decir unas palabras.

Toda la mesa enmudece mientras sostiene su copa.

—Hoy quiero dar gracias por esta familia, por tener a mi hija aquí, a su novio Daniel, que ya es como un hijo más, y por la oportunidad de conocer a Clara, que siempre ha sido una hermana para ella. Estoy agradecida porque, a pesar de todo, seguimos vivos y llenando esta casa de amor. Y felicitar a Emily por tener la valentía de abrir su propio negocio de eventos en la ciudad. Larga vida a *Todo Bajo Control*. *Tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti*.

Daniel alza su copa y también se pone de pie.

—No quería interrumpir, Margaret, pero creo que es mi turno.

El calor en mi rostro podría rivalizar con la chimenea. Daniel me mira con esos ojos que siempre parecen encontrar la manera de desbaratarme.

—Emily Carter... Hace un año, por estas fechas, me enseñaste lo que significaba creer en alguien. No solo me diste razones para reír, soñar y pelear, sino que también me enseñaste el valor de ser auténtico. Cada día contigo me recuerda que no quiero otra vida que no sea a tu lado.

Y entonces lo hace. Se arrodilla, sacando de su bolsillo una cajita negra que hace que mamá suelte un ¡oh! y que Clara me apriete la mano con fuerza.

—Emily, te amo. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Mi voz tiembla mientras las lágrimas luchan por salir, pero no hay duda en mi corazón.

—Sí. Mil veces sí. Te quiero con toda el alma.

Henry, empieza a llorar sin disimulo. Margaret lo mira, entre enternecida y divertida.

—Oh, Henry, no seas ñoño —suelta, pero entonces su voz también tiembla—. Qué diantres, yo también quiero llorar como una magdalena.

El salón se llena de aplausos y risas. Clara se levanta para abrazarme, mi madre abraza a Daniel como si fuera su hijo de verdad, y mi padre sigue limpiándose las gafas con un pañuelo que no da abasto.

Cuando al fin Daniel se sienta a mi lado y entrelaza su mano con la mía, no puedo evitar pensar en lo lejos que hemos llegado.

La Navidad tiene algo mágico, pero también algo profundamente humano. Nos obliga a mirar hacia dentro, a ser honestos con lo que sentimos y con quiénes somos. Este año he aprendido que el amor no es perfecto, que viene con tropiezos y luchas, pero también que ser sincero con uno mismo y con los demás tiene un poder transformador.

Miro alrededor de la mesa, a mi familia, a Clara, a Daniel. Esta es la Navidad que siempre quise: llena de risas, amor y autenticidad. Y no puedo esperar a ver qué nos traerá el próximo año siendo marido y mujer.

¡Feliz Navidad!